Anillo de engaños

Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
LA SOMBRA ACTUA

Las brillantes luces de París ofrecían un magnifico espectáculo desde las ventanas del departamento número 15 del Hotel Barzonne. Mas el hombre que se hallaba sentado junto a la ventana, no sentía ningún interés por el panorama. Era un norteamericano de aspecto grave, un hombre de unos cuarenta años.

Descansando encima de la mesa en la cual el hombre estaba sentado, había varios recortes de periódicos y unas hojas escritas a máquina. El hombre las clasificaba con destreza.

Mientras trabajaba, una extraña y misteriosa piedra preciosa fulguraba en el dedo del corazón de su mano izquierda, emitiendo sus destellos unos colores fantásticos y tornadizos.

La piedra era un girasol, un ópalo de fuego de gran valor. No había otra gema igual en el mundo. La piedra era una pista de la identidad de su dueño; pero nadie la descubrió jamás.

El resplandeciente ópalo era propiedad del misterioso personaje llamado La Sombra.

Cotejando un montón de recortes con otro de papeles escritos a máquina, el hombre de la mesa rió suavemente.

Los recortes y los datos se referían a un caso asombroso de asesinato perpetrado en Alemania. Comentaban un crimen que permaneció envuelto en el misterio. Acompañábales un pequeño recorte mencionando el hallazgo de un cadáver en el Sena. No fue identificado.

Ni la prensa ni la policía relacionaron el cadáver con el asesinato cometido en Alemania. Ignoraban que el ahogado y el asesino eran uno y el mismo hombre. Tampoco sabían que el ahogamiento no fue accidental; que un monstruo del crimen encontró una justa retribución.

¡Eran hechos que solamente La Sombra conocía!

El hombre de la mesa rasgó las hojas y los recortes. El caso había terminado.

Se ocupó de otro. Del robo cometido en un banco de Londres.

¡Era un misterio que había confundido a los mejores sabuesos de Scotland Yard!

El dinero robado -sesenta mil libras esterlinas- fue recuperado gracias a una confidencia de origen desconocido. La misma noche, dos hombres fueron hallados muertos en una casa de vecindad de Londres, víctimas de un tiroteo entre forajidos.

No existía, al parecer, ninguna relación entre estas personas -criminales conocidos-y los fondos recuperados. Cómo hallaron la muerte, constituía un misterio.

La Sombra rompió estos recortes y las hojas escritas a máquina. Este caso estaba concluido. Aquellos muertos eran los ladrones.

La manera cómo robaron y perdieron el botín del banco, cómo murieron y el móvil de sus muertes, ¡eran hechos que tan sólo La Sombra conocía¡

Había un tercer montón de recortes. Referíanse a un caso parisiense, a la muerte de Herbert Brockley; al subsiguiente asesinato de varios criminales parisienses, autores del asesinato; a la huída y a la desaparición de la banda.

El norteamericano tomó varias notas sobre este asunto. Dobló los papeles y los depositó en un cajón secreto de un baúl de camarote que había en un rincón. De otro compartimiento, extrajo un paquete.

Metiéndose el paquete bajo el brazo, salió de sus habitaciones y descendió al hall del hotel. Salió a la calle y caminó varias manzanas; luego paró a un taxi y habló al chofer, en un francés perfecto. Ordenó que le llevase al "Poisson d'Or".

El conductor le dirigió una mirada de asombro. No daba crédito a sus oídos.

El "Poisson d'Or" era uno de los peores antros de Paris. Era frecuentado únicamente por los criminales más conocidos. Los forasteros inoportunos solían encontrar la muerte allí.

Dudó del juicio del bien vestido norteamericano. Este repitió sus instrucciones con voz firme y resuelta. El chofer se encogió de hombros. Lo llevaría al "Poisson d'Or" ya que estaba decidido a ir allí; pero resolvió notificarlo al primer gendarme que encontrase, tan pronto como hubiese dejado a su pasajero.

El taxi llegó a una calle escuálida y mal alumbrada. Era imposible elegir un distrito más indeseable. No lo frecuentaba ningún turista. Era la cosa más peligrosa de los bajos fondos de Paris.

El pasajero se había apeado. Estaba de pie, cerca, y el conductor le veía solamente la mano al ofrecer el importe del viaje. El chofer observó que la mano llevaba un guante negro.

Miró a su alrededor en el instante que recibió el dinero. ¡No había nadie a la vista¡

¿Se acobardó el yanqui? ¿Volvió a subir al coche? EL chofer miró el asiento trasero. Todo cuanto vio fue el envoltorio de un paquete, una hoja de papel de estraza arrugada que el pasajero dejara.

Indudablemente el yanqui entró en el "Poisson d'Or". El conductor se alejó en busca de un gendarme.

El interior del establecimiento contenía una serie de habitaciones reservadas, separadas por tabiques. En una de estas piezas, dos hombres, vestidos toscamente, conversaban en el dialecto de los apaches parisienses.

Sus palabras groseras, mezcladas con juramentos, se referían al dinero que en pago de un asesinato uno de los rufianes había recibido.

-Hubert está muerto-dijo uno-. Tengo su parte. No me echarán el guante nunca. ¡Bah! Mataría a una docena de yanquis por diez mil francos. ¡Ahora he cobrado veinte mil por despachar a uno¡

Sacó un fajo de billetes de un bolsillo y dividió el dinero en dos partes.

-Aquí tienes la mitad, Andrés-dijo-. Yo me largo, adonde esa condenada policía no pueda atraparme. No comprendo cómo pescaron a Hubert. Hay algún pájaro que sabe más que la policía.

Andrés esbozó una sonrisa al tomar los diez mil francos. Era un pago anticipado por una operación que debía ejecutar durante la ausencia de su compinche.

-Bien-exclamó-. Puedes contar conmigo, Luis. Tú ahueca el ala mientras pasa la efervescencia producida por la muerte del yanqui. Luego...

Levantó una copa de coñac y su compañero le imitó. Bebían ambos apaches a la buena suerte en sus futuras fechorías. Pero las copas se detuvieron en el aire antes de rozar los labios de los forajidos.

Las puertas del reservado se abrieron. Enmarcado en el estrecho umbral, apareció un hombre vestido de negro. ¡Su aparición fue asombrosa, hasta para estos criminales endurecidos¡

¡Una capa negra flotaba de los hombros y sus manos estaban ocultas en sus pliegues. Un sombrero de anchas alas cubría sus facciones¡ ¡Dos ojos fulgurantes eran lo único visible!

Aquellos ojos se enfocaron sobre el dinero que había encima de la mesa.

Representaba el pago del asesinato de Herbert Brockley, el yanqui. Andrés vio la dirección hacia la cual miraban los ojos del recién llegado y alargó la mano para coger el dinero.

Rápido como una centella, el hombre vestido de negro se adelantó. Su mano izquierda se extendió y cayó sobre los veinte mil francos. Luis, que estaba sentado a la izquierda, masculló un juramento. Levantándose, sacó un revólver del bolsillo. El arma no llegó a usarse. Cuando el apache fue a apuntar y apretar el gatillo, un disparo salió de los pliegues de la capa negra.

La mano invisible había estado encañonando al bandido. Luis se desplomó de la silla al suelo.

Andrés se incorporó de un salto para asir la mano invisible. Se agarró a brazo partido con el desconocido y lo empujó hacia la pared. Sonó otro disparo sordo y el segundo apache rodó por el suelo.

Una risa suave y sarcástica surgió del hombre vestido de negro, cuando recogía los veinte mil francos y cruzaba el umbral con el dinero debajo de la capa.

La Sombra-terror de los bajos fondos de Nueva York-había derrotado a dos de los más peligrosos apaches de París. Dentro de la misma fortaleza de los forajidos, arrebató el dinero pagado por el asesinato de Herbert Brockley.

No eran éstos los únicos apaches que había en el "Poisson d'Or". Los disparos eran una señal para las pandillas criminales que frecuentaban aquel antro.

Cuando La Sombra entró en el pasillo, media docena de forajidos aparecieron en el otro extremo.

Había dos entradas al corredor: una, por la puerta principal, de donde provenían aquellos asesinos: la otra, por una puerta excusada del "Poisson d'Or". Por ésta entró La Sombra.

Los apaches se lanzaron al ataque, con el objeto de capturar al intruso, antes de que pudiese huir. Había habido tiroteos en otras ocasiones en aquel establecimiento; y siempre los participantes intentaron escapar por la puerta excusada.

Dos robustos malhechores avanzaban con relucientes cuchillos; les seguían otros, armados de revólveres. Ante la superioridad numérica, era forzoso huir; pero si La Sombra hubiese vuelto la espalda para escapar, habría sido blanco de seis armas mortíferas..

En lugar de ello, hizo lo inesperado. Una docena de pasos le separaban de sus atacantes. Dos pistolas automáticas surgieron de las manos de La Sombra. Las pistolas vomitaron plomo sobre los asaltantes.

Un cuchillo rasgó un lado de su capa negra; el hombre que lo empuñaba cayó de bruces. Una bala agujereó el sombrero de alas anchas; el malhechor cayó antes de que pudiese disparar otro proyectil.

La Sombra se encontraba ahora en medio de los apaches. Todos menos uno estaban tendidos por el pasillo. El único que quedaba en pie se había aplastado contra la pared. Escapó al fuego mortífero y ahora levantaba la mano con su pistola. La puntería de La Sombra fue más rápida. Su bala final hirió la muñeca del apache.

Cuando el brazo descendió, el hombre vestido de negro, profiriendo una carcajada burlona, extendió la mano y le arrebató el arma.

La pistola vacía de La Sombra cayó a los pies del bandido.

Deslizándose por el pasillo, La Sombra llegó a la sala de delante del "Poisson d'Or". Un grupo de sonrientes apaches aguardaba el regreso de la partida de pistoleros. Estaban habituados a estas refriegas.

Siempre una banda de asesinos acudía y regresaba llevando como trofeo el cadáver de la víctima, acribillada a balazos.

A esta escena llegó La Sombra. Antes de que los apaches se diesen cuenta de que había sucedido lo imposible, la pistola automática del hombre de la capa entró de nuevo en acción.

Cuando un apache cayó herido, los otros se pusieron a cubierto. Dando grandes zancadas, La Sombra ganó la puerta y su risa sardónica resonó burlona y amenazadora.

Cuando, la mano del hombre de la capa se posó sobre el pomo de la puerta, ésta se abrió con violencia y un pelotón de gendarmes se precipitó en el establecimiento.

Venían a rescatar a un indefenso yanqui y oyeron el tiroteo,

La Sombra, retrocedió al abrirse la puerta. Los gendarmes se lanzaron sobre él. El brazo derecho del hombre vestido de negro descargó con fuerza terrible sobre los gendarmes.

Dos agentes se tambalearon. Sus manos soltaron la capa negra. Dando un salto hacia adelante. La Sombra logró zafarse y corrió a la calle. Los apaches estaban preparados para esta emergencia.

Sus pistolas ladraron cuando La Sombra se abrió paso entre los gendarmes.

Trataban de asesinar al hombre de la capa y resistir a la ley.

Su primer propósito fracasó. La granizada de balas llegó demasiado tarde para frustrar la huida de La Sombra. Los gendarmes iban cayendo; pero otros, echándose al suelo, escupían plomo sobre los malhechores. Los apaches quedaron en inferioridad numérica. Varios lograron zambullirse en el corredor y huyeron.

Dominados los forajidos, los gendarmes se precipitaron a la calle, dispersándose por todas partes, en busca del hombre que les había burlado.

Mas en la oscuridad reinante, un hombre vestido de negro podía tornarse invisible.

La oscuridad envolvió la figura, de La Sombra. No se le encontró por ninguna parte.

Mientras los gendarmes proseguían la búsqueda, el yanqui de rostro grave reapareció en el departamento número 15 del Hotel Barzonne.

Su rostro conservaba la calma; no mostraba ninguna precipitación al abrir el cajón del baúl de camarote y sacar los recortes de prensa y las hojas escritas a máquina, relativas a Herbert Brockley. En un espacio en blanco, el hombre sereno y tranquilo escribió el nombre de Luis Bargelle. El último de los asesinos de Brockley había dejado de existir.

Metódicamente, el yanqui rompió las hojas y los recortes. Se echó a reír y su risa fue un eco de aquellas carcajadas burlonas que resonaron dentro del "Poisson d'Or".

A la mañana siguiente, los detectives parisienses examinaban un informe sobre la batalla habida en el antro de los apaches. Discutían las muertes de ciertos criminales -entre ellos Bargelle,-cuando entró un ordenanza. Llevaba un paquete en la mano.

Un detective lo abrió y exhaló una exclamación de sorpresa al ver su contenido: un montón de billetes. Los contó, ¡Veinte mil francos!

La única pista del remitente era una tarjeta de forma extraña que había entre los billetes; pero la tarjeta estaba en blanco. El detective la examinó a la luz.

No presentaba ninguna marca ni señales.

¡Pero sobre la pared, sin ser vista por el detective; la tarjeta proyectó una extraña sombra que guardaba una grotesca semejanza con el perfil de un ser humano!

CAPÍTULO II
LA TORMENTA DE LA MUERTE

Stuart Bruxton detuvo de repente su automóvil delante de un viejo edificio.

El lugar había sido un surtidor de gasolina. Ahora no era más que un cobertizo abandonado; sin embargo, era la única casa que Stuart había visto durante muchas millas de recorrido.

Escrutando a través de la oscuridad que aumentaba por momentos, intentó distinguir los objetos que había en el pórtico del ruinoso edificio. Se imaginó haber visto la figura de un hombre debajo del porche.

Era imposible ver nada más ahora; pero cuando Stuart miraba hacia la casa, el edificio entero apareció a la vista al resplandor de un relámpago lejano.

Durante aquella breve y fotográfica escena, la primera impresión de Stuart quedó corroborada. En efecto, había un hombre bajo el porche. Parecía estar escondido tras una columna en ruinas.

Stuart abrió la ventanilla del coche. Llamó, mas el ruido prolongado del trueno ahogó su voz. Hecho de nuevo el silencio, tornó a gritar. Luego esperó mientras unas gruesas gotas de lluvia penetraban por la abierta ventanilla.

Antes de que otro relámpago rasgase las tinieblas, alguien habló en respuesta. El hombre estaba junto al coche, Stuart distinguió su rostro a través de la oscuridad.

-Voy a un pueblo llamado Herkimer-explicó-. ¿Por qué camino se va allí?

-Yo voy en esa dirección-fue la respuesta:- ¿Quiere permitirme que suba? Puedo enseñarle el camino.

-Suba-respondió Stuart.

El hombre subió.

Stuart observó que vestía bien, aunque el gabán estaba algo raído.

Aparentaba el hombre unos treinta y cinco años. Tenla un rostro inteligente, aunque pálido y demacrado.

-Herkimer está ahí delante -indicó el hombre-. Me alegro de haberle encontrado. Estaba bloqueado, aguardando que cesase la tormenta.

Entraban en la zona tempestuosa mientras el hombre hablaba. Stuart sentía los efectos del viento. La lluvia azotaba el parabrisas y el resplandor de las luces iluminaba el torrente de agua.

Stuart se imaginó el pórtico donde el hombre se había cobijado. No era un lugar envidiable durante un diluvio, pero era preferible a hallarse a la intemperie.

-Viajaba a pie-explicó el hombre-. Tomé este camino porque es más corto y pensé que acaso encontraría algún vehículo. Mas, al parecer, la gente recela de los caminantes.

-¿Conoce usted esta carretera?-interrogó Stuart.

-Si-respondió el hombre-. Es buena, pero no figura en el mapa. Hay muchas iguales en este Maryland. Cuando hayamos recorrido algunos kilómetros, le enseñaré un camino más corto.

Continuaron en silencio unos cuantos minutos. Luego, el hombre empezó una breve e inconexa explicación de sus circunstancias.

Se llamaba Jefferson. Se había arruinado en un pueblo cercano a Baltimore y se dirigía a pie a Nueva York. Mencionó que tenia algunos amigos en Manhattan y estaba ansioso por llegar allí cuanto antes.

Stuart no formuló ninguna pregunta y el hombre terminó su conversación.

La furia de la tormenta había aumentado. La carretera, aunque estrecha, estaba bien pavimentada y Stuart conducía el coche de manera experta.

Marchaban a unos setenta kilómetros por hora, buena velocidad en aquellas condiciones.

Los ojos de Stuart estaban pegados a la carretera. Quería llegar a Herkimer, donde podía tomar la carretera principal, y llegar a Filadelfia dentro de pocas horas. La compañía del caminante no era desagradable, y en consecuencia, decidió llevarlo hasta el final de su destino.

-Debemos estar muy cerca ahora-dijo el desconocido-. La carretera se bifurca y puede usted ganar cinco millas, si va por la derecha. Veremos un poste de aviso de desviarse, pero no quiere decir nada.

-¿Cómo es eso?-preguntó Stuart.

-Están efectuando algunas reparaciones-explicó Jefferson,- y han cerrado la carretera. Van a derribar dos puentes y construir otros nuevos. Pero no empiezan a trabajar hasta el lunes, aunque hace un par de días que pusieron esos avisos.

-¿Esta usted seguro?--inquinó Stuart.

-Completamente seguro-continuó Jefferson-. Algunos peones de la cuadrilla hablaban de ello, cuando me detuve. Continúe a la derecha y ganará cinco millas. Por ahí me proponía

ir yo. Pensé que seria un viaje más corto, aunque no tuviese la suerte de encontrar un vehículo que me recogiese.

-Muy bien-dijo Stuart.

La carretera torcía allí y Stuart moderó la marcha. Los relámpagos eran deslumbradores ahora: el rugir del trueno era continuo. Se encontraban en lo más fuerte de la tormenta. Un deslumbrante resplandor iluminó el camino y Stuart observó la bifurcación, Jefferson la vio también.

-A la derecha-dijo.

Ambos caminos parecían buenos. Stuart viró hacia la derecha. A través de la tormenta, empezaron a descender una cuesta.

-Estamos bajando al río-observó Jefferson-. Ahí están los puentes. Son dos. Uno a cada lado de la isla, No han bajado a trabajar ahí todavía. Simplemente han levantado una barrera a cada extremo. Esperan órdenes. Vaya con cuidado, porque podemos topar con alguna columna o bloque de piedra.

La sugerencia fue oportuna. Pasaban por un camino que conducía hacia la derecha.

Las luces de los faros enfocaron alguna cosa, blanca. Hubo un relámpago, un instante después, y Stuart frenó para evitar estrellarse contra un tablón ancho y blanco que interceptaba el paso.

El coche empezó a patinar, pero respondió a la mano del conductor y se detuvo bruscamente a unos pasos de la barricada.

-No hay luz-murmuró Stuart.

-No serviría de gran cosa-replicó Jefferson-. Ese tablón blanco es tan visible como una luz roja. Espere. Lo levantaré para que pueda pasar.

El hombre se apeó y caminó delante de los faros. Echó el tablón a un lado y Stuart pasó con el auto. Unos momentos después, su compañero subió al coche. El abrigo y el sombrero del hombre chorreaban de agua.

-¡Qué tormenta!-exclamó-. No me agradaría estar mucho tiempo a la intemperie.

La carretera se extendía delante, más allá de la barrera. Stuart aceleró la marcha. Recordó lo que Jefferson le había dicho de los dos puentes. No constituirían ningún obstáculo hasta que hubiesen pasado el segundo puente.

Stuart tenía prisa, no sólo porque deseaba llegar a su destino, sino también porque quería salir de esta carretera y alejarse de la tormenta.

Había una curva, luego una cuesta en descenso y, al final, el primer puente.

Jefferson dijo:

-Los puentes están en buen estado. Los derriban porque son demasiado estrechos, no puede pasar por ellos más que un solo coche.

Las luces de los faros mostraban que el puente era, en verdad, estrecho. Un relámpago reveló el puente entero y la carretera, recta al otro lado de la isla.

Tranquilizado, Stuart pisó el acelerador y la trepidación del motor rivalizó con el estruendo de la henchida corriente.

El automóvil llegó al puente, a setenta por hora. Apenas había iniciado el cruce, cuando el puente empezó a vibrar de una manera extraña. El camino firme y llano oscilaba.

Durante la fracción de un segundo, Stuart se imaginó que empuñaba el timón de un barco. El automóvil se hallaba en medio de un camino resbaladizo. ¡El puente se derrumbaba¡

Stuart pisó instintivamente el acelerador Su única salvación consistía en salir del puente antes de que se desplomase. La respuesta del automóvil fue instantánea. Salió disparado cuando pasaba por el centro. Las ruedas delanteras encontraron un obstáculo, pero el coche continuó su marcha.

Cuando las ruedas traseras toparon con el mismo impedimento, se oyó un ruido terrible.

La parte delantera del auto estaba casi en el extremo del puente, cuando un poderoso estruendo-más fuerte que el estampido de un trueno-indicó que el puente se había tumbado bajo la parte posterior del coche.

El impulso del automóvil le impidió caer a la poderosa corriente. El puente, al desplomarse en un ángulo, echó la parte trasera del vehículo a un lado.

El auto saltó a tierra firme. Perdido el control, viró a la izquierda. El costado derecho se elevó como una montaña, cuando Stuart frenó. Se dirigían a un bosquecillo, atravesando con violencia los obstáculos. EL coche saltaba hacia delante y luego hacia abajo. Pareció girar en espiral hacia la izquierda; luego resonó un estruendo al chocar con un árbol. El movimiento cesó.

Stuart se recobró de su aturdimiento momentáneo y observó que el auto estaba en un ángulo pendiente hacia la izquierda. La parte de delante estaba destrozada.

Encima del cuerpo de Stuart había alguna cosa pesada. Descubrió que era Jefferson. Su compañero yacía casi encima del volante.

-¿Se encuentra bien?-le preguntó. Un gemido fue la respuesta, mas era satisfactorio. El hombre estaba lesionado, pero vivía aún. La luz de un relámpago mostró el lado derecho de su rostro lleno de cortes y contusiones.

En medio del ruido del trueno y del río, Stuart se dio cuenta de que debía salir de entre aquellas ruinas del coche, y luego auxiliar al otro hombre. Abrió con cuidando la portezuela y empezó a liberarse.

Había una depresión en el terreno, pero el auto no podía caer más adelante, pues estaba empotrado en un árbol. Al descender, Stuart vio que el cuerpo inerte de Jefferson se inclinaba hacia él. Logró contenerlo, empujándole de forma que quedase descansando contra el volante.

Una vez que salió y miró hacia el coche que estaba arriba, vio que el cuerpo de Jefferson se deslizaba poco a poco hacia abajo.

"El coche sería un lugar mejor que el suelo", pensó, cerrando la portezuela.

El cuerpo de Jefferson se detuvo en el asiento del conductor.

Stuart había perdido todo sentido de dirección. El curso zigzagueante del río le confundía. Atravesó una maleza pantanosa y salió a terreno firme. Luego, a medida que recobraba la lucidez, empezó a orientarse.

Los elementos que le perjudicaron, le beneficiaban ahora. La lluvia helada despertó sus facultades adormecidas. El rugiente río le indicó que la carretera debía estar en dirección opuesta. El resplandor de los relámpagos reveló la escena y mostró el borde de la carretera, delante y hacia arriba.

Subiendo a un terraplén, se agarró a un árbol y descansó, notando una súbita debilidad en la pierna izquierda.

Antes de seguir adelante, sería prudente observar la situación que le rodeaba. Miró atrás hacia el coche. No pudo verle. Había apagado las luces después del accidente.

De pronto hubo un relámpago, lejano, pues el centro de la tormenta había pasado. En medio de aquel prolongado resplandor, observó una cosa que le heló el corazón de terror.

El automóvil se hallaba a unos veinte metros de distancia y su lado derecho se destacaba hacia arriba. La portezuela se abrió y Stuart supo el motivo.

Enmarcada en la abertura estaba la figura corpulenta de un hombre con gorra y suéter. El rostro, vuelto hacia arriba, presentaba una expresión de exultación maligna. En una manaza enorme, el hombre empuñaba una gruesa barra.

Al contemplar a la figura erguida, Stuart comprendió que el objetivo del individuo no era compasivo. ¿Quién era aquel ser fantasmal, que llegara tan pronto al teatro del desastre?

El grito de sobresalto de Stuart no fue oído en medio del rugido del trueno que siguió al relámpago revelador. Impotente, permaneció allí y esperó; luego chispeó otro relámpago y vio que la portezuela del auto estaba cerrada.

¡El individuo de rostro siniestro había desaparecido!

Olvidando su pierna herida, Stuart se abrió paso a través de la maleza, subió al guardabarros y abrió la portezuela.

Aguardó allí, tenso, los ojos mirando hacia abajo, sin poder ver el cuerpo del herido que dejara allí.

Luego iluminó la escena otro relámpago. Al instante Stuart vio la cara de Jefferson, ya no boca abajo, como lo estuviera cuando lo dejó, sino boca arriba, mirando con ojos espantosos y cadavéricos.

Los cortes y las contusiones aparecían más visibles en su rostro. Pero encima de ellos había una herida horrible. ¡La cabeza de Jefferson había sido aplastada por algún objeto pesado!

¡Solo e indefenso, el compañero de Stuart fue asesinado por el hombre horrible que surgiera de la tormenta!

CAPÍTULO III
LA CASA DE LA ISLA

Una sensación de terrible peligro se apoderó de Stuart cuando descansaba en el guardabarros del volcado automóvil. Había cerrado la portezuela apartando la horrible visión que había en el interior.

Buscaba una explicación. Un hombre indefenso había sido asesinado, ¿Cuál era el significado del crimen?

El temor de su propia seguridad le hizo actuar. El monstruo, acechando en la menguante furia de la tormenta, podría regresar en cualquier momento. La tempestad misma le ofrecería mejor resguardo que ese lugar.

Respondiendo a la sugestión mental, reaccionó y avanzó cansadamente hacia la carretera.

Manteniéndose a un lado del camino empezó a cruzar penosamente la isla.

Más allá había otro puente. Podía cruzarlo y huir de aquella localidad.

Luego buscaría auxilio, en alguna parte, y regresaría a investigar.

Lo que le intrigaba era el móvil que podría ocultarse tras la aparición del asesino. Quizá el hombre era un loco. Ninguna otra explicación parecía probable.

La pierna volvía a molestarle. Tropezó con una piedra y estuvo a punto de caer; en consecuencia, se detuvo y se sentó en la piedra.

Fue entonces cuando recordó algo. Al salir del coche, el cuerpo de Jefferson cayó en el asiento del conductor. Por lo tanto pensó, el criminal no se habría dado cuente de su huída. El asesino, que llegó después del accidente, confundió a Jefferson con el conductor del coche destruido, A menos que el criminal hubiese estado en las cercanías, no habría podido conocer su presencia.

Comprendió que de haber estado en el coche, en lugar del asesinado, él habría sido la víctima.

Hacía media hora, se dirigía a Massachussets, y abrigaba el propósito de pasar la noche en Filadelfia. No tenia enemigos y no esperaba que pudiese amenazarle algún peligro.

Ahora, el coche estaba destrozado y él caminaba, solo y desarmado, perdido en una isla solitaria de un río de Maryland, y estaba vivo, únicamente porque un desconocido, a quien recogiera con su coche fue confundido por él.

En medio de estas vagas consideraciones recordó lo que Jefferson dijo sobre los puentes: Que eran seguros. Las circunstancias peculiares del accidente le impresionaron.

¿Fue debilitado el puente? Parecía probable. Ordinariamente, un coche lo habría pasado despacio. Tan sólo la velocidad de auto lo salvó.

Un pensamiento dominaba a Stuart. El asesino había simplemente terminado un trabajo que había sido planeado, pero que fracasó. Debía ser-no podía ser más que eso-que esperasen que otro coche cruzase el puente.

Puramente por casualidad le ocurrió el accidente. El consejo de Jefferson de seguir el camino más corto condujo al desastre, y él fue el único que sufrió las consecuencias.

No obstante, seguía creyendo que el asesino era un demente. Lo inhumano de la acción hacia increíble que fuese posible otra cosa.

Estaba seguro de obtener auxilio inmediatamente en el primer lugar que encontrase. Pero esto podría ser muy alejado de allí.

Apenas podía apoyarse ya en la pierna izquierda. Sentía mayor cansancio que antes. El terreno empezaba a ser pantanoso.

Este debía ser un caminillo que conducía a algún lugar de la isla. Si alguien habitaba por allí cerca, seria el lugar donde solicitar auxilio. Escudriñando en la dirección de donde el camino parecía venir, se imaginó ver una luz a través de los árboles.

La tormenta había cesado. Lloviznaba y no había relámpagos que indicasen el camino. Mas, al seguir escrutando la oscuridad, distinguió un resplandor lejano.

¡Debía haber una casa en medio de aquellos árboles¡

Prosiguió a lo largo del sendero. El titilar de la luz se tornó más evidente. Al cabo de un rato llegó a una calva y se encontró delante de una casa de campo, una mansión de un período lejano.

Una sola luz brillaba a través de un cuadro de cristal en la maciza puerta principal. Aproximándose, escudriñó el interior.

La habitación que había al otro lado de la puerta era un vestíbulo pobremente amueblado. Lo alumbraba una lámpara de petróleo. Un hombre de edad avanzada estaba sentado junto a una mesa.

El viejo leía tranquilamente y sus cabellos blancos y aspecto benigno eran tranquilizadores.

Golpeó en la puerta. Vio al hombre levantar la cabeza y luego incorporarse para responder a la llamada.

La puerta se abrió. Stuart apareció cojeando a la luz de la lámpara. Observó una expresión de sorpresa en el rostro tranquilo del viejo, quien, sonriendo, le tendió una mano.

-¡Ah¡-exclamó-. Ha venido usted. He estado esperándole. ¿Dónde ha dejado su coche? No le oí llegar.

Stuart comprendió que el anciano le había confundido por otro. Pero no había que perder tiempo dando su identidad.

-He sufrido un accidente-explicó, rápidamente-. Mi coche se destrozó al cruzar el puente, que se derrumbó...

-Debería haber tenido cuidado-replicó el viejo, moviendo la cabeza de una manera solemne:- Le advertí que cruzase despacio el puente. Contestó usted que lo recordaría. Muy despacio...

Las palabras del viejo fueron una revelación para Stuart. La creencia de que el puente fue debilitado deliberadamente le asaltó de nuevo. Y al mismo tiempo pensó que esperaban que alguien lo cruzase.

El anciano había estado esperando a alguien. Advirtió a esa persona que cruzase el puente lentamente. ¡Si aquella persona hubiese seguido el consejo, se encontraría ahora en el fondo del río, encerrado en un automóvil sumergido¡

No había más que una sola respuesta. ¡EL anciano estaba complicado en el crimen¡

Stuart se encontraba en un aprieto. El viejo debía suponer que él era la sentenciada víctima, alguien que tenia una cita en aquel lugar. Estuvo a punto de explicar que había una equivocación; luego se contuvo. Podía revelar su verdadero nombre en cualquier momento. Quizá seria mejor esperar. Se sentó en una silla vieja.

Luego se dio cuenta de otro peligro. Jefferson había sido asesinado, quizá por mandato del anciano. Comprendió que debía fingir que ignoraba la muerte del caminante a quien recogiera en su coche. El viejo le brindó inconscientemente la oportunidad.

-Está usted herido-dijo, en tono bondadoso-. Debe descansar. Mi criado llegará pronto.

Stuart se estremeció al oír estas palabras, pues pensó en el monstruo de la tormenta.

-Y él puede cuidarse del coche-siguió el viejo-. ¿Tiene usted los papeles?

-Hay otro hombre en el coche-respondió Stuart, eludiendo la respuesta-. Creo que está mal herido. Estoy preocupado por él. Tendríamos que auxiliarle...

-¿Le acompañaba alguien?-La voz del anciano era incrédula.

-Un caminante que recogí en la tormenta-respondió con rapidez Stuart.

-Si... ¿pero traerlo aquí?...-La alarma del viejo era evidente.

-Me figuré que llegaba algo temprano-dijo Stuart, buscando una excusa-. Tenía el propósito de ir a Herkimer y volver. Él iba allí y le recogí. No podía dejarlo en el camino con semejante tormenta.

-Comprendo-asintió el viejo-. No obstante, no fue prudente. Bueno, no podemos hacer nada hasta que mi criado vuelva, lo cual debe ser de un momento a otro.

Como si se cumpliese la predicción del anciano, la puerta se abrió y Stuart Bruxton levantó la cabeza y vio al monstruo que distinguiera al lado del coche destrozado.

El hombre era un poderoso bruto, de hombros tremendos para uno de mediana estatura. Su rostro, aunque repulsivo, no tenia la diabólica expresión que Stuart vio al resplandor del relámpago. Tenía un aire de perplejidad al observar a Stuart.

-Grady-dijo el anciano,- éste es el caballero que hemos estado esperando, el señor Powell. Me dice que ha sufrido un accidente. También llevaba en el coche a un hombre que recogió en el camino y que está herido y en el coche todavía. ¿Quieres bajar al puente y ver lo que se puede hacer?

-Sí, señor-gruñó Grady.

Stuart, observando atentamente, se imaginó sorprender una señal entre el monstruo y el anciano. No dio muestras de haberlo observado. En lugar de ello, adoptó una nueva táctica en cuanto Grady hubo salido.

Para evitar más preguntas y mantener provisoriamente su identidad, pasando por el desconocido Powell, dejó caer su cabeza sobre su mano y fingió un súbito mareo.

-Debe usted encontrarse mal-dijo el anciano, con voz aprensiva-. Veamos lo que puedo hacer mientras esperamos el regreso de Grady.

Desapareció y volvió con una botella, de cuyo contenido llenó una copa. Se la ofreció a Stuart, quien simuló que hacia un gran esfuerzo para beberla.

Tenía un gusto parecido al brandy. Stuart mostró reanimarse un poco; luego volvió a hundirse en su simulado cansancio. El anciano le observó un rato; luego salió del cuarto a la oscuridad exterior.

Para Stuart no había más que un camino lógico, aunque pudiera aumentar el peligro. Aunque su cerebro se mantenía despejado, estaba en situación desventajosa físicamente, no sólo debido a la lesión de la pierna, sino a causa de otros dolores que le atormentaban ahora.

Podría enfrentarse con el anciano y dominarle, pero seria virtualmente imposible escapar, pues Grady le seguiría.

Seria mucho mejor, pensó, confiar en la ingenuidad. El viejo había planeado la muerte para Powell, cuyo papel estaba desempeñando él. Pero ahora que se encontraba seguro en la casa, el viejo parecía estar desconcertado, y evidentemente pensaba en trazar un nuevo plan.

Stuart estaba seguro de que el ataque de Grady a Jefferson fue ejecutado sin el conocimiento del viejo. El criado, viendo que el automóvil no había caído al río, decidió por su cuenta terminar con la víctima.

Sea cual fuere el plan del viejo, no lo pondría en práctica hasta el regreso de Grady. Quizás la suerte ayudaría a Stuart.

El viejo había vuelto y su voz insistente repetía la anterior pregunta:

-¿Lleva encima los papeles?

Las palabras dieron a Stuart una inspiración. Había algo que el viejo deseaba tan bien como la vida de Powell, a saber: unos papeles que Powell, al parecer, debía traer allí.

De qué modo se proponía el viejo apoderarse de los documentos, estando el coche en el río, era una cosa que Stuart ignoraba. Pero comprendió claramente que Powell se encontraría en mejor situación sin los papeles que con ellos.

El viejo volvió a formular la pregunta y Stuart respondió vacilante, pero verazmente:

-¡No traje... ningunos papeles¡

-¿No tiene usted los papeles?-preguntó, consternado, el viejo-. ¿De qué sirve la visita sin ellos? ¿Cómo espera que yo crea lo que pueda usted decirme?

-Pensé... pensé que podríamos recogerlos después-fue la respuesta evasiva de Stuart.

-¿Después de que hablásemos?

Stuart asintió con la cabeza.

-¿Dónde están, pues?-interrogó el viejo.

Stuart simuló un nuevo ataque de estupor.

-¿Los dejó en Baltimore?-fue la pregunta-. ¿En el hotel Burnham?

De nuevo Stuart movió en señal afirmativa la cabeza.

-Tiene usted su habitación allí y regresa esta noche. ¿Es esa la idea?

-Sí-respondió Stuart.

-Bien. bien-dijo el viejo, con calma-. Podemos recogerlos mañana, después que hayamos discutido el asunto. Debe usted permanecer aquí esta noche. No está en condición de viajar.

Esto terminó la conversación por el momento y Stuart, cabeceando soñolientamente en su silla, se felicitó del modo como había orientado la conversación.

Creía que en las actuales circunstancias era mejor pasar por Powell. En carácter de Stuart Bruxton seria un intruso y tenía fuerte sospecha de que los intrusos, así como los esperados visitantes, podían encontrar una muerte súbita en esta siniestra isla.

La puerta se abrió para dar entrada a Grady. El criado habló a su dueño, pero lo bastante alto para que Stuart oyera.

-Encontré el coche-dijo-. Está destrozado. Pero no hay nadie en el interior. Me parece que ese caminante que usted recogió, salió del coche y se marchó a Herkimer. Ya ha cesado de llover y, por lo tanto, podrá caminar tranquilamente.

-Puede usted, entonces, olvidarle-declaró el viejo-. Desde luego, miraste bien, ¿no es cierto, Grady?

-Miré por la carretera-declaró el criado-. Observé unas huellas que pasaban por nuestro, camino: y en consecuencia, supongo que son las de él.

-Muy bien-dijo el viejo-. El señor Powell se quedará aquí esta noche, Grady. Está bastante lastimado del accidente. Probablemente se encontrará mejor mañana por la mañana. Ven, vamos a acompañarle a su habitación.

Stuart reprimió un estremecimiento cuando Grady le ayudó a levantarse.

Apoyado en el asesino y en el viejo, fue conducido por unas escaleras envueltas en la oscuridad. Dejaba que su cuerpo pareciese estar inerte, pero estaba presto a saltar en cualquier instante.

No obstante, no hubo ocasión para la alarma. Grady proyectó su lámpara eléctrica para alumbrar el camino y los tres entraron en una habitación amueblada con dos sillas viejas y un camastro.

Grady salió y el asesino habló desde la oscuridad.

-Está usted fatigado-dijo con dulzura-, y le aconsejo que descanse. Duerma bien y mañana por la mañana hablaremos.

Tras estas palabras, Stuart, echado en la cama, oyó la puerta cerrarse tras el anciano.

El joven se puso alerta al instante. Se levantó de la cama y fue con sigilo a la ventana. Levantó el bastidor y extendió la mano hacia lo que parecía ser la noche negra. En lugar de espacio, encontró una barrera sólida.

¡La ventana tenia una contraventana de hierros¡

Stuart esperó.

Al fin, seguro de que nadie podía estar escuchando en el vestíbulo, fue a la puerta e intentó abrirla. La puerta no cedió. Estaba cerrada sólidamente por la parte exterior.

Se sentó en la cama y pensó en medio de la impenetrable oscuridad. Estaba prisionero en esta extraña casa. Los dos hombres que le vigilaban eran asesinos. Su crimen siguiente podría ser su muerte, ¡mañana!

¿Mañana?

¿Vería jamás el alba de otra mañana? Su vida pendía en la balanza. Estaba solo e impotente, sin amigos; no había nada que hacer más que esperar.

¿Su ficción de una identidad falsa sería su salvación? Quizá, por el momento. Pero el respiro no podía ser más que provisional. El pensamiento vital que embargaba la mente del joven era el recuerdo de aquel rostro vuelto hacia arriba, la cara del hombre asesinado en el coche.

¡Stuart debía haber sido la víctima de aquel crimen! Había salvado la vida, pero momentáneamente. La muerte era la suerte que le tenían reservada.

Presa de estos terribles pensamientos, el prisionero se estiró en la cama y se quedó dormido con un sueño desasosegado.

CAPÍTULO IV
EN EL HOTEL BURNHAM

El hotel Burnham era una de las hosterías más antiguas de Baltimore.

Conservaba aún la atmósfera de los tiempos en que era preferido por la aristocracia.

Ahora, aunque la clientela era mayormente comercial, continuaba siendo la hostería, de Baltimore de los viajeros que recordaban tiempos pasados.

El famoso decorado adornaba aún sus paredes. Los cómodos vestíbulos eran lugares tranquilos, frecuentados por huéspedes que gozaban de la hospitalidad del antiguo hotel.

La mayoría de las personas que había en el dorado vestíbulo eran viajantes de comercio. En realidad, predominaban tanto que no era difícil para un sagaz observador señalar a los que no pertenecían a. esa clase.

Un observador de esa índole atisbaba ahora, desde el puesto de observación de un sillón de alto respaldo que descansaba contra una columna de mármol.

Era un joven de buena presencia que expresaba escaso interés por lo que le rodeaba.

Un individuo alto, de hombros encorvados, se dirigió al mostrador de la oficina y habló al dependiente. Tras una breve conversación, el hombre se dirigió pausadamente a un rincón, junto al cual se detuvo pensativo.

El alto individuo quedaba bajo la observación del joven que vigilaba junto a la columna de mármol y quien, mirando por el rabillo del ojo, tenía una excelente ocasión para observar al flaco personaje.

Era evidente que el hombre cargado de hombros estaba preocupado por algo. Mostrábase impaciente y nervioso.

Su larga y fisgona nariz indicaba que era un tipo locuaz, inclinado a entrometerse en los asuntos ajenos. Sus ojos furtivos dábanle un aire sospechoso. Era un sujeto excelente para un analizador de caracteres.

Demasiado absorto en sus pensamientos para observar que lo vigilaban, el individuo cruzó de repente el hall y se aproximó al despacho de tabaco.

Compró varios puros y se dirigió al salón de fumar.

Situado en un rincón, encendió un cigarro y clavó la mirada en el decorado mural. Hallábase tan preocupado que no observó la llegada de otra persona: el hombre que le vigilaba en el hall.

-¿Tiene usted lumbre?

La sencilla pregunta hizo dar un respingo al hombre desgarbado. Se metió una mano en el bolsillo y sacó una caja de cerillas, que dio al que le pidió fuego.

-Gracias, señor Powell.

El individuo levantó sus encorvados hombros. En su rostro se reflejó una expresión de hombre acosado. Sus ojos brillaron recelosos. Miró con fijeza a su interlocutor, quien le devolvió la mirada con un aire franco y amistoso.

-No me llamo Powell-declaró el hombre, en voz baja.

-No en el registro del hotel-fue la respuesta del joven-. Ha registrado usted el nombre de Wallace Weldon. El primer nombre es suyo, pero no el último. Debiera usted haberse inscrito bajo el nombre de Wallace Powell, a menos que...

-¿A menos que?-interrumpió el otro.

-... a menos que prefiera que no le conozcan en Baltimore-terminó el joven.

Powell se hundió en su butaca y miró fijo hacia el techo, pero concentraba el pensamiento en lo que había dicho el joven.

-Suponga que no me interesa ser conocido en Baltimore-murmuró-. ¿Qué le importa a usted?

-Nada en absoluto.

-Entonces ¿por qué lo menciona?-persistió Powell.

-Porque le importa a usted y a su salud más de lo que se imagina-. La voz del joven era firme.

De nuevo los ojos de hombre perseguido chispearon. Powell miró a su alrededor para comprobar si estaban solos. Luego habló en tono bajo y exigente.

-¿Por qué me vigila?

-Le he dicho el motivo-fue la respuesta-. Para su bien.

-¿Qué es usted? ¿Un detective?

-No. No pertenezco a la policía.

Powell observó que los ojos de su interlocutor eran francos.

Luego rió, de una manera desabrida y dijo:

-No me importaría que fuese un detective. No he cometido ningún delito. No me aparto de la ley. No tengo nada de qué preocuparme.

-¿No?

El acento peculiar de la pregunta intrigó a Powell. Aumentó su nerviosidad.

Quería saber quién era ese joven.

-¿Cómo se llama usted?-preguntó con brusquedad.

-Harry Vincent - fue la respuesta-. El mismo nombre en Baltimore que en Nueva York.

-No he oído nunca ese nombre-replicó Powell.

-Quizá lo habría oído... ¡Si yo hubiese estado en París hace unas semanas!

Powell no respondió. Se puso nervioso y se mordió los labios. Deseaba interrogar más al joven, pero no parecía dispuesto a empezar.

Harry Vincent le ahorró la molestia.

-Cuando estuvo usted en París - dijo tranquilamente-, se encontró usted con un viejo amigo, un nombre mucho más viejo que usted y mucho más rico. Me refiero a Herbert Brockley.

Powell no respondió.

-Brockley murió en Paris-continuó Vincent, en tono reminiscente-. Su muerte fue súbita. Fue asesinado. Impresionó a usted.

-Me impresionó-asintió Powell.

-Antes de morir, Brockley le dio algo. Lo que fue, lo ignoro. Supongo, no obstante, que era una información de cierta clase. Puede explicar, en cierto grado, el móvil de la muerte de Brockley.

"Desde luego-prosiguió Vincent-, la causa de su muerte ha sido atribuida a unos criminales parisienses, a unos apaches. Pero usted conoce algo que es la razón fundamental del crimen.

-¿De dónde sacó usted esa idea?-preguntó Powell, con una risa hueca.

-Mi fuente de información es mi secreto-replicó Harry Vincent-, como también lo es la suya. Quizá un intercambio de información seria de conveniencia mutua.

-No para mi-declaró Powell-. Lo que sé, me lo guardo. Lo que he averiguado, lo que pueda haber averiguado, se me comunicó en confidencia. Esto es suficiente, ¿no es verdad?

-Si-repuso Vincent, tranquilamente-. Mas, a veces, se sabe demasiado. Herbert Brockley, por ejemplo, sabía demasiado. Él le pasó a usted la información.

El asombro que se reflejó en el semblante de Wallace Powell demostró que la observación hirió en lo vivo.

El hombre empezó a crispar los puños nerviosamente. Fue a incorporarse y luego se sentó. Miró a Vincent, pero sus ojos tenían más que la expresión de acosado. Suplicaban.

Harry Vincent observó la expresión.

-Powell-dijo-, no le conozco ni le he visto nunca en mi vida. Pero puede considerarme como amigo. Puede suponer también que soy un amigo de Herbert Brockley. Tengo motivos para desear conocer quién fue el causante de su muerte. Creo que usted puede decírmelo. Debe usted hacerlo en honor a su amistad con Brockley, ¿no es cierto?

-Quizá -dijo Powell, lentamente-. Pero esto indica que usted es un detective, ¿no es verdad?

-De ninguna manera-replicó Vincent, con énfasis:- Escuche, Powell. Sé lo que usted busca: ¡Dinero! No se le puede censurar eso. Yo no necesito dinero-sacó un fajo de billetes de un bolsillo y Powell los miró con ojos saltones-, y, además, estoy dispuesto a gastarlo. ¿Qué le parece?

-¿Cuánto quiere pagar por lo que sé?-preguntó Powell.

-¿Cuánto espera obtener por su información?-repuso Vincent, guardándose el fajo de billetes.

Desaparecidos de la vista el dinero, la actitud de Powell cambió.

Guardó silencio, emitiendo una risa breve.

-Piénselo, Powell-instó Vincent-. He venido a obtener cierta información, que usted posee. Estoy decidido a conseguirla, aunque tarde tiempo y pueda acarrear graves consecuencias entre tanto. Para ahorrarme esta molestia, estoy dispuesto a pagarle una suma considerable.

"Tengo entendido-siguió el joven agente de La Sombra-, que abriga usted el propósito de vender esa información. Esto no me interesa. Puede usted realizar esa operación. Lo que yo le pague, será cosa suplementaria."

Una súbita luz apareció en la mirada de Powell. Las palabras de Harry Vincent acertaron el blanco. Avaricioso, Powell empezó a calcular el exceso de beneficios. Era un hombre que vivía de su ingenio y ésta era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla.

-Además -continuó Vincent,- nuestra transacción puede efectuarse en la seguridad de este hotel, lo cual representa una ventaja para usted. Dudo de que su otro -¿le llamaremos cliente?-le tenga esta consideración.

-Déjeme meditar-dijo Powell-. Estoy demasiado preocupado por... sí... preocupado...

-Respecto de la otra operación-intercaló Vincent, con calma-, le diré una cosa, Powell. Si viniese una persona y le ofreciese trabajar este asunto con usted, estaría usted dispuesto a partir con él. Simplemente porque está preocupado. Pues bien, suponga que yo le hago esa oferta. Con la sola diferencia de que en lugar de cobrar la mitad le pagaré esa cantidad. ¿Qué le parece?

Los ojos de Powell brillaron, pero titubeaba aún.

Harry Vincent continuó con su oferta.

-El motivo de que yo esté tan enterado-dijo-, es porque me han informado muy bien respecto de usted y sus métodos. No es usted un criminal, pero ha estado mezclado en algunos negocios turbios. Su especialidad consiste en obtener información y facilitarla a determinadas personas.

"Usted opina-siguió-, que si un hombre conoce algunos hechos concretos y desea comunicarlos, puede hacerlo y cobrar dinero por ello. Particularmente cuando el crimen del chantaje no empieza hasta que ha terminado su operación. Esto lo retrata a usted, ¿no es cierto?"

Powell sonrió y se encogió de hombros.

-En el caso de Brockley-prosiguió Vincent-, encontró usted cierta información. Ha declarado usted que la considera suya. Se refiere a un crimen cometido en Francia, donde no le molestó la policía. Vino usted a América y opina que puede hacer lo que se le antoje con lo que sabe. Yo le esperaba en Nueva York. Le vigilé allí. Sostuvo usted una misteriosa conversación telefónica desde una cabina pública. Por ese motivo vino usted a Baltimore. Yo también vine.

-¿Por qué no me habló en Nueva York? -inquirió Powell.

-Porque deseaba asegurarme de que usted iba a realizar el negocio-repuso Vincent-. Vino usted ayer. Conociendo lo que conozco de usted, comprendí por sus acciones que iba a efectuar el negocio esta noche. Esos mapas de carreteras que consultaba...

La voz de Vincent fue apagándose.

Powell se volvió para mirar a su interlocutor. Vio que Harry Vincent sonreía, y comprendió que el joven estaba bien informado.

-Otra cosa-continuó Víncent-. Lo que usted está haciendo debe depender forzosamente de lo que recibió de Herbert Brockley. Si yo fuese un detective podría detenerle ahora. Podría haber conseguido los artículos, substrayéndolos. Pero preferí tratar con usted directamente.

-¿Por qué?

-Porque me interesa conocer con qué personas está usted tratando.

-Perfectamente-declaró Powell, de repente-. Lo pensaré. Digamos que acierta usted. -Sonrió al hablar-. No hay testigos aquí y, puedo negarlo todo después. Busco pasta. Su oferta parece excelente. Voy a un sitio. Me gustaría tener un compañero. Si paga la mitad de lo que voy a cobrar, consideraré su oferta.

-¿Cuánto es?-interrogó Vincent.

-Voy a la pesca de diez mil dólares-dijo Powell:- Eso significa que tendrá que pagar cinco mil.

-Conforme.

-Voy a subir a pensarlo-declaró Powell-. Existen dos motivos además del dinero, que me predisponen a trabajar con usted. Usted es lo bastante listo para saber cuáles son, y por lo tanto, se los voy a decir.

"Uno de ellos-continuó-, es porque usted me tiene más preocupado de lo que estaba. Voy a realizar esta operación, pero he estado vacilando. No puedo esperar mucho más. Y esto explica el segundo motivo. Está usted al tanto de mis actividades, y si quisiera esquivarle, tendría que abandonar la operación. Pero quiero estar seguro de que cobraré los cinco mil del ala de usted."

-Puede estar tan seguro de ello como de los diez mil que pretende.

Powell asintió. Era evidente que Harry Vincent había logrado hábilmente despertar la naturaleza recelosa del hombre.

-Son las diez-murmuró Powell, pensativo-. Voy a esperar otra hora. Pensaré el negocio... en mi habitación. Quiero estar solo un rato.

-Aguarde un momento-dijo Harry-. Cerraremos el trato primero. ¿Qué le parece si me pone al tanto de todo ahora? Cobra sus cinco mil...

-No-exclamó Powell-. ¿Que le explique la operación de los diez mil dólares? De ninguna manera. Lo acepto como socio. Tiene usted que trabajar... tendrá que ganarse los cinco mil que va a gastar...

-¿Quiere que participe en el asunto con usted?-preguntó Vincent.

-Ya lo creo-repuso Powell-. Esto le facilitará la información que busca.

-Y-añadió Vincent-, también le sirve de protección.

-Exacto. Cuando lleguemos al lugar, me entregará usted la pasta. Luego yo entraré a cobrar los diez mil del ala, dejando lo que tengo en mi poder.

-Quiero saber exactamente lo que dejará usted en ese lugar. Me enseñará lo que lleva al llegar, para que yo pueda verificar la veracidad de su historia.

-Puede usted traerse los cinco mil dólares. Lo esperaré. No me largaré. Podría usted...

-De ningún modo. Deseo saber con quién trata usted y otros datos.

-Perfectamente-asintió Powell.

-Escuche atento, Powell -dijo Vincent en fono enfático-. Los dos nos arriesgaremos esta noche. Yo obraré con lealtad y espero que usted haga lo mismo. Le será beneficioso. Recuerde que no corre más riesgos que yo al acompañarle.

-Sí-respondió Powell,- pero no estaré listo hasta dentro de un rato. Quiero rumiar esto y debo subir a mi cuarto. ¿Dónde estará usted?

-Aquí en el vestíbulo.

Wallace Powell se levantó y tendió una mano. Harry Vincent la aceptó. El desgarbado individuo avanzó y Vincent se apartó para dejarle paso.

Terminaban de estrecharse las manos y Harry Vincent estaba al lado de Powell. Un número de mapas de carreteras asomaba de un bolsillo del gabán de Powell. Uno de ellos estaba a punto de caer al suelo.

Vincent lo cogió, instintivamente, con la mano izquierda y el mapa salió del bolsillo. La mano de Vincent se ocultó tras su espalda cuando Powell se alejaba. Por fortuna, el hombre no se volvió a mirar atrás.

-Quizá he cometido un error-musitó Vincent-. Si encuentra que ha perdido este mapa, puede entrar en sospecha y anular el trato. Mas entonces-el giro de sus pensamientos cambió-si esto tiene alguna importancia, y Powell descubre que lo ha perdido, tendrá interés en trabajar conmigo... inmediatamente... porque temerá que yo llegue antes que él.

Sentado a una mesa, el agente de La Sombra desplegó el mapa. Una sonrisa se dibujó en sus labios. El mapa estaba marcado. De una carretera principal extendíase una línea delgada, a lápiz, en dirección de la ciudad de Herkimer.

Vincent observó, en un lugar que empezaba una bifurcación, que la línea continuaba hacia la derecha. Luego, en un punto señalado con una línea que lo cruzaba, había una diminuta carretera y la letra X en el extremo.

¿Qué era aquella línea que los cruzaba? ¿Un puente? Seguramente la línea indicaba una casa.

Vincent había encontrado la información que buscaba. Estaba aún dispuesto a gastar los cinco mil dólares para averiguar lo que Wallace Powell sabia.

CAPÍTULO V
UN HUÉSPED MUERE

Cuando Harry Vincent volvió al vestíbulo del hotel, reanudó su plácida espera en la butaca junto a la columna. EL reloj del hall señalaba las diez y cuarto.

Según calculaba por el mapa de la carretera, el lugar marcado cerca de Herkimer, no podía estar a más de una hora de automóvil de Baltimore.

Conocía que Powell disponía de un coche, aunque no lo mencionara en la conversación; tampoco aludió Vincent al suyo.

Había, en verdad, varias cosas que no halló necesario revelar. La de mayor importancia concernía a su presencia en el hotel.

Powell suponía que Vincent trabajaba por su cuenta. Si el hombre encorvado de hombros hubiese conocido quién era el que empleaba al joven, se habría pasmado de asombro y, con toda probabilidad, espantado.

Harry Vincent era un agente de La Sombra. Este hecho indicaba una historia tremenda, pues La Sombra era una figura tan misteriosa que hasta sus agentes parecían estar envueltos en el velo de tinieblas que le rodeaba.

Para el mundo en general, La Sombra era un enigma. Para la policía neoyorquina, era un genio desconocido, que luchaba contra el crimen, más eficazmente que la misma ley. Para los bajos fondos sociales-en sus antros criminales de todas las ciudades-La Sombra era un azote.

Las hazañas de La Sombra en Nueva York y en Chicago habían ahuyentado a centenares de forajidos. Hasta en sus mismas guaridas, la mano de La Sombra no vacilaba en destruir a los que incurrieran en su enojo.

A pesar de que era imposible dar con el rastro de La Sombra, el misterioso personaje mismo era tan perceptible para el oído público como invisible para los ojos que le buscaban.

Una vez por semana, la voz del hombre de misterio oíase por la radio en una emisora nacional. Su risa fantástica y sobrenatural, emocionaba a millones de radioescuchas haciéndoles estremecer.

El mundo conocía la risa de La Sombra y el mundo del crimen comprendía su significado, pues todos los malhechores sabían que algún día esa risa podría sonar en sus propios oídos, y que, con su siniestro alborozo, ¡llegaría su sentencia de muerte¡

La Sombra parecía hallarse en todas partes cuando se perpetraba un crimen.

Por medio de sus agentes-ninguno de los cuales le vio jamás cara a cara-estaba informado de las fechorías de la gente del hampa, y lanzaba su fuerza organizada de colaboradores, para aplastar al maligno enemigo.

Tan constantes eran los esfuerzos de La Sombra en su batalla contra el crimen, que en sus macizos archivos aparecían solamente las historias de sus batallas más importantes. Las escaramuzas sostenidas con las figuras menores de los bajos fondos no quedaban registradas.

Era imposible precisar el radio de acción de la labor de La Sombra; pues raras veces intervenía en la sentencia final. Pero un eminente criminólogo-cuyo nombre no puede citarse-declaró que La Sombra era el factor más importante que había impedido a las fuerzas del crimen dominar a las de la ley. Harry Vincent había servido con frecuencia y lealtad a La Sombra. Había demostrado ser uno de los más útiles agentes de su jefe. No obstante, no tenia la menor idea de quién era La Sombra.

Una noche-hacía mucho tiempo-Vincent intentó suicidarse. Una mano surgida de las tinieblas le arrancó del parapeto de un puente. En lugar de lanzarse al suicidio, obedeció a la fantástica voz de un hombre vestido de negro y se convirtió en su agente.

Harry Vincent conocía perfectamente que La Sombra era un maestro del disfraz; que podía encontrar en cualquier ocasión a La Sombra y no saber quién era. En algunas ocasiones, el hombre vestido de negro se le apareció de repente para ayudarle en su labor. Pero el hombre de misterio desapareció siempre como el humo, desvaneciéndose en la nada, de donde surgiera.

Mas ahora se estaban urdiendo unos acontecimientos extraños.

Clyde Burke, un reportero, uno de los agentes de La Sombra, fue a París en calidad de corresponsal de un periódico neoyorquino. Allí descubrió un hecho vital relativo al asesinato de Herbert Brockley.

Clyde Burke comunicó que Wallace Powell, un confidente americano, había sostenido negociaciones con el asesinado.

Burke era la única persona en París que supo la partida de Powell para América. Si Burke lo descubrió solo o si La Sombra estuvo en París en aquella época, Harry Vincent lo ignoraba. Pero había sido designado para vigilar a Powell, a su llegada a América, y había cumplido bien su misión.

El hecho singular que impresionó al joven fue la cuestión del dinero.

Mientras esperaba la llegada de Powell a Nueva York, conferenció con Rutledge Mann, un agente de Bolsa que también servia a La Sombra.

Vincent recibió fondos y Mann le indicó que comprase la información de Powell, si fuese necesario.

De esto el joven dedujo que La Sombra estaba en el extranjero, probablemente de regreso, y deseoso de recoger todos los datos posibles antes de su llegada. Pues La Sombra, de haberse encontrado en Nueva York, se las habría ingeniado fácilmente para conseguir todos los datos de Powell, sin que éste lo hubiese sabido.

Powell, sagaz y astuto, facilitaba alguna información a alguien que la compraba, en lugar de darla a las autoridades. Esa era la profesión de Powell.

Había tenido éxito en ella.

Esa noche Vincent estaba entusiasmado, porque había logrado ganarse la confianza de Powell. Al mismo tiempo, tenia una sensación de inseguridad.

Estaba en Baltimore, enfrentando el problema solo. ¡Si le amenazase un peligro, esta seria la única vez en que no podría contar con la ayuda de La Sombra!

Era evidente que Powell tenia amplias relaciones con los grandes malhechores del tipo chantajista. Su conferencia telefónica con Nueva York se relacionaba con una entrevista con algún miembro de esa banda. Para ese propósito fue Powell a Baltimore.

Vincent estaba convencido de que sea lo que fuere lo que Brockley entregó a Powell,- documentos probablemente- proporcionaba algunos datos relativos a alguna persona que podía ser víctima de un chantaje. El conocimiento de estos datos permitiría a La Sombra atacar a la banda de chantajistas, especialmente si pudiera darse con el rastro del receptor de dicha información de Powell.

Harry Vincent sentía entusiasmo por la aventura. Sentado en el vestíbulo, se contuvo para no adelantarse a Powell y dirigirse al destino marcado en el mapa. También reprimió el impulso de correr hacia el cuarto de Powell y arrancarle la información con el cañón de la pistola. ¡Era otra idea ridícula!

No. Su labor consistía en colaborar con Powell; acompañarle y observar todo lo que pudiera; pagar al individuo y tenerlo en reserva como útil informante más adelante.

Powell estaba nervioso por la desconfianza que sentía hacia los hombres con quienes negociaba. Vincent se preguntó si verdaderamente Powell tenia tantos motivos para estar preocupado.

El reloj marcaba las diez y media. Powell no daba señales de vida todavía.

Vincent estaba sorprendido. El individuo tenia que tomar una decisión importante. La aceptación de la oferta significaba que engañaría a las personas con quienes negociaba.

No obstante, recordaba la avidez con que Powell contempló el fajo de billetes. La tentación debía prevalecer. Powell quería dinero. Eran cerca de las once menos cuarto. La gente entraba y salía. Vincent, aunque observaba constantemente el ascensor, vio a muy pocos recién llegados. Al parecer había menos viajantes que de costumbre.

La mayoría de los butacones estaban ocupados ahora, pero había muchas cabezas vueltas, de modo que Vincent no pudo ver las caras. Finalmente, vio a Powell salir del ascensor y aproximarse a la oficina del hotel.

Vincent se levantó en el acto y se acercó a él. Powell estaba más nervioso que nunca. Habló al dependiente mientras Vincent miraba en otra dirección.

-Me quedo otra noche-anunció Powell-. Pero saco mi maleta ahora. Pagaré por adelantado...

El dependiente hizo un gesto de asentimiento y señaló hacia la ventanilla de la caja.

Cuando Powell pasó por el lado de Vincent, habló en voz baja:

-Vuelvo dentro de cinco minutos.

Nadie oyó estas palabras. Era cuanto el agente de La Sombra deseaba saber.

Conocía el número de la habitación.

Vincent regresó pausadamente a su butacón y observó a Powell cuando volvía al ascensor para subir a recoger la maleta de su cuarto. Aquella maleta, pensó Vincent, contendría los documentos en cuestión. Varias personas subieron con Powell en el ascensor.

La habitación de Powell estaba en el quinto piso. Era la número 516.

En cinco minutos tendría tiempo de recoger la maleta y volver.

Evidentemente, había decidido aceptar las condiciones de Vincent.

Los cinco minutos le parecieron una hora al agente de La Sombra. Antes de transcurrir el tiempo indicado, se levantó de su asiento y se acercó ansioso al mostrador de la oficina, desde donde podría observar el ascensor y la escalera.

Estaba resuelto a no perder más tiempo, pues las maneras de Powell le indicaban claramente que el negocio estaba a punto de realizarse.

Transcurrieron los cinco minutos. El reloj señalaba que habían pasado seis minutos. ¿Qué retardaba a Powell? Otro minuto. ¿Había burlado deliberadamente a Vincent?

El agente de La Sombra decidió no esperar más. Vio un ascensor dispuesto a subir. Estaba seguro de que Powell se entretendría unos minutos si entraba en el hall. En consecuencia, entró en el ascensor y subió al quinto piso.

Caminó con premura por el pasillo en dirección al número 516. Si Powell había salido ya, tendría que volver inmediatamente al hall; si no lo encontraba allí, era lógico suponer que se habla escapado. Luego sería cuestión de una carrera entre los dos, para llegar primero a Herkimer, con una ligera ventaja en favor de Powell.

La puerta de la habitación estaba cerrada. Llamó golpeando ligeramente. No hubo respuesta. Se arrimó a la puerta y habló en voz baja. Tampoco hubo respuesta.

La habitación estaba sumida en una oscuridad completa. Encendió la luz.

El aposento estaba desierto. Observó la llave sobre una mesa. Era extraño que Powell no se la hubiese llevado. Buscó el equipaje, pero no encontró ninguna maleta.

Luego observó lo que parecía ser un zapato, proyectándose por el pie de la cama. Se adelantó a investigar.

Allí, entre la parte delantera de la cama y la ventana, distinguió el cuerpo de Wallace Powell. ¡Estaba muerto¡

Había sido asesinado bárbaramente. El cuello del gabán fue arrancado cuando unas manos de acero le estrangularon. La cabeza había sido apretada con fuerza contra el calorífero del rincón. Las facciones presentaban un aspecto horripilante. Harry Vincent había visto la muerte a menudo, pero rara vez una muerte tan horrible como ésta.

El espectáculo aturdió a Vincent. Era lo último que habría podido esperar.

Había estado seguro de que Powell no corría ningún peligro en el hotel.

¡Pero el hombre estaba muerto y su maleta había desaparecido¡

Agachándose, despejado el cerebro, registró los bolsillos del asesinado. No quedaba en ellos ni un solo articulo. El asesino lo había vaciado. Todo lo que Vincent había ganado era el precioso mapa.

¿Quién cometió este crimen? El joven recordó que Powell temía que alguien le robase su secreto, y tratase de venderlo en su lugar. ¿Acaso entró algún individuo desconocido y realizó el robo?

Vincent pensó instintivamente en lo que Powell debió imaginarse durante la breve lucha mortal. Quizá creyó que su atacante era un sicario de Vincent. No había que perder ni un momento. Debía abandonar aquel lugar inmediatamente.

Afortunadamente nadie le vio hablar a la víctima. Por suerte, su habitación estaba en el mismo piso.

Tenso de excitación, se acercó con sigilo a la puerta y extinguió la luz.

Luego salió al desierto pasillo y cerró la puerta silenciosamente, limpiando con un pañuelo, el pomo para borrar algunas huellas que hubiesen podido delatar su entrada.

Wallace Powell estaba muerto. Su secreto había desaparecido. ¡Los planes de Harry Vincent fueron burlados por un asesino desconocido!

Con todas las cartas en la mano, había perdido; y la única pista del misterio era un mapa de carreteras donde el asesinado trazara unas líneas a lápiz.

Un problema, pensó Vincent, que habría asombrado a cualquiera, excepto a La Sombra. ¡Pero La Sombra no estaba aquí! Wallace Powell se había despedido del hotel Burnham, esperando volver.

¡Pero se despidió para siempre¡

CAPÍTULO VI
UN CRIMEN DIABÓLICO

La habitación estaba envuelta en la oscuridad cuando Stuart Bruxton despertó. Recordó que había dormido desasosegadamente. Habíase despertado dos o tres veces, imaginándose haber oído ruidos cerca de la puerta.

Los sonidos cesaron en cada ocasión en que Stuart Bruxton emitiera gruñidos soñolientos. Ahora, por vez primera, empezó a darse cuenta del lugar donde se encontraba. Una sensación peculiar se apoderó de su nuca. En medio de unos recuerdos caóticos, recordó la bebida que el viejo le diera.

Debió contener un narcótico, probablemente echaron unos polvos en el vaso.

El viejo volvió la espalda cuando vertió el líquido.

La causa del despertar de Bruxton fue su pierna lesionada. La tenia debajo, torcida de una manera penosa. Intentó incorporarse y encontró que apenas podía hacer el esfuerzo, debido a la rigidez.

Tanteó su americana, que había echado en una silla. Encontró su reloj y una caja de cerillas. Encendió una y vio que eran las doce de la noche. Los latidos de la cabeza le continuaban, pero a pesar de su debilidad sintió la necesidad de ponerse en movimiento. Miró en torno de la pieza, encendiendo unas cuantas cerillas, y logró hacer un detenido examen de la contraventana de hierro.

Era imposible escapar por la ventana. La contraventana estaba cerrada desde el exterior.

La puerta no ofrecía ninguna esperanza. Era una enorme barrera, que podría haber pertenecido a un castillo medieval. Examinó una silla y comprendió que su fragilidad la hacia inútil como ariete contra aquella puerta.

Escuchó esperando oír algún sonido. Hasta los débiles rumores de la tormenta habrían sido agradables, pero evidentemente la tempestad cesó hacia mucho tiempo.

Extrañó el motivo de que le hubiesen respetado la vida hasta ahora. Recordó aquellos ruidos en el lado exterior de la puerta. Quizá no se atrevieron a atacar.

La única respuesta que parecía lógica era que el viejo se encontraba solo en la casa. Quizá Grady había salido a algún recado.

Pensó que acaso la pareja se imaginaba que estaba armado, y esperaban alguna estratagema. Sea cual fuere el plan de ellos, creía que estaba salvo hasta la mañana. Pero no había ninguna seguridad.

De vuelta a la cama, continuó escuchando. Percibió un ruido ocasional, al parecer a cierta distancia de la habitación. Sonaba como un crujido en alguna parte de la casa, pero se repetía con demasiada frecuencia para ser un ruido ordinario.

Stuart se frotó la frente. El aire se estaba volviendo sofocante en aquella pieza sin ventilación. La casa estaba helada cuando entró; ahora estaba calurosa y bochornosa. Era difícil respirar.

Parecía que pilló un resfriado durante la accidentada noche. Pero de pronto percibió un olor. ¡Humo!

Escuchó alarmado. Ahora sabia lo que era el ruido: ¡el crujir del fuego! Le asaltó un horrible pensamiento. El viejo había incendiado la casa ¡y él se encontraba allí para ser quemado vivo¡

No había tiempo que perder. Golpeó la contraventana de hierro, furioso, pero inútilmente. Cogió una silla y golpeó la puerta. Rompió la silla tras unos cuantos golpes; y luego cogió otra. El resultado fue el mismo. Siguió golpeando con los pedazos rotos hasta que se hicieron astillas. La barrera seguía sin abrirse.

Cansado, descansó en el lado de la cama. Tan sólo un milagro le salvaría.

El plan del viejo era infernal.

Stuart conocía que el fuego debió iniciarse debajo de su habitación. La vieja casa era un edificio de paredes de piedra, pero el interior la constituía una masa de madera. Dentro de unos minutos, el lugar seria un holocausto y él sería la víctima.

El edificio estaba en un lugar aislado. Las llamas serían visibles únicamente desde el otro lado de la colina, donde se apeó del coche. Allí, el puente se había derrumbado cayendo al río.

El auxilio se retrasaría y lo peor era que si llegaba, no acudirían hasta que se vieran las llamas. Para entonces el viejo caserón seria una gigantesca antorcha, llameando hacia el cielo.

Sentía grandemente el calor ahora. Los crujidos se habían convertido en un ruido furioso. Una cerilla encendida le mostró que una masa de humo iba penetrando por debajo de la puerta. No podía oler más que humo ahora; no obstante, estaba asombrado de su volumen.

Surgían sonidos de las paredes. Las vigas y el maderamen iban cediendo.

Una vez que las llamas atravesaban la puerta, no habría escape, tendría que pasar por un horno rugiente. Estaba en una trampa, con fuego debajo e invadiendo los costados, Era una situación desesperada, que seria seguida de una muerte terrible.

El hombre sentenciado saltó salvajemente sobre la cama y la rompió, con el objeto de utilizar los pedazos en otra fútil tentativa de derribar la puerta.

Era la única acción que podía distraer su mente de una muerte cercana. No sólo golpeó la puerta furiosamente, sino que gritó con toda la fuerza de sus pulmones, tratando de superar el rugido de las llamas.

Al fin, cuando rompió un trozo de la cama contra la puerta, se desplomó, agotadas las fuerzas, incapaz de hacer ningún otro esfuerzo ni de gritar más.

Fue entonces cuando su mente febril percibió lo que semejaba un eco de sus furibundos golpes. La puerta, vibró al choque de unos fuertes golpes asestados en la parte exterior.

Volvió a gritar y oyó una palabra en respuesta.

-¡Calma¡-dijo una voz sofocada-. Apártese de la puerta. Voy a hacer saltar la cerradura.

Stuart oyó el ruido ahogado de un tiro. Luego otra detonación.

Un tercer disparo le pareció estallar en sus oídos. La cerradura quedó rota.

La puerta osciló hacía dentro.

Un hombre apareció en el umbral en medio de los remolinos de humo que iban entrando en el cuarto. Le rodeaba un resplandor rojizo, el reflejo de las llamas que consumían al viejo caserón. El hombre esta agachado, con la cabeza envuelta en un gabán mojado.

Cuando Stuart intentó incorporarse, cayó hacia atrás, ahogado por el humo invasor. El recién llegado se agachó rápidamente colocó su gabán encima de la cabeza del hombre sofocado.

Arrastrándose, el salvador de Stuart vio el gabán de éste en el suelo, lo recogió y lo echó también encima de su cabeza, apretando ambos. El de Stuart estaba aún allí mojado por la lluvia. La añadida humedad bastó como protección contra el humo.

El desconocido se puso su gabán encima de su cabeza y ayudó a Stuart a levantarse.

El hombre había dejado su revólver en suelo y lo recogió. Juntos, Stuart y su salvador, se dirigieron a la escalera. El descenso fue terrible. Parecía un viaje a un volcán activo. El espeso humo cegaba la vista. Únicamente apretando los gabanes encima de la cabeza lograron continuar el descenso.

Las llamas lamían el costado de la escalera. Algunos escalones estaban carbonizados. Pero más adelante estaba la salvación. EL rugiente horno estaba debajo de la habitación donde Stuart estuvo y la escalera conducía a una dirección opuesta.

Stuart se encontraba en la parte inferior. El otro descendía la peligrosa parte interior de la escalera. Una vez metió el pie en un peldaño que ardía; lo sacó y continuó.

La puerta principal estaba entornada. Ante ella agitábase un círculo de llamas. Stuart se tambaleó antes de llegar al último escalón. Haciendo un poderoso esfuerzo, su compañero le sacó a rastras a través de la crepitante hoguera.

EL salvador empleó todas sus fuerzas para cruzar con rapidez. Arrojó su carga a través de la puerta y lo siguió, tambaleándose. Luego ambos hombres se echaron al suelo empapado por la lluvia, jadeantes y sofocados.

Stuart observó que recobraba el aliento, pero no podía moverse. Detrás de él la rugiente hoguera iba extendiéndose. Un trozo de madera ardiendo cayó a su lado.

De nuevo el otro hombre se mostró a la altura, de las circunstancias.

Recobrado de su furiosa lucha a través de la casa llena de humo, se incorporó y levantó a Stuart. Luego recogió los gabanes. Stuart vio el rostro de su compañero por primera vez.

Harry Vincent le salvó; pero Stuart no le había visto nunca. Conocía solamente que este valeroso muchacho había llegado a tiempo. Unos minutos más habrían sido su muerte.

-Vamos-dijo Vincent-. Tenemos que alejarnos.

La advertencia fue oportuna. La casa, envuelta en llamas, constituía una amenaza a corta distancia. Vigas ardiendo salían despedidas hacia fuera y caían muy cerca.

Stuart echó a andar, cojeando, por la calzada, al lado de Vincent. Su compañero observó sus dificultades y le ofreció sostén a la izquierda.

Llegaron a la carretera y doblaron en dirección del puente. Stuart, caminando como un autómata, no dirigió una mirada hacia el lado donde estaban las ruinas de su coche.

Vincent llevaba los abrigos. Metió una mano en uno de ellos y sacó una lámpara eléctrica. Era necesaria, aunque el nublado cielo estaba iluminado por la gigantesca hoguera de la casa incendiada.

La luz señaló la parte caída del puente, una sección que se extendía hacia abajo desde el más cercano pilar.

-Alguien pasó con la ayuda de una cuerda-comentó Vincent-. Vi el extremo de la cuerda atado al puente. Tenemos que pasar por donde yo vine. Son unos ocho metros, pero el agua no cubre la cabeza aquí.

Tras estas palabras, condujo a Stuart al borde del rápido río y los dos se lanzaron a la corriente por encima del extremo caído del puente. Stuart era un buen nadador, pero le era difícil hacer un esfuerzo, Vincent le ayudó.

La corriente les llevó hacia abajo, pero antes de que fuesen arrastrados demasiado lejos, cubrieron la distancia y sus pies tocaron la porción derribada del puente. Vincent arrimó a Stuart a la barandilla y le siguió.

Ascendieron al pilar sólido.

Desde allí, el puente temblaba, pero era seguro. Aunque estaba debilitado, el centro no había sucumbido todavía a la hinchada corriente del río.

Para Stuart estos últimos metros fueron más espeluznantes que todo cuanto había pasado. Cada paso parecía una prueba tremenda.

Llegaron a la carretera y el agente de La Sombra condujo a su cansado compañero a un coupé que estaba estacionado a un lado de la orilla de la carretera, Stuart subió y se hundió, agotado, al lado del asiento del conductor.

El coche subió vertiginosamente la cuesta cuando Vincent pisó el acelerador. Se alejaban velozmente del teatro de las desgracias que casi terminaron con Stuart Bruxton. Pasaron la barrera que había a través de la carretera. Se detuvieron lo suficiente para volver a colocarla.

Continuaron ascendiendo y en un lugar Stuart miró y divisó las imponentes llamas que sobresalían por las copas de los árboles de la isla.

El coupé continuó su marcha veloz hasta pasar la bifurcación. Allí, Vincent, exhalando un suspiro de alivio, disminuyó la velocidad. Su vertiginosa marcha fue prudente, pues no habían recorrido más de media milla cuando encontraron un camión de bomberos de un pueblo cercano. Le seguían media docena de automóviles.

Vincent miró por encima de su hombro. Por la ventanilla trasera distinguió el mate resplandor del horizonte.

-Creerán que hemos venido por la carretera principal-fue su único comentario.

Así fue, pues un hombre les llamó desde la orilla de la carretera. Estaba de pie junto á un coche que había sufrido un pinchazo. El vehículo estaba cargado de nativos.

Vincent moderó la marcha y miró por la ventanilla.

-¿Dónde es el fuego?-fue la pregunta-. ¿Abajo por la carretera inferior?

-Creo que si-respondió el joven ayudante de La Sombra.

-¿Lo vio desde la carretera superior, viniendo de Herkimer?

-Estaba mirándolo-contestó Vincent, parando el coche.

-Debe ser la casa de la isla-dijo el hombre.

-¿Vive alguien allí?-inquirió Vincent.

-No-fue la respuesta-. El dueño murió hace un año y la casa ha estado cerrada desde entonces. Hay allí algunas camas. Quizás se cobijaran algunos vagabundos. Esos perdularios suelen provocar incendios.

Vincent continuó la marcha y mientras se alejaban, habló al hombre que tenia al lado.

-Me llamo Harry Vincent-dijo-. ¿Y usted?

-Stuart Bruxton. Gracias por haberme sacado de aquella situación.

-Olvídelo-observó Vincent-. Lo que deseo conocer es cómo entró en ella.

Reclinando la cabeza en un rincón del coupé, Stuart relató su historia.

Vincent escuchó atento, mientras sus ojos vigilaban la carretera.

El hecho de que confundieron a Stuart Bruxton con Powell le interesó grandemente. Como también la descripción del viejo y el nombre de Grady, el asesino.

La situación empezó a aparecer clara en la mente de Vincent. El embuste de Stuart de que había dejado los papeles en el hotel era la clave.

Indiscutiblemente, el viejo empezó a dudar de que fuese Powell. Mandó a Grady a investigar. Si Stuart hubiese sido Powell, Grady habría intentado obtener los papeles. Entretanto, por si Powell no había llegado, el viejo estaba vigilando, mientras Grady buscaba en el hotel.

Grady debió llegar mientras Vincent esperaba. Entraron algunos individuos extraños en el hotel en aquellos momentos. Vincent recordó que las maneras de Powell eran sigilosas cuando bajó y se acercó al mostrador de la oficina.

Observó que Stuart Bruxton era alto y algo parecido a Powell, excepto que no tenia las maneras desgarbadas de Powell. Suponiendo que ni Grady ni el viejo habían visto nunca a Powell, Stuart habría encajado en la descripción general. Pero en el vestíbulo del hotel, Grady debió reconocer al hombre que realmente buscaban.

Vincent se imaginó que Grady regresó rápidamente después del asesinato, llevando los papeles. El viejo le esperaría en el puente. Luego volvió a la casa y la incendió. Después Grady le ayudó a cruzar la brecha.

Vincent recordaba ahora haber encontrado un auto, una milla antes de llegar a la bifurcación de las carreteras. Aquel coche quizás conduciría a los dos hombres de quienes Stuart hablaba.

Vincent salió del hotel Burnham después de ver el cadáver de Wallace Powell. Pero estaba agitado e inseguro. No soñó nunca que el rastro del asesino le conduciría al lugar donde esperaban a Powell. Grady, que salió antes, aumentó la delantera que llevaba.

-¡Mi coche!-exclamó Stuart, de repente: -Está en la isla, destrozado...

-Ya saqueado. probablemente-observó su compañero, pensando en el viejo durante la ausencia de Grady-. ¿Qué tenía usted en él?

-Una maleta. La cerradura ha de ser fácil de romper. Supongo que la robaron. Y las placas de la licencia del coche, también. Si se llevaron la maleta, saben quién soy.

-¿Adónde se dirigía usted?

-A Massachussets, a visitar a algunos amigos.

-¿Y su familia?

-No tengo mucha. Está toda en el extranjero.

-Entonces si nadie supiese qué se había hecho de usted...

-¡Si nadie lo supiese!-interrumpió Stuart indignado-. Quiero que lo sepa todo el mundo. Voy a capturar a esos asesinos...

-Eso es precisamente lo que voy a hacer yo-intercaló Vincent-. Recuerde: asesinos es lo que son. Es usted el único hombre que puede identificarlos. Está usted seguro que piensan que está muerto.

"Cuando hayamos hablado sobre esto, convendrá usted en que estará más seguro trabajando conmigo y que tendrá mayores probabilidades de verlos en chirona, que si los denuncia a la policía."

-Usted manda-repuso Stuart-. Me salvó de una muerte segura. Seria yo un ingrato si no le dejase actuar como guste.

El agente de La Sombra sonrió en la oscuridad.

Le gustaba este joven compañero. Opinaba que seria un buen elemento para trabajar para La Sombra. Podría arreglarse cuando llegaran a Baltimore.

La noche empezó bien, luego llegó el fracaso. Pero aquel incidente-el hurto del mapa de Wallace Powell-había convertido el fracaso en una victoria.

Había que encontrar el rastro de dos hombres. Tenía las descripciones de ambos, y conocía el nombre de uno.

Más aún, había salvado la vida a una persona que podría resultar muy útil en esta campaña. Esta noche mandaría un informe a Rutledge Mann, una nota de lo sucedido, que llegaría a manos de La Sombra. El informe comunicaría el simple hecho de que Harry Vincent había frustrado un crimen diabólico que el enemigo había planeado.

¡Y entonces, Vincent lo sabia, La Sombra actuaría¡

CAPÍTULO VII
MUERTE DESPUÉS DE OSCURECER

Un anciano estaba sentado solo en el sombrío comedor de una vieja casa.

Estaba sentado a una mesa, masticando metódicamente su alimento. A veces, reía para sí. Evidentemente alguna cosa le divertía.

La expresión de la fisonomía del viejo era engañadora. Las diversas expresiones que se reflejaban sucesivamente en su semblante, estaban mezcladas con signos de senilidad y vestigios de sagacidad sobrenatural.

Sus murmullos eran coherentes para él solo. Cesaron de repente cuando una mujer, de mediana edad, entró por una puerta giratoria.

-¿Hay algo más, señor Chadwick?-preguntó.

-No, Marta-respondió el viejo, en tono áspero-. Terminaré la comida en seguida. Luego puede marcharse.

-Lavaré los platos-dijo la mujer-. Me tomará unos minutos solamente. Tendré bastante tiempo para llegar a mi casa y preparar la comida.

-Es usted muy trabajadora, Marta-dijo el viejo, soltando una risita-. Es, además, una buena cocinera. La mejor que he tenido en mi vida.

-Muchas gracias, señor Chadwick. Estoy contenta de trabajar para usted. Es muy conveniente que cene siempre a las cinco de la tarde, pues si no fuese así, no podría venir. Mi familia tiene que comer también.

-Uno debe cenar unas horas antes de retirarse a dormir-declaró el anciano-. Es una costumbre excelente. Hay buenos hábitos, así como malos. Yo siempre me acuesto temprano. Por consiguiente, como temprano.

-Quizá tenga usted razón-dijo Marta-. Pero cuando los hombres vuelven del trabajo a casa, es cuando hay que preparar la cena. A las seis y media cenamos nosotros. Los sábados también. Que los otros gruñan si quieren; mi marido trabaja hasta las cinco y media. Él es el amo.

-Es un buen trabajador-comentó el anciano-. Enrique Birch fue siempre un excelente trabajador.

-Sí-repuso la mujer, con orgullo,- pero le gusta divertirse también. Esta noche me lleva al cine. Iremos a Filadelfia.

-¿Por qué a Filadelfia?-inquirió Chadwick-. Chester está mucho más cerca.

-Sí, pero las películas son mucho mejores en Filadelfia. Vamos allí todos los sábados. A la sesión de las nueve.

El anciano soltó una risita al levantarse de la mesa y salió pausadamente de la habitación.

La mujer, llevándose los platos de la mesa meneó la cabeza al oírle reír en la escalera.

-Grant Chadwick es un hombre muy extraño-comentó, a media voz-. Un poco chillón, pero no es difícil trabajar para él. Limpio la casa por la mañana; le guiso una comida por la tarde. Aparte eso se cuida de sí mismo. Se prepara él mismo su desayuno. Luego le preparo una comida casera. Sale siempre los domingos, de lo cual me alegro. Me deja un día libre. Es una casa que parece habitada por fantasmas.

La mujer reanudó su soliloquio después de haberse llevado los platos a la cocina. Mientras los lavaba, añadió unos cuantos comentarios.

-No se estaba tan mal aquí cuando el señoriíto Denby vivía en la casa. Era un buen chico. Aguantaba la mar de impertinencias de su tío. No es extraño que se mudase. No obstante, apreciaba a su tío, a lo menos me lo figuro. Viene a verle de vez en cuando. Ojalá viniese más a menudo. Animaba la casa.

La mujer terminó su trabajo a los pocos minutos. Entró en el vestíbulo de la entrada de la casa y dio las buenas noches. No hubo respuesta, pero al parecer lo aceptó como cosa natural. Salió de la casa, cerrando la puerta principal tras sí silenciosamente.

Arriba, Grant Chadwick dormitaba en un sillón. Solía echar una siesta después de su frugal cena.

Aunque era un hombre bastante acaudalado, ni su casa ni los muebles lo demostraban. Su casa, era un edificio ya viejo, sito en las afueras de la ciudad de Chester, en un distrito llamado Eddystone, a diez millas de Filadelfia. La casa estaba aislada; los edificios más cercanos eran unos cobertizos abandonados cerca de la línea férrea.

A Grant Chadwick le gustaba la soledad. Habíase retirado de los negocios hacia varios años y ahora sacaba una buena renta de ciertas acciones que poseía. No obstante, era un hombre muy tacaño, que no quería separarse de nada que le perteneciera.

La instalación de la casa no sólo era barata, sino inadecuada. Tan sólo unas cuantas habitaciones podían ocuparse. La fortuna del viejo Chadwick reposaba en las cámaras acorazadas de algunos bancos; y la mayor parte de su renta estaba guardada con sus inversiones.

El anciano despertó de su siesta y movió la cabeza mecánicamente. Miró en torno al cuarto de una manera solemne.

Ignoraba cuánto tiempo había estado dormido. Al parecer no le importaba.

No había reloj en el aposento. Grant Chadwick prestaba escasa atención al paso del tiempo.

Además de la cama y unas cuantas sillas, la pieza contenía un desvencijado dormitorio y lo abrió. Inició una lenta y metódica inspección de los cajones.

La mayoría estaban vacíos. Otros contenían un extraño surtido de objetos inútiles. Pero en un cajón, el anciano descubrió dos objetos que buscaba. Eran hojas de papel; una, pequeña; la otra, grande.

El anciano depositó los papeles encima del escritorio. Luego con un gruñido de satisfacción, se dispuso a descansar. Se puso un camisón y un gorro de dormir.

Volvió al escritorio, cogió los papeles y se los llevó a la cama. Encendió una lámpara de petróleo que descansaba sobre un viejo diccionario, encima de una silla. Extinguió las otras luces y se metió en la cama.

Deslizó la mano debajo de la almohada y sacó un revólver anticuado. Esta arma era la salvaguardia del anciano contra los ladrones. Había poseído aquel revólver desde hacia muchos años, pero nunca tuvo ocasión de utilizarlo.

Su fama de tacaño era la mejor protección que podía pedir. Un ladrón, en su sano juicio, habría abordado una perrera con preferencia a la desmantelada casa de Grant Chadwick.

El anciano empezó a examinar el menor de los dos papeles. Al inclinarse para ponerlo al alcance de la luz, sus labios empezaron a murmurar desdeñosamente.

Grant Chadwick prefería su propia compañía a la de cualquier otra persona; por tanto, no era extraño que hablase en voz alta, cuando se encontraba solo, pues el único con quien conversaba era consigo mismo.

-Dos mil dólares—dijo-. ¡Bah¡ Un viejo necio, es lo que soy. Interés, sí-sus ojos chispearon;-pero no ofrece ninguna seguridad. Lo principal puede darse por perdido. Espera... eso es lo que hace. Está esperando. Conozco su juego. Ya lo arreglaré... Los labios del anciano se movían, pero no hablaba ahora.

Puso el papel pequeño encima del diccionario y buscó por el asiento de la silla, hasta encontrar un lápiz.

Tomando la hoja de papel grande, empezó a leer las palabras que aparecían en una escritura de garabatos:

"Yo, Ulises Grant Chadwick, considerando la incertidumbre de esta vida mortal y estando sano de juicio y de memoria, extiendo y publico este mi último testamento, de la siguiente manera y forma, es decir..."

El anciano se detuvo. Reclinóse en la almohada, sujetando el papel en sus flacas y huesudas manos.

-¡Qué dirá Cronwell cuando lea esto! –rió-. ¡Qué dirá! Solía decirme que yo era el hombre más prudente que había entrado jamás en su despacho. Prudente, porque he tenido el mismo testamento depositado en su oficina durante veinte años. ¿Qué dirá?

El anciano miró el papel. No podía leer las líneas escritas debajo del párrafo inicial, pues tenia las manos en la oscuridad.

El afán de economizar le había impedido cometer la extravagancia de adquirir una mesa de lectura que le habría sido útil, junto a la cama. La lámpara que había sobre el anticuado diccionario servia los fines de una luz para leer, pero estaba demasiado baja para ser cómoda. El circulo de iluminación en torno a la silla, apenas alcanzaba el nivel de la cama.

El viejo empezó a agacharse para poner el papel a la luz; luego se reclinó en la almohada y soltó otra risita. Evidentemente, conocía el contenido del documento. Era innecesario volverlo a leer.

-Es culpa suya-dijo en voz alta-. Él tiene la culpa. Está esperando y puede seguir esperando... después de esto. "Yo, Ulises Grant Chadwick"-repetía el primer párrafo del testamento-. "Yo, Ulises Grant Chadwick, considerando la incertidumbre de esta vida mortal"...

Hizo una pausa, dibujándose en sus labios una sonrisa burlona. Parecía saborear las palabras, pero al cabo de un momento, las repitió como si recitase a un auditorio imaginario.

"Considerando la incertidumbre de esta vida mortal"... ¡Ja, ja, ja!-la risa era convulsiva-. ¡La incertidumbre de esta vida mortal! Él la considerará. Más que yo. Sí, más que...

El anciano calló, brotando de sus labios un sonido gutural. Algo atrajo su atención.

Volvióse de repente hacia la lámpara que había encima de la silla a su lado.

Dirigió la mirada hacia abajo. Allí, al resplandor, había una mano, sus dedos extendidos, cogiendo el viejo revólver.

Con un gruñido, Grant Chadwick alargó la mano para coger el arma. Su acción fue demasiado tardía. La mano se le adelantó. EL revólver fue llevado a otra dirección. El anciano estaba desarmado.

Furioso, se irguió en la cama y miró en la oscuridad más allá de la luz.

Sus ojos sagaces relampaguearon al distinguir la cara pálida que vio allí.

Un grito de rabia brotó de sus apergaminados labios. Se inclinó hacia delante, poseído de furia, balbuceando de una manera incoherente. No miró hacia el chispear metálico del revólver al brillar a la luz.

Sus ojos se clavaron en el rostro que despertó su furia. Su voz se elevó en un chillido cascado.

-Tú... tú...-Su exclamación fue cascada e incoherente-. Te atreves a venir aquí. Me pagarás esto... tú...

Una llama surgió del revólver...

El anciano, inclinado hacia delante, cayó de bruces. Su cabeza chocó con el borde de la silla. Su cuerpo pareció encogerse.

Los largos y flacos brazos quedaron extendidos, uno a lo largo del suelo, el otro levantado tocando la silla. La borla del gorro de dormir quedó en línea recta, lejos de la cama. Un charco de sangre empezó a formarse sobre el suelo.

Reinó el silencio cuando un hombre se agachó sobre el cuerpo inerte de Grant Chadwick. Satisfecho de que el anciano estaba muerto, el asesino depositó el revólver en el suelo, junto a la mano extendida.

Los inmóviles dedos parecían querer agarrar el arma, como lo hicieron en vida.

Unas suaves pisadas se dirigieron hacia la puerta. El asesino salió tan silenciosamente como entrara.

Una vez más, Grant Chadwick se encontró solo en su solitaria habitación.

Pero los dos papeles desaparecieron. Uno, de la silla; otro, de la cama.

¡La mano que asesinara a Grant Chadwick se apoderó de los documentos del anciano!

CAPÍTULO VIII
LA MUERTE SIN ACLARAR

-Gracias, señor Chadwick. Apreciamos la cooperación que nos ha prestado.

Hablaba un hombre alto y flaco. Formaba este hombre la figura central de un grupo, reunido en las oficinas de un juzgado. Su chaqueta pendía una chapa plateada, indicando que era, un detective.

-Me alegro de haberles ayudado de algún modo, señor Davidson-replicó el joven-. Fue una sorpresa que me interrogase del modo que lo hizo... tan pronto después de la muerte de mi tío. Fue...

-Fue necesario-interrumpió Davidson-. Debo, a lo menos, asegurarle a usted que nos proponemos hacer todos los esfuerzos para aclarar este asesinato. Siento haber molestado a usted y a estas otras personas, pero era mi deber.

-Hay algunos reporteros fuera-dijo un hombre en la puerta-. ¿Les digo que los verá usted luego?

-Quizá le agradaría oír cómo les hablo-sugirió Davidson, volviéndose hacia el joven Chadwick.

-Creo-el joven habló con acento vacilante, luego asintió con la cabeza,-creo que sería mejor. Sí, sería mejor.

Los periodistas entraron en la sala y miraron al grupo de hombres reunidos allí. Se volvieron hacia Davidson solicitando una explicación.

EL detective habló en tono metódico, indicando a los individuos a medida que hablaba.

-Este caballero es Denby Chadwick-explicó señalando al joven.

Chadwick, con expresión solemne, asintió con la cabeza. Los reporteros observaron su traje elegante y repararon también en su aspecto cansado.

-Chadwick- continuó Davidson-, es el único pariente del asesinado. Grant Chadwick era su tío. Denby Chadwick es el gerente de la sucursal de las Cajas de Caudales Mayo y Compañía. Está encargado de la oficina de Filadelfia.

"Después que la señora Marta Birch descubrió el cadáver de Grant Chadwick, a la ocho de esta mañana, la interrogamos y averiguamos que probablemente era ella la última persona que le había visto vivo.

"El anciano fue asesinado entre las cinco y media de la tarde del sábado y las ocho de esta mañana, o sea lunes por la mañana El dictamen forense declara que la víctima murió probablemente veinticuatro horas antes de encontrarse el cadáver.

"La señora Birch asegura que cerró la puerta al marcharse el sábado por la tarde y que la abrió esta mañana, a su llegada. No hemos encontrado señales de que se violentara la puerta.

"Eliminando la tenue posibilidad de un suicidio, interrogamos a la señora Birch, hallamos en ella un informador muy útil. La única persona que visitaba a Grant Chadwick era su sobrino, este caballero.

"Hace un mes Denby Chadwick vivía con su tío. Según la señora Birch, hubo un desacuerdo entre ellos y el sobrino se marchó a vivir a otra parte. Denby Chadwick le ha visitado de vez en cuando desde entonces. Tiene una llave de la casa. Aquí está."

Davidson exhibió la llave, que evidentemente se la dio el joven.

-Localicé a Denby Chadwick en su oficina de Filadelfia-siguió el detective de manera metódica-. Esto ocurrió a las diez y media. Vino aquí conmigo.

"Debido al hecho de que tenia acceso a la casa; de que había reñido con su tío; que reconoció ser el dueño de un par de guante hallados en una mesa en la planta baja, tuve naturalmente mucho interés en conocer todos sus movimientos y actividades entre la tarde del sábado y esta mañana.

"Este hecho parece haberles impresionado, señores reporteros. Mientras Denby Chadwick y yo hemos estado conferenciando aquí han estado ustedes trabajando."

El detective cogió un periódico de la mesa. Una edición de un diario de Filadelfia que tenia los siguientes titulares:

DENBY CHADWICK SOMETIDO A UN INTERROGATORIO EN EL ASESINATO DE SU TIO

-Esto acaba de llegar-declaró el detective-. Mientras tanto, Denby ha estado telefoneando a muchas personas. Hace media hora llegó el último de sus testigos. Estas personas han declarado en su favor.

"Puedo afirmar que Denby Chadwick ignoraba la muerte de su tío. Tengo las declaraciones juradas de los testigos. Pueden ustedes interrogarles; después pueden leer sus declaraciones.

"Ahora que hemos averiguado todos los hechos, creo que debe hacerse todo lo posible para librar de toda sospecha al joven Chadwick."

El detective señaló hacia un hombre de mediana edad que estaba en el centro de la sala.

El individuo carraspeó y habló a los reporteros.

-Me llamo Carlos Washburn-dijo-. Tengo mis oficinas en el Edificio Elite, Filadelfia. De la Compañía Washburn. Denby Chadwick estuvo en mi despacho hasta las cinco de la tarde del sábado. Mi taquígrafa, la señorita Daisy Whitman, estaba presente.

-Es cierto-corroboró una joven que estaba sentada en una silla junto al escritorio.

-Salimos de la oficina-prosiguió Washburn-, y nos encontramos con Jaime Newman, que tiene sus oficinas en el Edificio Elite también. Subimos a mi coche y llevamos a Denby Chadwick a la estación.

"Estuvimos juntos mientras él sacaba billete para Havre de Grace, Maryland. Estuvimos con él hasta que tomó el tren local de las cinco y media."

-Así es-confirmó otra voz.

El que hablaba era un hombre que estaba al lado de Washburn, evidentemente Jaime Newman.

-El siguiente-declaró Davidson.

Un hombre de cabellos grises y cargado de espaldas, siguió.

-Harold Clinch-dijo-. Revisor del tren número 37, que sale de Filadelfia a las cinco y media con dirección a Havre de Grace. Denby Chadwick viaja en mi tren todos los sábados por la tarde.

"Revisé su billete el sábado pasado, al salir de la estación de Filadelfia. Le vi jugando a las cartas en el vagón de fumador. Le ayudé a bajar la maleta y le di las buenas noches cuando llegamos a Havre de Grace a las siete y media."

Davidson señaló con un gesto a otro hombre, un joven vestido con una chaqueta de badana.

-Me llamo Esteban Biggs-dijo el joven-. Estoy empleado en la Compañía Telefónica. Subí al tren en Willmington, el sábado pasado. Estaba jugando a las cartas con un par de amigos y este joven se nos agregó. Estaba con nosotros cuando llegamos a Havre de Grace. Estuvimos hablando y yo mencioné casualmente mi domicilio. Por eso me han citado hoy aquí...

-Perfectamente-interrumpió el detective-. Basta, Biggs. Tenemos también una declaración de Elbert Brown-señaló a un hombre con gafas-, que viaja constantemente en ese tren. Conoce de vista a Denby Chadwick, y se apeó del tren al mismo tiempo que él, el sábado por la noche. Usted ahora, señor Turner.

El último testigo era un hombre larguirucho que hablaba con acento meridional. Estaba de pie con el sombrero en la mano cuando se dirigió a los reporteros.

-Todo cuanto tengo que decir-declaró-, es que Denby Chadwick es un joven excelente y que me alegro de poder declarar en su favor. Me llamo Ezra Turner y poseo una granja

cerca de Havre de Grace. Denby suele venir a mi casa todos los finales de semana. Yo voy a esperarlo a la estación. Es lo que hice el sábado pasado.

"Estuvimos jugando al póker toda la noche, él y estos dos jóvenes, Jaime Blozt y Greg Stephens que baja de Carlisle. Todos nosotros estuvimos durmiendo casi todo el domingo, excepto a la hora de comer, cuando las mujeres de la casa nos despertaron.

"Tuvimos otra sesión de póker anoche, tomamos el juego en serio por Maryland. No dejamos de jugar hasta las cinco de esta mañana y tuve que despertar a Denby a las ocho, para marcharse a Filadelfia. Todos nosotros veníamos en esta dirección, excepto las mujeres. Cuando Denby me telefoneó, les avisé que viniesen inmediatamente. Todos han declarado que Denby Chadwick no salió de mi granja entre el tiempo que llegó allí y las ocho de esta mañana. Estuvo jugando por las noches, por eso tiene cara de cansado, además de la pena por la desgracia ocurrida a su pobre tío"...

Dos mujeres asentían con la cabeza.

Los reporteros examinaban las declaraciones juradas. Davidson empezó a despedir a la reunión, titubeando lo suficiente para responder a la pregunta de un reportero sobre el joven Chadwick.

-Sí, sospeché de Denby Chadwick hasta que averigüé todos estos hechos-dijo-. Sospecho de todos los que puedan haber tenido relación con el caso. Pero estos testimonios proporcionan una coartada perfecta, lo cual es hacer que colabore con nosotros.

"Él está tan ansioso como yo por averiguar quién asesinó a su tío. Estamos sometiendo el caso a un proceso de eliminación y no pasamos por alto ni una sola pista."

Los visitantes salieron del juzgado y los reporteros tomaron apresuradamente sus notas para alcanzar las últimas ediciones de los periódicos de la noche.

Las declaraciones de los testigos fueron mandadas detalladamente. El hecho de que Denby Chadwick quedaba libre de toda sospecha se anunciaba en grandes titulares.

*****

A la mañana siguiente, Harry Vincent abrió una carta en su habitación del hotel Burnham. Estaba sentado en una mesa de escritorio, donde había un ejemplar de un diario de Baltimore.

El agente de La Sombra había estado leyendo las reseñas y comentarios sobre el asesinato de Chadwick. Sus ojos se abrieron de sorpresa al observar que la carta se refería al mismo asunto.

El mensaje estaba escrito en clave, en tinta azul brillante. No constituía ningún enigma para Vincent. Conocía de memoria la clave. Traducida, la carta decía:

"Vaya a Filadelfia. Llévese a Bruxton. Dele trabajo. Verifique todos los detalles del asesinato de Grant Chadwick. Observe todos los actos de su sobrino Denby. Informe, con regularidad, detalladamente."

La escritura empezó a desvanecerse mientras Vincent tenia aún la carta en la mano. Era una peculiaridad de todas las órdenes de La Sombra. Estaban escritas en una tinta secreta, que desaparecía poco después de entrar en contacto con el aire.

Vincent rompió el papel en blanco y tiró los trozos a un cesto. Descolgando el teléfono, llamó a otro hotel. Le pusieron en comunicación con Stuart Bruxton.

-Vamos a salir de viaje-anunció-. Partamos lo antes posible. Puede resultar interesante. ¿Está listo?

Hubo una respuesta afirmativa. Una hora más tarde, un coupé se dirigía velozmente de Baltimore a Filadelfia.

Vincent conducía. A su lado, Stuart Bruxton escuchaba atento lo que su compañero le decía.

El asesinato de Grant Chadwick era el tema de la discusión.

¿Tenia este crimen alguna relación con las aventuras de Stuart? ¿Estaba relacionado con el asesinato de Wallace Powell? ¿Podía aclararse la muerte de Grant Chadwick, qué permanecía envuelta en el misterio? ¡Solamente La Sombra lo sabia!

CAPÍTULO IX
LA SOMBRA ACTUA

Rutledge Mann estaba ocupado en su despacho. Su mente no pensaba en acciones ni en valores. Estudiaba un montón de recortes de periódicos y unos informes escritos a máquina.

Era de noche y el horizonte de Manhattan ofrecía un resplandeciente espectáculo des de la ventana de Mann. Pero el sereno y grave agente de Bolsa no tenía tiempo pata disfrutar de aquella vista. Concentraba su atención en el trabajo que tenia delante.

Sus amigos conocían a Rutledge Mann por un hombre que se dedicaba al negocio de Bolsa. En realidad, Mann era un agente de confianza del personaje misterioso conocido por La Sombra. Era su agente de enlace.

En aquella cómoda oficina, reunía datos e informes de una manera metódica y eficiente. El material que le ocupaba ahora constituía un problema muy interesante, había sido obtenido de numerosas fuentes y los agentes de La Sombra habían proporcionado gran parte de él.

En una hoja recopiló ciertas anotaciones relativas a Herbert Brockley.

Para la policía, la muerte del acaudalado americano era un asunto terminado. Tres apaches estuvieron complicados en el crimen. Dos fueron muertos al ofrecer resistencia cuando se les capturó. Murieron a manos de los gendarmes parisienses. El tercero era un fugitivo. Pero para Rutledge Mann, la cuestión de la muerte de Brockley no estaba terminada.

El agente de Bolsa anotaba hechos referentes a la historia de Herbert Brockley.

Brockley había sido un importante hombre de negocios de Nueva York y no fue difícil localizar sus amistades. Una lista de una docena de nombres comprendía a las personas con quienes, en una época u otra, había realizado operaciones.

Sobresalía en la lista el nombre de Sherwood Mayo, un multimillonario.

Brockley y Mayo estuvieron asociados en ciertas empresas mineras, hacia algunos años. No abundaban los detalles, pero establecían concretamente una relación entre ambos. Rutledge Mann trazó una línea bajo el nombre de Mayo.

Al parecer no existía motivo para escoger ese nombre particular de la lista, a menos que le impresionase la fortuna de Mayo.

No obstante la razón era evidente cuando cogió otra hoja encabezada con el nombre de U. Grant Chadwick.

Había unos cuantos nombres solamente en dicha hoja, uno de los cuales era el de Sherwood Mayo. Rutledge Mann había hecho algunas anotaciones.

Éstas declaraban que Grant Chadwick y el multimillonario fueron en una época socios en la fabricación de cajas de caudales: pero que Mayo operó luego por su cuenta.

La compañía que Mayo controlaba-la Compañía de Cajas de Caudales y Cerraduras Mayo,-era una empresa que dominaba la industria. La Compañía primitiva-la Fábrica de Cajas de Caudales Holyoke-continuaba trabajando todavía, y se suponía que Grant Chadwick poseía una gran parte de las acciones.

Mann mencionó que las acciones de Holyoke no se cotizaban en el mercado, aunque, eran muy buscadas por los compradores. La empresa, aunque era pequeña, poseía loe

derechos de patentes importantes, algunas recientes, y hacia negocios provechosos al respecto.

La coincidencia de encontrar el nombre de Sherwood Mayo en ambas listas, tornaba ese nombre conspicuo. La importancia del asunto fue más notable aun cuando Rutledge Mann hizo referencia a los datos concernientes a Denby Chadwick.

El agente de enlace de La Sombra poseía una cantidad de datos, pues abundaban los recortes de prensa e igualmente informes procedentes de Harry Vincent.

De estos partes escribió su informe:

"El cargo que Denby Chadwick ocupa en la Compañía Mayo lo obtuvo por medio de sus relaciones con Sherwood Mayo. Denby Chadwick tenia mucha experiencia en las ventas. Consiguió el empleo de gerente de la oficina de Filadelfia de la Compañía Mayo hacia menos de un año. Probablemente usó el nombre de su tío para obtener el empleo.

"El hecho de que Grant Chadwick y Sherwood Mayo fueron en un tiempo socios es significativo. Una investigación ha demostrado que la Compañía de Cajas de Caudales Mayo paga considerables derechos anualmente a la Compañía de Cajas de Caudales Holyoke. Esto indica una relación comercial indirecta entre Grant Chadwick y Sherwood Mayo."

"La investigación llevada a cabo por Harry Vincent (datos incluidos) indica que Denby Chadwick demostró ser incompetente en anteriores empleos y que su actual cargo es muy superior a todo lo que ha tenido antes. Se supone que solamente gracias a la influencia pudo conseguir su actual empleo."

Como si quisiese corroborar esto, Mann cogió un parte entregado por Harry Vincent. Movió afirmativamente la cabeza al leer un párrafo:

"Denby Chadwick pasa muy poco tiempo en la oficina. Stuart Bruxton ha ido a verle dos o tres veces, con el objeto de entrevistarse con él. No ha tenido éxito. Charles Brady, el subgerente, trata prácticamente todo el negocio.

"Dan la excusa de que Chadwick esta ocupado arreglando los asuntos de los bienes de su tío, y que la muerte del anciano le ha afectado tanto que no ha podido ir a la oficina.

"Pero esto es un pretexto, pues la taquígrafa declaró dos veces que Chadwick no va nunca a la oficina antes de mediodía, y que a veces no va a ninguna hora."

El punto que tenía perplejo a Rutledge Mann era la situación existente entre Denby Chadwick y su tío, en los días de la muerte, de éste. Era evidente que habían reñido sobre algo, aunque no podía ser nada muy serio.

Denby había vivido en la casa durante varios años. Grant Chadwick era su único pariente. El anciano era excéntrico y su frugalidad debió molestar a Denby.

El tío, a su vez, evidentemente había considerado a su sobrino como un muchacho sin porvenir, hasta que el joven obtuvo el empleo en la Compañía de Cajas de Caudales Mayo.

Fue después de esto cuando Denby abandonó la casa de su tío. Quizá el joven creyó poder vivir independiente en su nuevo empleo y lo aprovechó para alejarse de un ambiente que le era desagradable.

Sea cual fuere la situación, no pudo ser muy grave, pues Denby Chadwick era el único heredero de la fortuna de su tío. Esto anunció Egbert Cronwell el notario de Filadelfia que se ocupaba de los asuntos del anciano asesinado.

La herencia estaba en vías de ser traspasada y Denby Chadwick había heredado una importante fortuna, cuya cantidad exacta no se conocía.

El agente de enlace de La Sombra se reclinó en su sillón giratorio y sonrió lánguidamente mientras contemplaba el techo. No era su trabajo el de enfrascarse en especulaciones. Su deber consistía en reunir datos.

Al mismo tiempo La Sombra no ponía restricciones a los informes de sus agentes. Les era permitido expresarse del modo que deseasen. Por tanto, Mann, como de costumbre, especulaba sobre estas extrañas relaciones.

Estaba convencido de que en el fondo del asunto se trataba de un chantaje.

Herbert Brockley se marchó al extranjero para escapar a alguna amenaza.

En París, Brockley se hizo amigo de Wallace Powell. Dio alguna información, en forma de documentos, a Powell. Dicha información pudo concernir a él mismo; probablemente concernía a otros también.

Powell intentó vender esa información. Había negociado con un chantajista en Nueva York y había convenido en verse con él en Baltimore.

Powell fue asesinado y los asesinos obtuvieron la información sin necesidad de pagarle diez mil dólares.

La salvación de Stuart Bruxton por Harry Víncent no fue solamente una acción excelente, sino que consiguió un nuevo agente para La Sombra, un hombre que podía identificar a Grady, el asesino, y al viejo a quien Grady servía. Estas personas trabajaban activamente para una banda de chantajistas.

¿Pero dónde estaban? Vincent visitó la casa quemada al día siguiente de haber salvado a Stuart Bruxton. En aquella visita no averiguó nada. La casa era una ruina y su sótano una masa de escombros.

Vincent suponía en su informe, que el cadáver de Jefferson, el caminante a quien Bruxton recogiera en su coche, fue depositado en la planta baja, para ser destruido por las llamas; pero no encontró pruebas de ello.

No había rastro de la pareja de asesinos, Grady y su amo.

El hallazgo del coche de Bruxton llenó de perplejidad a la policía. El automóvil fue despojado de sus placas y equipajes. Desaparecieron también otras señales de identidad.

Se aceptó la hipótesis de que el coche era robado; que sufrió un accidente en el puente; y que los ocupantes se refugiaron en el viejo caserón. Una vez allí, encendieron fuego y la casa se incendió; luego huyeron de las llamas.

La policía estaba convencida de que habían aclarado por completo el caso, vieron únicamente un incendio accidental, no un asesinato, y Vincent no hizo nada para informarles.

El asesinato de Grant Chadwick al poco tiempo del de Wallace Powell, era altamente significativo para Rutledge Mann.

Libre de toda sospecha Denby Chadwick, parecía plausible que Grady era el hombre que visitó la casa de Chester, donde el anciano vivía solo.

La conexión entre Herbert Brockley y Sherwood Mayo era similar a la existente entre Mayo y Grant Chadwick.

¿Fue Grady a amenazar al viejo Chadwick, con el objeto de hacerle víctima de un chantaje, a base de lo que había averiguado de los documentos de Powell?

Esta era la creencia de Mann. Pero aún más importante era la posibilidad que el futuro podía encerrar.

Dos malhechores, agentes de algún jefe desconocido, se habían embarcado en una oleada de crímenes. Era lógico suponer que más vidas estaban amenazadas.

Los ojos de Mann se posaron en las notas que tenia delante. Un nombre, solo, parecía atraerle: El nombre de Sherwood Mayo.

Allí conducía el rastro... a Mayo. Cuatro victimas habían caído ya, presa de unos monstruos del crimen: Brockley, Jefferson, Powell y Grant Chadwick.

Rutledge Mann previó unas medidas protectoras. Sea cual fuere el designio que produjo la muerte de Grant Chadwick, era razonable suponer que los asesinos no habían terminado su obra.

Si el anciano rehusó aceptar sus exigencias, podría ser que legó una herencia peligrosa a su sobrino. Denby Chadwick ya había caído en sospechas de haber asesinado a su tío. ¿Estaría su vida segura ahora?

El propósito de La Sombra era claro. Estando Vincent y Bruxton vigilando, Denby Chadwick gozaría de alguna seguridad. Pero había proteger a otro hombre, a Sherwood Mayo, el multimillonario.

Previendo esto, Mann dirigió su atención a otro informe. Examinó una lista que había separado bajo el nombre de Sherwood Mayo. Mann la había recopilado de dicha lista. No le fue difícil, teniendo tantos amigos influyentes de quienes obtener información concerniente a una persona tan importante como Sherwood Mayo.

El agente de Bolsa comprendió que esta lista podría resultar inútil; pero la preparó con vistas a escoger a ciertos individuos enemigos de Mayo. En esta lista, estaba seguro, se encontraría el nombre de un hombre que podría intentar perjudicar a Mayo.

Sería conveniente vigilar a ese hombre, que podría poseer alguna información que pudiesen utilizar los chantajistas.

Terminada esta última lista, reunió todo el material destinado a La Sombra, dobló los papeles y los puso en un sobre largo y de aspecto oficial. Se guardó el sobre en un bolsillo y salió del despacho, cerrando cuidadosamente la puerta tras sí.

Broadway resplandecía cuando Rutledge Mann descendió en un taxi por la concurrida calle. Despidió el coche en la calle 23 y echó a andar pausadamente hasta llegar a un viejo edificio.

Aun de noche, este caserón tenia un aspecto triste y sucio. La desvencijada, puerta estaba abierta. Entró y ascendió por una destartalada escalera. Estaba en uno de los edificios para oficinas, más viejos de Nueva York.

En un lúgubre y mal alumbrado pasillo, se detuvo delante de una puerta. El nombre que había en el cristal era apenas distinguible. Simplemente se leía:

"B. JONAS"

El sobre del agente de enlace se introdujo por una ranura que había en la puerta. El agente de Bolsa se encogió de hombros y salió presuroso del sombrío edificio.

Estas visitas eran desagradables, aun de día. De noche, eran más repugnantes. La atmósfera triste del lugar era depresiva.

Sin embargo las visitas eran necesarias, pues aquella misteriosa puerta con la ventana llena de telarañas era una barrera escogida por La Sombra. Las cartas tiradas en su buzón llegaban invariablemente al misterioso hombre de las tinieblas.

Rutledge Mann pensaba en La Sombra cuando en un taxi descendía por la calle 23. Pero, ahora, realizada su misión, y el espíritu libre de asuntos desconcertantes, observó las cosas a su alrededor.

Oyó el ronco pitar de un trasatlántico cuando el taxi se dirigía veloz hacia el Oeste. Algún vapor entraba en el muelle.

El taxi dobló entrando en una avenida y Mann algo cansado, se reclinó para descansar durante el resto del trayecto al club Cobalto, su lugar predilecto durante las horas de ocio de la noche.

La sirena que oyó tenia un significado que no comprendió. Semejaba una nota anunciando la llegada de alguien de importancia.

Varias celebridades desembarcaban del vapor Gallitania. Los reporteros estaban atareados buscando entrevistas. No obstante, los periodistas no prestaron atención a un hombre alto, que llevaba una capa y sombrero negros.

Este individuo descendió solemnemente por la pasarela, sin mirar a derecha ni a izquierda. Noticia insignificante; un hombre silencioso, de rostro frío que desembarcaba, sin acompañantes de un trasatlántico.

Este pasajero rozó a un reportero, al saltar a tierra, El periodista se volvió y vio un rostro de halcón y un par de ojos agudos y chispeantes.

Se sobresaltó un instante y luego, se volvió a esperar la llegada de una celebridad.

¡Qué historia se perdió el reportero! ¡Había visto a La Sombra, desembarcando del Gallitania!

*****

Una luz alumbró parcialmente el cuarto oscuro y silencioso. Luego dos manos blancas aparecieron, dos manos largas y finas que parecían tener vida propia. ¡Sobre el tercer dedo de la mano izquierda fulguró un ópalo de fuego, la piedra simbólica de La Sombra!

Las manos recogieron un sobre. Luego lo abrieron rompiendo un extremo.

En su interior estaban los papeles que Rutledge depositó en el buzón de la oficina de "B. Jonás".

En un abrir y cerrar de ojos, los papeles fueron desdoblados.

Ojos expertos examinaron los datos que La Sombra recibió de su fiel agente.

Reinó un sepulcral silencio mientras La Sombra, oculto en la negrura, leyó las recopilaciones. Al fin, quedaban dos papeles solamente. Uno eran las notas del propio Mann; el otro la lista que le acompañaba.

Un índice largo y blanco se posó sobre un párrafo del informe. Las palabras decían:

"Opino que en todos estos datos debe encontrarse la clave de las misteriosas muertes ocurridas. Mas aún, estoy convencido de que se han planeado otros crímenes, y quizás aquí hay pistas sobre ellos. He prestado especial atención al nombre de Sherwood Mayo y he preparado una lista de nombres que podrían considerarse enemigos suyos. Dos de los amigos de Mayo han sido asesinados. Como Denby Chadwick, él también debe ser vigilado:"

En la mano blanca apareció un lápiz y con él, a través del párrafo, escribió la palabra "Correcto".

El papel fue puesto a un lado. El dedo inquieto seguía señalando nombre por nombre en la lista de los adversarios de Mayo. Cada nombre iba acompañado de una breve biografía.

El lápiz entró en acción. Tachó nombre tras nombre hasta que quedaron dos solamente.

El dedo se posó sobre el primero:

"Sidney Delmuth. Dedicado a negocios de anuncios y promover nuevas empresas.

"Relacionado con diversos negocios en competencia con empresas apoyadas por Sherwood Mayo. Una puso un pleito a Mayo, la disputa se arregló particularmente. Mayo ha amenazado con diversos pleitos a Delmuth en varias ocasiones, pero nunca la ha llevado a cabo. Delmuth tiene fama de dedicarse a negocios turbios.

La mano se movió hacia el siguiente nombre:

"Pablo Hawthorne. Dedicado al negocio de fincas. De dudosa posición económica se rumorea que está a punto de quebrar. La mayor parte de sus empresas han fracasado. Se dice que reúne dinero y deja que otros pierdan. Ha sido llevado a los tribunales por muchas personas. La única oposición a Mayo consiste en una localidad de veraneo que Hawthorne fomentó en relación a Mayo. Hawthorne no sólo fundó un pueblo de veraneo cerca de las fincas del Sr. Mayo en Massachussets, sino que logró comprar varios terrenos que Mayo tenía el propósito de adquirir. Hawthorne consiguió esto debido a que Mayo descuidó ejercer el derecho de opción a dichos terrenos."

Al recopilar la lista, Mann señaló a Delmuth como una de las personas más probables enemigas de Sherwood Mayo. Mencionó a Hawthorne como una mera posibilidad.

La Sombra, al aprovechar la sugerencia de Mann, convino, al parecer, con la opinión sobre Delmuth, pero no con la expuesta referente a Hawthorne. Pues estos dos hombres fueron escogidos; todos los otros fueron descartados.

Como si recordara alguna otra cosa, sus manos extrajeron otro papel. Era un informe remitido por Harry Vincent, que Rutledge Mann juzgó conveniente mandar.

El informe era sumamente detallado. Describía el viejo caserón donde Grant Chadwick fue asesinado. Daba la situación de la casa y un diseño señalaba la posición de los abandonados cobertizos cerca de la vía férrea. Estos cobertizos estaban a varios centenares de metros de la casa de Grant Chadwick.

Exponía también la visita de Vincent a Havre de Grace. Fue allá en el tren que Denby Chadwick tomó unas noches antes. Visitó la granja donde Denby pernoctó. Acompañaba el informe un ejemplar del itinerario de trenes.

Las manos de La Sombra examinaron rápidamente estos papeles; luego los dejó a un lado, fuera del radio del circulo luminoso de la lámpara. Las manos se ocuparon en seguida en una hoja de papel y una estilográfica.

Con letra clara, escribió un mensaje en clave fué doblado y metido en un sobre. Utilizando otra pluma, la mano escribió:

"Dense instrucciones a Stuart Bruxton".

Esto fue incluido en un sobre mayor, que llevaba el nombre y señas de Harry Vincent escrito a máquina.

Sonó un chasquido. El cuarto quedó sumido en completa oscuridad.

El trabajo de La Sombra había terminado En breve tiempo, el hombre de misterio había revisado todo el material de sus agentes. Nada de lo que había hecho indicaba una solución definitiva ni la iniciación de una campaña. La anotación de ciertos hechos, una orden concerniente a Stuart Bruxton, fue todo.

Pero en medio de la densa oscuridad de aquella pieza resonó una suave y escalofriante carcajada. Repercutiendo fantásticamente en ecos en aquellas paredes, la risa, era más expresiva que las palabras.

La siniestra repercusión de aquel eco que se repetía, anunciaba que algún descubrimiento hacia feliz al hombre misterioso, pero a la vez presagiaba la derrota y destrucción de los que medraban con el crimen. ¿Del breve examen de los informes de sus agentes, había descubierto La Sombra, la clave de aquellos misteriosos asesinatos y de los próximos peligros?

¡Tan sólo La Sombra lo sabia!

CAPÍTULO X
STUART VA DE SERVICIO

Stuart Bruxton hallábase sentado en elcoche fumador de un tren compuesto de dos vagones, que zigzagueaba a través de las colinas de Massachussets.

Estaba solo en el coche.

El propósito del viaje desconcertaba a Stuart. Actuaba siguiendo instrucciones de Harry Vincent. Dirigíase a un lugar llamado Greenhurst.

Este pueblecito, averiguó Stuart, era un lugar de veraneo que no había llegado a florecer. En Greenhurst, debía vigilar los negocios de dos hombres: Pablo Hawthorne, un negociante en terrenos que aun no había logrado colocar a Greenhurst en el mapa de Massachussets; y Sherwood Mayo, un multimillonario de muchas empresas.

¿Qué intervención tuvieron estos dos hombrea en los extraños sucesos ocurridos en Maryland? ¿Podía existir alguna relación entre ellos y el siniestro viejo que atentó contra la vida de Stuart?

Hawthorne dirigía el negocio de una colonia veraniega. Mayo habitaba en una finca, resistiendo la invasión de lo que consideraba sus derechos feudales.

Stuart averiguó, por mediación de Vincent, que se suponía existía cierta hostilidad entre los dos hombres. Era necesario observar a los dos, aunque Vincent no fue muy explicito en su información.

Desde que Stuart, ansioso por ayudar a la causa de la justicia, consintió en trabajar con Vincent, tenía la convicción de que alguna mano directriz se ocultaba tras las actividades de su salvador.

Vincent manifestó a Stuart que recibiría más instrucciones en Greenhurst.

También indicó la manera cómo recibiría dichas instrucciones. Esto intrigó a Stuart.

Cuando el tren entró en la estación de Greenhurst, Stuart sintió un súbito interés. Era, ésta una campaña que exigía cierta diplomacia. Debía entrar en relaciones con dos hombres y captarse su confianza.

Sería fácil en el caso de Hawthorne, Mayo seria diferente. Stuart decidió que Pablo Hawthorne seria el más fácil de abordar.

No había casas cerca de la estación. La colonia veraniega estaba situada a una milla de distancia. Stuart subió a un coche de turismo que ostentaba un rótulo que decía: "Taxi". Se dirigió al pueblo. En el trayecto preguntó al conductor acerca de Hawthorne.

-¿Va usted a la posada?-inquirió el conductor-. Pues bien, está a corta distancia de la casa del señor Hawthorne. Unos quince minutos a pie. La casa esta cerca de la carretera. Creo que anda por el pueblo, marcando solares para nuevas casitas. Aunque no hay mucha gente que las compre. Puede telefonearle desde el hotel.

Stuart se inscribió en la posada. Era un edificio que quedaba de una anterior tentativa de colonizar Greenhurst. Dieron a Stuart una habitación en un extremo de un ala, en el tercer piso. El hotel había sido modernizado y en consecuencia no estaba descontento de su aposento.

Los otros huéspedes eran típicos residentes de un lugar de veraneo algo oscuro. Stuart entró al comedor cuando la campana anunció la comida.

Después, estuvo un rato en el vestíbulo del hotel. Finalmente telefoneó a la casa de Pablo Hawthorne.

Una voz animada le respondió. Stuart dio su nombre y explicó que había ido a Greenhurst desde Nueva York. Mencionó que desearía conocer las oportunidades que ofrecían los terrenos de la colonia,

Hawthorne convino vivamente en verle. Manifestó que iría en su coche a la posada.

Llegó unos diez minutos después. Resultó ser un hombre de rostro agradable, de unos cuarenta y pico de años. Estrechó calurosamente las manos de Stuart y le invitó a su casa.

Salieron del hotel y breves instantes después se encontraban en una sala de la residencia de Hawthorne, conversando como dos viejos amigos.

Hawthorne resultaba interesante. Poseía una elocuencia tranquilizadora, pero Stuart pensó que su cordialidad era algo que adoptaba con todas las posibilidades de hacer negocio.

-A propósito-dijo Hawthorne-. ¿No conoce por casualidad a Sherwood Mayo, que vive aquí cerca?

-¿Mayo, el millonario?

-Sí.

-He oído hablar de él. Me gustaría conocerlo.

-Puedo arreglar eso-manifestó Hawthorne, prontamente-. Esta noche, si usted gusta.

La proposición sorprendió a Stuart. No esperaba que Hawthorne y Mayo estuviesen en buenas relaciones.

Explicó Hawthorne:

-Mayo es un amigo mío. Tuvimos algún choque, al principio de estar yo aquí, Mayo tiene un coto de caza y pensaba que era el dueño y señor de todas las tierras que veía desde su casa. Desde que averiguó que no era así, se ha hecho más agradable. Ha empezado a descubrir que la gente que compra terrenos y casitas aquí, son de una clase selecta. Espere, voy a telefonearle, a ver si podemos ir a hacerle una visita.

Stuart sonrió cuando Hawthorne salió del aposento.

Vio el juego del promotor. Buscando captarse las simpatías de Mayo, Hawthorne probablemente presentaba a todas las personas deseables al millonario.

Era un sistema que le favorecía doblemente. Le permitía impresionar a sus probables clientes y también mejorar su relación con Mayo. Stuart se preguntó si el millonario se había dado cuenta del juego.

Hawthorne sonreía cuando volvió:

-Vamos-.dijo-. Mayo manifiesta que tendrá mucho gusto en vernos.

Salieron de la casa a la oscuridad. La noche estaba nublada y era imposible ver a un paso de distancia. Cuando avanzaban hacía el automóvil, Hawthorne oprimió de repente el brazo de Stuart.

Permanecieron inmóviles y silenciosos un instante; luego continuaron su camino. Al llegar al coche y, luego que Hawthorne hubo encendido las luces, el promotor de terrenos explicó su acción:

-Es algo solitario aquí-manifestó-. Está bien cuando la familia está aquí y hay amigos alrededor. Pero estamos a principios de temporada y me encuentro solo. Tengo un hombre en la casa, un joven que me ayuda en el negocio, pero se marcha a su casa ciertas noches, una o dos veces por semana. Me entra miedo a veces; en aquel momento me pareció oír que alguien andaba merodeando por aquí.

Stuart no sintió ningún temor cuando atravesaron el bosque; pero las manifestaciones de Hawthorne le interesaban. Decidió aprovechar el giro de la conversación.

-No creo que tenga que preocuparse de nada-observó-. Supongo que la mayoría de las gentes son honrados granjeros...

-No se trata de la gente de aquí-interrumpió Hawthorne, con rapidez-. Es la gente más buena del mundo. Se trata de forasteros. Bueno-rió nervioso-, he estado tanto tiempo en este negocio, que me inclino a preocuparme tontamente. Pero se topa uno con tanto chiflado. Gente que tiene quejas imaginarias...

No continuó, pero Stuart empezó a comprender. Recordó que Vincent le dijo que Hawthorne había participado en varias empresas que terminaron desgraciadamente. Quizá el hombre tenía motivos para temer alguna amenaza.

Stuart miró a su compañero y vio el perfil de su pálido semblante.

Comprendió que el hombre había estado en verdad asustado. Entraron en un camino y pasaron entre dos pilares de piedra, sobre los cuales había instaladas unas luces eléctricas. Alumbraban perfectamente y mostraron unas tapias que se extendían en ambas direcciones. Los pilares formaban la entrada. Las puertas estaban abiertas.

-Mayo me espera-observó Hawthorne-. Por eso están encendidas las luces. Allí está el pabellón del guarda.

La casa estaba situada en un amplio claro.

Era de estilo inglés antiguo. Se detuvieron delante de la puerta principal.

Esta se abrió y un hombre alto y calvo, de aspecto simpático, apareció en el umbral. Entraron en la casa, presentado Hawthorne a Stuart al millonario.

Stuart miró con admiración en torno de la sala. Estaba amueblada suntuosamente para un pabellón de caza.

Una alfombra excelente cubría el suelo. Una chimenea, encima de cuya repisa había una cabeza de ciervo, de ojos vidriosos.

Stuart observó los anaqueles de la biblioteca, con sus hileras de volúmenes colocados ordenadamente. Cada mueble demostraba distinción. Las sillas eran primorosas y no había dos iguales.

Mientras Stuart se preguntaba quién tendría aquel lugar tan limpio, la explicación llegó en la forma de un ayuda de cámara filipino, que entró con una bandeja y unos vasos.

El criado vestía una chaqueta blanca y se movía con andar felino. Stuart sintió una súbita antipatía por el hombre. Ignoraba el motivo.

La conversación empezó. Mayo y Hawthorne se enfrascaron en una discusión amistosa sobre asuntos de Greenhurst. Stuart era un oyente interesado. Observó que Mayo hablaba con cierta indulgencia.

-De modo que sigue adelante con la explotación de los terrenos, ¿eh? - preguntó Mayo-. ¿Y si resulta un fracaso?

Hawthorne se encogió de hombros.

-¿Recuerda el precio que le ofrecí?-preguntó el millonario-. Es mucho más de lo que usted pagó.

-No es bastante-repuso Hawthorne.

-¿Suponga que aumento la oferta?

-No están a la venta. Voy a ganar millones con este negocio.

-Quizá se está engañando.

-¡De ninguna manera, Mayo¡ -El millonario rió.

-Escuche, Hawthorne -dijo-, apuesto que ha realizado grandes beneficios en algunas de sus empresas.

-En efecto-repuso Hawthorne, rápidamente-. ¿Por qué no?

-No existe motivo para que no lo hiciese Aumenta su poder. Desde luego, los grande beneficios suelen traer malas consecuencias... de clientes decepcionados.

Hawthorne desvió la conversación al instante.

Stuart tomó nota mentalmente de la conversación. Calculó qué los dos hombres eran adversarios. Hawthorne, un especulador qué tenia miedo de declarar que su fortuna la había amasado mediante negocios turbios, Mayo, un magnate orgulloso de sus riquezas.

-Es usted un hombre astuto, Hawthorne -dijo Mayo, en tono agradable,-y me es simpático, a pesar de eso. Quizá le convenga obrar con misterio. Oiga, a propósito, tal vez le agrade esto. Debe encajar en su especialidad. Un paquete de cartas que he estado recibiendo. Son algo misteriosas, también.

Cruzó el aposento y metió la mano en una casilla de una mesa de escritorio.

Extrajo una llave y abrió un cajón. Empezó a sacar un paquetito blanco que estaba atado con una goma elástica.

Stuart le vio titubear y luego examinar con rapidez el paquete.

-No es éste-declaró Mayo-. Supongo que dejé las cartas en Nueva York.

Mayo volvió a colocar el paquete en su sitio y metió la llave en la casilla.

Stuart miró con el rabillo del ojo a Hawthorne. Vio una expresión ladina reflejada en el semblante del hombre.

Stuart conocía lo que el negociante en terrenos pensaba. Por algún motivo, Mayo decidió no enseñar las cartas de que había hablado. Su excusa de que había recogido el paquete equivocado era floja.

-Las traeré cuando vuelva de Nueva York -declaró el millonario, sonriente-. Bajaré allá mañana por la tarde. Regresaré el día siguiente.

-Un viaje rápido-observó Stuart-. Creía que había de dormir en el camino.

-No, es un salto de aeroplano para Mayo -rió Hawthorne.

-Sí-confirmó el millonario-. Uso mi aeroplano particular. El campo de aterrizaje lo tengo detrás de la casa. El piloto figura en mi nómina. Conduce mí coche mientras estoy aquí.

Luis cuida de la casa en mi ausencia. Salgo y entro mucho. Stuart. Cuando desee viajar de esa forma, dígalo.

-Gracias-dijo Stuart-. Estaré aquí una temporada, pero quizá desee ir a Nueva York en alguna ocasión, ya que es cosa tan sencilla.

-¿Por qué no viene a vivir a este pabellón?-preguntó Mayo-. Desde luego, cuando vuelva. Es mejor que en esa terrible posada.

Stuart dio nuevamente las gracias por la invitación. Era excelente. Sería fácil vigilar a Mayo en la casa y la vivienda de Hawthorne no estaba más cerca de la finca del millonario que de la posada.

El reloj de la repisa de la chimenea tocó la doce. Hawthorne sugirió que se marchasen. Luis, el filipino, llegó con los gabanes y sombreros. Los visitantes dieron las buenas noches a Sherwood Mayo.

Cuando atravesaban lentamente las puertas, Stuart miró por la ventana trasera, pensando sí las luces de la casa serian visibles. Observó que quedaban ocultas por una ligera eminencia del terreno.

El interés de Stuart desapareció rápidamente. Pues observó algo que le dio la impresión de ser mucho más importante.

Junto a In pared, a pocos metros de un poste, había una figura alta y silenciosa. Semejaba la forma de un hombre, pero Stuart no estaba seguro de que era otra cosa que un producto de la imaginación. Era una sombra gigantesca, que guardaba semejanza con un ser humano.

Antes de que Stuart pudiese hablar a Hawthorne, el coche había llegado a una curva en la carretera. En su última mirada Stuart apenas divisó la fantástica figura que observara. Se fundió en la oscuridad de la tapia.

¡Desapareció como un espectro de la noche!

CAPÍTULO XI
DELMUTH HACE UNA VISITA

A las ocho de la noche siguiente, un hombre entró en el vestíbulo del Edificio Dradno, uno de los más modernos rascacielos de Nueva York.

El individuo vestía una chaqueta corta y en el brazo llevaba un gabán gris oscuro. Entró en un ascensor que esperaba.

-Buenas noches, señor Delmuth-saludó el ascensorista.

El hombre profirió una leve respuesta. No era la clase de persona que podía encontrarse conversando con empleados de ascensores. Tenia modales bruscos y un porte militar.

Sidney Delmuth daba la impresión de ser un egotista, no sólo en el vestir sino en la expresión. Tenia el rostro redondo y retador. Sus ojos eran sagaces y astutos. Su negro y puntiagudo bigote se erizaba sobre unos labios finos y rectos.

El ascensor se paró en el piso treinta. El hombre salió y se dirigió a una puerta iluminada que ostentaba el rótulo:

"AGENCIA DE ANUNCIOS DELMUTH"

Un hombre estaba sentado en un escritorio cuando Delmuth entró. Se levantó al llegar su jefe.

-Le esperaba, señor Delmuth-dijo.

-Muy bien, Mathews-fue la respuesta.

-Pensé que había llegado usted hace un momento-dijo Mathews-. Estaba sentado aquí, medio dormido, y habría jurado que oí abrir la puerta. Supongo que estaba soñando.

Delmuth dirigió una mirada rápida y penetrante en torno a la oficina, como si esperase ver a alguien allí. Entró en su despacho particular y encendió la luz.

Tras una breve inspección, visitó otra habitación similar. Luego volvió a la oficina exterior y se acercó a una caja de caudales que había en un rincón.

Apareció satisfecho de que no había nadie en el lugar más que él y su empleado.

Profirió una risa áspera al abrir la caja de caudales. Reía aún cuando sacó un pesado sobre y se lo guardó en un bolsillo.

-Tengo que reír cuando miro esta caja fuerte-declaró.

-¿Por qué?-preguntó Mathews.

Delmuth cerró la caja y giró el pomo. Luego señaló la marca de la caja.

-Una de las cajas de caudales de Mayo –dijo-. ¡Pensar que tengo una aquí¡ Mayo daría mucho por tener ésta... con su contenido. Cada vez que triunfamos en una empresa en contra de él, guardamos la documentación en una caja de caudales Mayo. Es divertido, ¿no es cierto?

-No hemos trabajado para sus competidores en el ramo de cajas de caudales-dijo.

-Es cierto-asintió Delmuth-. Pero ese es uno de sus muchos negocios. ¿Qué me dice del Jabón Sokleene? Tenía invertido un millón en este asunto. Se vende regular. Pero la campaña de anuncios que hicimos por el jabón Washine casi borró del mapa al Sokleene.

"¿Recuerda cuando estaba lanzando los Productos Princesa y nosotros anunciamos Juegos de Belleza Duquesa? Ocurrió lo mismo.

"Sucede siempre lo mismo, cada vez que lanza algo al mercado. Lo derrotamos con otra cosa en competencia."

-No cabe duda-asintió Mathews.

-Bien--declaró Delmuth-, en esta ocasión tiene la prudencia de entrar en negociaciones con nosotros antes de empezar. Posee grandes intereses en Lociones de Flores del Valle, y se figura que estamos planeando alguna cosa en contra. Conoce que tenemos relaciones con otras empresas de perfumería.

-¿Qué piensa hacer al respecto?-preguntó Mathews.

-Lo averiguaré esta noche-continuó Delmuth-. Me ha invitado a una conferencia que va a celebrar en su casa. Algunos de los accionistas de Lociones de Flores del Valle estarán allí. No me ofrecerán el negocio de anunciarlas, estoy seguro. Quizá quieren amenazarme. Tal vez haya abogados allí. Pronto lo sabré.

Delmuth tenía la mano en el pomo de la puerta. Mientras hablaba, miraba a Mathews. Con sus últimas palabras, el agente de anuncios salió al pasillo.

Allí se detuvo y sus labios se apretaron. Frunció el ceño al mirar atrás hacia la oficina. Pues recordó de pronto alzo que observara al cruzar el umbral.

Obedeciendo a un impulso, volvió a la oficina. Mathews levantó la cabeza sorprendido al verle entrar.

No comprendía el aspecto de perplejidad del rostro de su jefe. Este miraba fijo hacia la pared extrema.

-¿Qué sucede, señor?-preguntó Mathews.

-He olvidado algo-contestó Delmuth-. No recuerdo lo que es.

Buscaba una sombra. Estaba asombrado porque no la veía.

Mientras estuvo hablando con su empleado, observó distraídamente una alta forma de negrura en el oscuro rincón lejano. Había vuelto para mirarla de nuevo. La Sombra ya no estaba allí.

-La Sombra – murmuró-. La Sombra. ¿Será posible?...

Cruzó la habitación en dirección al rincón. No había nada allí. Indiferente a la mirada de sorpresa de Mathews, recorrió de arriba abajo la sala; luego inspeccionó los dos despachos interiores.

Finalmente se detuvo delante de una puerta que conducía a un pasillo lateral. Probó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave.

-Esa puerta está siempre cerrada con llave-dijo el empleado.

-Lo sé-respondió Delmuth-. Pero ¿dónde está la llave? Usualmente está en la cerradura.

-Así es-asintió Mathews, sorprendido-. Alguien debe haberla sacado.

-Mañana lo veremos - dijo Delmuth, bruscamente-. Estoy algo nervioso. Esta cita me tiene intranquilo. ¡Ah! Ahora recuerdo lo que he olvidado.

Sin pronunciar más palabras, entró en el despacho interior que ostentaba su nombre en la puerta.

Una vez allí, abrió un cajón de una mesa de escritorio y sacó un revólver.

Examinó el arma para comprobar si estaba cargada. Se la guardó en el bolsillo y salió por la oficina principal.

Dirigiéndose en un taxi a la parte baja de la ciudad, Sidney Delmuth estaba inquieto. Continuaba palpando el sobre que llevaba en el bolsillo. Llevaba su gabán y cambió el sobre a uno de sus bolsillos. Miró por las ventanillas del taxi y de vez en cuando por el cristal trasero de una manera recelosa.

Estaba aún ansioso cuando se apeó del coche delante de la casa de Sherwood Mayo. Posó la mano sobre el bolsillo interior de su abrigo al entrar en la casa.

Sidney Delmuth seguía buscando sombras. Había muchas allí, lo cual le molestaba.

Un criado tomó el gabán del visitante. Delmuth vio que lo depositaban en un armario; Luego se acercó al armario tan pronto como el criado fue a anunciar su presencia.

Tocó momentáneamente el sobre. Lo dejó donde estaba. También metió el revólver en el bolsillo del gabán. Sherwood Mayo no estaba presente en la habitación cuando Delmuth entró. El agente de anuncios vio a dos personas a quienes conocía y fue presentado a los reunidos.

Observó la actitud fría de aquellas personas, aunque fingían cierta cordialidad. Esto fue más evidente cuando entró Sherwood Mayo.

El millonario, usualmente afable, tenía el rostro ceñudo. Saludó con la cabeza brevemente a Delmuth, quien devolvió el saludo con una leve sonrisa.

Los hombres tomaron asiento y Mayo entró al instante en la cuestión.

-Usted sabe por qué lo hemos rogado que viniese esta noche, Delmuth-dijo-. Estamos empezando una gran campaña con las Lociones de Flores del Valle y no queremos que nos la copie un competidor. ¿Comprende?

-¿Qué tengo yo que ver con eso?-repuso el agente de publicidad.

-Lo conoce usted perfectamente-replicó Mayo-. Me ha estropeado usted otros negocios de otras formas. Ya es demasiado.

-No le comprendo-dijo Delmuth, con frialdad.

Sherwood Mayo se reclinó en su butaca y cruzó los brazos. Miró en torno al grupo, como si esperase que alguna otra persona tomase la palabra. Uno de los otros hombres habló.

-No podemos darle este asunto, Delmuth -dijo un individuo de facciones enjutas-. Por dos razones. Una, es que Mayo no lo permite. La otra, que el asunto ya ha sido dado a otra agencia de publicidad. Pero tengo que hacerle una proposición. Poseo intereses en los Puros Grandoso. Le transferiré esa campaña a usted, si se mantiene al margen de otras compañías que se dediquen al negocio de perfumería.

-¿Cuándo me pasarán la campaña de publicidad de los Puros Grandoso?-preguntó Delmuth.

-Esta semana-fue la respuesta.

-Está bien-dijo Delmuth, levantándose y posando la mirada en uno tras otro de los reunidos-. ¡Esperaré hasta fines de semana!

-Perfectamente-asintió el hombre que habló anteriormente-. Queda convenido. Usted tendrá la publicidad de los Puros Grandoso. Le veré en su oficina y discutiremos los detalles. Lo redactaremos haciendo constar que si firma alguna campaña de publicidad con alguna compañía de lociones, se anulará el contrato de los Puros Grandoso.

Delmuth hizo una cortés reverencia y salió de la sala.

-Ahora -dijo Mayo, con ironía-, hemos terminado con el soborno. Podemos ocuparnos del negocio.

-Creo que jugará limpio a base de eso-comentó el hombre de facciones descarnadas.

-No es probable que Delmuth juegue limpio nunca-declaró Mayo, tranquilamente. Usted no le conoce, Rawlings. Si lo conociese, no negociaría con él. No obstante, le he avisado. Podemos actuar a base de este arreglo. Delmuth querrá quedarse con la publicidad de los Puros Grandoso, y esto nos permitirá adelantarnos. Pero sí Delmuth recibe una buena oferta de una empresa de perfumería rival, le advierto que dejará al instante la publicidad de los puros.

La puerta estaba cerrada durante esta discusión. Delmuth, en el vestíbulo, se ponía el abrigo mientras el sirviente se lo tenia.

Bajando en el ascensor, el agente de publicidad tanteó los bolsillos interiores y exteriores. Sonrió al palpar el sobre y el revólver.

En el taxi, sacó el sobre del bolsillo. Mientras lo tenia entre las manos sonreía y especulaba sobre lo que había ocurrido.

-¡Necios¡-exclamó en voz baja-. Me hacen esa tentadora proposición. Buscan ganar tiempo, e ignoran que estoy enterado, a excepción de Mayo. Pueden tener seis meses da delantera, que es lo que suele esperar Mayo con todos sus asuntos. Luego puedo lanzar otra loción y será la misma historia de siempre. En cuanto a la publicidad de los Puros Grandoso, encontrarán que les será difícil anular el contrato, sin pagarlo bien. ¡Mentecatos!-rió suavemente-. ¡Si supiesen lo que había en este sobre¡

Abrió el sobre al hablar. Extrajo un papel y desdobló el documento.

El coche se detuvo cerca de unas luces de tráfico. Inclinándose hacia delante, Sidney Delmuth miró rápidamente las líneas que aparecían escritas en el papel, verificándolo con cuidado. Mirando por las ventanillas, se aseguró de que no le observaba nadie desde algún vehículo cercano.

Luego reclinándose en su asiento, rompió el papel en mil pedazos. Los diminutos fragmentos revolotearon por la ventanilla, cuando el taxi reanudó su marcha.

Sidney Delmuth se dirigía al club Cobalto.

Dio esas señas al chofer cuando subió al coche. El vehículo paró al llegar a su destino y el agente de publicidad se apeó. Entró en el club y dio su gabán y sombrero al empleado.

Una vez en el salón de fumar, se sentó en una butaca de un rincón y observó a los miembros que se encontraban allí. Entre ellos estaba Rutledge Mann.

Entretanto, el abrigo de Delmuth colgaba en el guardarropa, cerca, del mostrador. El empleado leía un periódico. De haber levantado la vista, habría presenciado una visión sorprendente.

Una mano, al parecer surgida de la nada, se aproximaba al bolsillo de un gabán gris oscuro. La mano hizo una pausa y se alejó, llevándose un sobre.

Transcurrió medio minuto. La mano volvió y colocó de nuevo el sobre tal como lo había encontrado. El guardarropa, de haber observado lo sucedido, se había asombrado.

Sidney Delmuth, de haber estado presente, se habría alegrado.

Pues esperaba que ocurriese tal cosa y estaba preparado para ello.

La mano de La Sombra se alargó para coger una presa. ¡Cogió tan sólo un sobre vacío¡

CAPÍTULO XII
STUART TOPA CON DIFICULTADES

Era la segunda noche de la estancia de Stuart Bruxton en Greenhurst. Hasta entonces, no había sucedido nada que turbase la tranquilidad.

Aquel pacifico lugar veraniego parecía un sitio donde era improbable que hubiese luchas. Por este motivo, Stuart estaba solo en su habitación del hotel trazando planes para la noche.

Fue mandado allí para realizar una investigación. Tenía instrucciones de no obrar decisivamente sin informar previamente a Harry Vincent.

Su deber consistía en observar, pero pensó que la observación y la acción podía ir acompañadas, y en esta oportunidad abrigaba la intención de probarlo.

Fue al pueblo a vigilar a dos hombres, sin entrometerse en sus planes normales. Tuvo suerte. Pablo Hawthorne y Sherwood Mayo guardaban buenas relaciones.

Stuart estaba convencido de que Hawthorne ocupaba una posición muy insignificante en la mente de Mayo. Por el contrario, el multimillonario era un factor muy importante en el mundo limitado de Hawthorne.

Sherwood Mayo era un hombre de grandes negocios. Pablo Hawthorne era un especulador en terrenos y un tanto aventurero. Mayo aparecía libre de cuidados. Hawthorne parecía temer algún peligro.

Estos hechos eran significativos. Si realmente existía una amenaza para Hawthorne - aparte de la propia imaginación del hombre-debía provenir de un origen exterior. El especulador daba señales de temer a algunos enemigos secretos.

Por otra parte, la posición de Mayo, que parecía tan segura, podía estar amenazada, sin que el millonario se diese cuenta. Mayo no daba la impresión de ser un tipo de hombre que se ocupara en trivialidades. Algún proyecto podría acechar sin que el millonario sospechase la existencia de una conspiración.

Mayo quedaba excluido esta noche. Aquella mañana, su veloz monoplano pasó zumbando por encima del hotel, rumbo a Nueva York. Esto facilitó en un cincuenta por ciento la tarea de Stuart. No tenía que ocuparse más que de Hawthorne por ahora.

Pero tenia la sensación de que podría haber un tercer hombre en este drama.

¡No podía olvidar a aquella figura alta y sombría que vio fuera de las puertas de la finca de Mayo¡

Se proponía representar esta noche el papel de un observador activo. De un paquete que tenía encima de la cama, sacó un traje oscuro y tosco que había compra do en el pueblo.

No sería reconocido si vestía ese traje. El hotel tenía una puerta excusada y no era difícil entrar y salir sin ser observado.

Una vez vestido, sonrió al contemplarse en el espejo. Parecía un bracero dispuesto pasar una noche de juerga. La gorra oscura y larga de visera le tapaba los ojos. Podría ocultar sus facciones más eficazmente, más adelante.

Se metió un revólver en el bolsillo de la chaqueta. Era un 32, corto, de nariz chata, que no formaba bulto. Descendió con sigilo la escalera y salió por la puerta excusada.

Una vez más, la noche estaba envuelta en una densa oscuridad. Era un tiempo ideal para merodear.

Subiendo a paso largo por la carretera en dirección a la casa de Hawthorne, encontró que sus pensamientos volvían a concentrarse sobre la misteriosa persona que vio junto a los pilares de la tapia de la finca de Mayo.

¿Estaba aquél andando por allí esta noche? Al pensarlo, se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta.

¡Quizá el sujeto tenía alguna relación con aquellos criminales de Maryland!

De ser así, un encuentro con él sería agradable. Le gustaría toparse con el viejo de cara sonriente y el monstruo, Grady.

Aproximándose con cautela a la casa de Hawthorne, observó una luz en la ventana. Atravesó el bosque y se acercó con cuidado a la casa.

Debajo de la ventana, se agazapó al mirar a su alrededor. Estando seguro de que no había nadie cerca, se enderezó y miró por la ventana.

Hawthorne, sentado en una mesa, repasaba cuentas. En un rincón había un joven de rostro estúpido, probablemente el ayudante del especulador de terrenos. Hawthorne mencionó que en su casa vivía un joven.

Stuart se alejó de la ventana y rondó un rato en torno de la casa. Satisfecho de que no había nadie en las cercanías, se dirigió hacia la finca de Sherwood Mayo. Sabia que no había allí nadie más que el criado filipino.

Estando Mayo ausente, ¿qué probabilidades existían de que aquella extrema figura de negro estuviese presente? Ninguna, decidió.

Estaba seguro de que el hombre-si realmente era un ser humano y no una figura imaginaria lo que vio-estaría más interesado por el millonario que por su casa. Ausente Mayo, Stuart pensó que la casa estaría desierta. Era una oportunidad ideal para investigar.

Llegó cerca de la casa y observó que las lámparas de los pilares no estaban encendidas. Entró entonces por las verjas y pronto distinguió una luz en el segundo piso del pabellón de Mayo. Esa, pensó Stuart, debería ser la habitación de Luis, el filipino.

También había una luz en la planta baja, una sola lámpara, en el salón de Mayo. Stuart se asomó al cuarto. No había nadie allí.

Fue a la parte posterior de la casa y llegó al campo de aterrizaje de Mayo.

Desde allí podía ver la habitación del filipino.

Vigiló la habitación del criado durante un rato y disponíase a acercarse de nuevo a la casa, cuando vio que la luz se extinguía. Luego oyó el ruido de una ventana que se abría. Evidentemente Luis, el filipino, se había acostado.

Para asegurarse, regresó en silencio a la casa, y de nuevo miró en el interior del salón. El lugar seguía desierto.

Estaba seguro de que olvidaron apagar la luz o que era costumbre dejarla encendida toda la noche. Sonrió para sí.

Ahora podía volver a la casa do Hawthorne, practicar otra inspección y regresar a su cuarto de la posada. Pero no era esa su intención. Iba a introducir el elemento de acción en sus investigaciones.

En aquella habitación había una mesa de escritorio. En una casilla del escritorio había una llave que abría, un cajón. Dentro del cajón había un paquete de sobres que Sherwood Mayo empezó a desatar... y luego cambió de opinión.

El plan de Stuart consistía en aprovecharse de la ausencia del millonario y examinar aquel paquete. Deseaba comprobar si Sherwood Mayo mintió al decir que olvidó el paquete en Nueva York.

Probó suavemente abrir la ventana. Evidentemente fue cerrada, pero el pestillo no era muy fuerte.

Empujó el bastidor hacia dentro; luego hacia arriba. Cedió a la presión. Tras un levísimo ruido, la ventana se abrió.

Aguardó un minuto; luego introdujo el cuerpo por la abertura y penetró en el salón de Mayo. Avanzó con sigilo hacia la puerta, caminando agazapado.

Escuchó.

Satisfecho de que Luis no le había oído entrar, fue a la mesa de escritorio y buscó en la casilla. Encontró la llave. Luego, con una leve sonrisa en los labios, tomó dos precauciones.

Se sacó el revólver del bolsillo derecho de la chaqueta y lo depositó suavemente encima de la mesa. De su bolsillo izquierdo, sacó un pañuelo azul y se lo ató en torno a la cara.

Dos agujeros transformaron el pañuelo en un perfecto antifaz.

Existía una posibilidad remota de que encontrase alguien allí, ya fuese Luis, el filipino, o alguna persona desconocida. Stuart se proponía conservar su identidad desconocida.

Con el revólver al alcance de la mano, abrió el cajón de la mesa de escritorio. Encontró una caja de cartón. Esta, creía, era la que contenía el paquete de sobres.

Abriendo la caja, descubrió un paquete muy parecido al que Mayo exhibiera. Levantó el cierre del primer sobre y sacó una hoja de papel. Estaba en blanco.

Volviendo a colocar el papel en el sitio, probó otro sobre, con el mismo resultado. Todos los sobres tenían, un contenido similar. ¡Todos estaban en blanco!

¿Era éste el paquete que Sherwood Mayo mostró? Si fuese así, el millonario manifestó la verdad. Debía ser el paquete equivocado.

También era posible que se hubiesen llevado el paquete primitivo y hubiesen dejado éste en su lugar. ¿Por qué?

Los sobres estaban en la mano izquierda de Stuart. Su mano derecha, posada en el escritorio, tocó la culata del revólver. Sus ojos estaban clavados en el secante verde del escritorio, su mente concentrada en el problema que se le presentaba.

Fue el instinto lo que le avisó que alguien se aproximaba. En un abrir y cerrar de ojos, su mano empuñó el revólver y giró sobre sus talones para esquivar un desastre.

Antes de que sus ojos enmascarados pudiesen observar la amenaza, antes de que pudiese levantar el revólver, recibió el ataque de su adversario.

Una figura vestida de blanco saltó a pocos pasos de él. Un brazo se retorció en torno de su cuello. Una mano rápida le arrebató el arma, y la tiró al otro lado del aposento.

Stuart se agarró a brazo partido con su enemigo. Comprendió al instante que tenia que luchar con Luis, el filipino. El criado debió oírle y se acercó con sigilo.

Esta lucha cuerpo a cuerpo era del agrado de Stuart. Cogió con sus fuertes manos el cuerpo de su adversario y trató de hacer una presa.

Ante su asombro, su enemigo resultó demasiado formidable. Luis ganó ventaja con su ataque por sorpresa. Stuart con su superioridad física debió haber contrarrestado esa ventaja. Pero no pudo.

Stuart era un luchador hábil, pero el filipino era un maestro de jiu-jitsu.

Fueron por el cuarto de un lado a otro, luchando. Los dientes de Stuart chirriaban y su respiración jadeaba. Los brazos delgados pero fuertes y nerviosos del filipino le dominaban, retorciéndole lateralmente, a pesar de sus mayores esfuerzos.

Comprendió que iba a caer victima de una presa que le daría la ventaja al filipino. Para evitarlo, se zafó un brazo y trató de tirar al suelo a su adversario.

Ello resultó ser lo que el filipino deseaba. Retorciéndose de repente, el filipino levantó el cuerpo de Stuart y lo tiró de cabeza.

Stuart dio un salto de campana. Sintió un impacto terrible en la nuca. Quedó tendido un instante, con los brazos extendidos e impotentes. Luego alzó los brazos y agarró el cuerpo de Luis.

El delgado filipino esquivó el ataque, se retorció de nuevo y tras una hábil maniobra, atenazó los brazos de su enemigo debajo de su misma espalda.

Mirando por los agujeros del pañuelo que le servia de antifaz, Stuart vio el brillo de un cuchillo en la mano del filipino.

El golpe que Stuart encajara le debilitó momentáneamente. Ahora, con la muerte tan cercana, se zafó la mano derecha y asió la muñeca que iba a descender. La acción detuvo el golpe.

Luego la mano izquierda de Luis le golpeó el brazo y la rodilla derecha anuló su defensa. Estaba aprisionado de nuevo, indefenso, a pesar de sus contorsiones,

La mano izquierda del filipino estaba posada fuertemente sobre el antifaz de su contrincante. Los dedos se metieron por los agujeros.

Stuart no podía ver nada ahora, pero conocía que el cuchillo apuntaba a su garganta.

Ninguna facción propia podría haberle salvado en aquel instante. Estaba por completo a merced de Luis. Un segundo era lo que el filipino necesitaba para hundir el cuchillo y terminar la vida de este hombre intrépido.

Stuart estaba más cerca de la muerte de lo que estuvo jamás, más aún que cuando cayó en la trampa de la casa de Maryland. Lo inesperado trajo la salvación. El cuchillo no llegó a hundirse en su cuerpo. Los dedos brutales se retiraron de repente de sus ojos.

Ante la vista borrosa del indefenso hombre, la chispeante hoja relució hacia un lado y hacia abajo.

Un puño enguantado de negro se materializó de la sala. Descargó en la cara del filipino. Cuando Luis se desplomó hacia un lado, Stuart quedó liberado.

Se volvió, rodando, haciendo un esfuerzo para incorporarse.

AL volverse, vio al filipino levantándose delante de él. El criado esquivaba a un nuevo adversario. Una vez más chispeó el reluciente cuchillo; luego una masa de negrura borró la forma del filipino.

El antifaz oscurecía la vista de Stuart.

Al bajarse hasta el cuello el pañuelo, distinguió la figura de Luis elevarse hacia el techo, cono si lo alzara una fuerza invisible.

Luego el filipino cayó de cabeza. El reluciente cuchillo rodó por el suelo.

Asombrado, Stuart vio a Luis en el suelo, privado de conocimiento.

Mirando hacia el lugar donde el filipino estuvo antes, vio la respuesta.

En el centro de la habitación había un hombre vestido de negro, una elevada figura vestida con una capa flotante. Su rostro lo oscurecía el ala de un sombrero. Debajo del sombrero, fulguraban unos ojos que miraban a Stuart.

Los pliegues de la capa negra del hombre, oscilaban; y Stuart divisó unos forros carmesí.

¡Era el hombre misterioso a quien vio la noche anterior! En la habitación tenuemente alumbrada, la elevada figura parecía más misteriosa aún.

Era una sombra que se había materializado de la nada. Los ojos de Stuart miraban fijos: sus oídos recibieron la siguiente fantástica impresión.

De la alta y siniestra figura brotó una carcajada burlona. ¡Era un grito de victoria, la alegría sardónica de un vengador! Aquellos ojos ardientes miraban fijos hacía la figura inconsciente del criminal filipino. ¡Los labios invisibles proclamaban el rápido triunfo!

Este hombre salvó a Stuart. ¿Era un amigo o un enemigo? ¿Detuvo el golpe mortal del cuchillo para aplicar una muerte a su capricho?

Poseído de un extraño temor, Stuart pensó más que en una cosa: protegerse en caso de que este ser de la noche resultase un enemigo.

Vio su revólver, al otro lado del cuarto, debajo de una silla. Obedeció a un impulso. Y saltó hacia el lugar donde estaba el revólver, con el objeto de recuperar el arma para su protección.

Tropezó y cayó al alcanzar su objetivo. De rodillas, recogió la pistola y giró velozmente pobre sus talones para encañonar al desconocido. Entonces sucedió una cosa asombrosa.

¡El hombre vestido de negro había desaparecido!

Stuart se encontraba solo, con la figura tendida del desvanecido filipino.

¿Era todo un sueño? ¿Fue el rescate una cosa de la imaginación?

Continuaba perplejo cuando sus oídos percibieron un sonido que pareció repercutir en ecos en el exterior de la casa. ¡Era una carcajada prolongada, sobrenatural, la misma carcajada triunfal del hombre vestido de negro!

Stuart se guardó el revólver y salió, corriendo de la casa. Se detuvo en la espesa oscuridad. No podía ver ni oír nada. El sobrenatural salvador fue tragado por la noche.

Volviendo sobre sus pasos hacia la carretera, Stuart meditaba. Encontró la puerta principal abierta cuando salió corriendo de la casa. Por aquella puerta entró el desconocido. El hombre misterioso debió abrirla, pues parecía probable que el filipino la cerrase por la noche.

Stuart se dirigió a casa de Hawthorne. Se acercó con sigilo y miró por la ventana. Los dos hombres estaban en sus sitios. Era evidente que ninguno de los dos había salido.

Regresó lentamente a la posada. Tenia el cuerpo molido y lleno de contusiones. Se detuvo con frecuencia a escuchar.

Al acercarse al hotel, oyó un ruido lejano. Era el débil zumbido de un motor de aeroplano. ¿Regresaba Mayo? Stuart esperó. El cielo negro no daba señales del aeroplano. El rumor se desvaneció.

Recordó que había un campo de aterrizaje a pocas millas de Greenhurst.

¿Despegó el avión allí? El aeroplano partía, no llegaba; en consecuencia no podía ser el aparato de Sherwood Mayo.

Stuart se hacía mil preguntas cuando entraba en el hotel. ¿Quién era el hombre? ¿Quién partía en el aeroplano? ¿Qué aparato era aquél? Había alguna relación entre ellos.

Stuart tenla razón. En dirección sur, La Sombra volaba rumbo a Nueva York.

CAPÍTULO XIII
EL ENCUENTRO DE MEDIANOCHE

Una noche después de la experiencia de Stuart Bruxton en Greenhurst, Harry Vincent seguía trabajando en Filadelfia.

Desde la ventana de un oscuro departamento, escrutaba a través de un estrecho patio una habitación iluminada del ala del mismo edificio. La ventana de aquella habitación estaba abierta. Harry Vincent vigilaba a Denby Chadwick.

Un sonido cruzó el patio. Era la llamada de un teléfono. El joven ayudante la esperaba con tanta ansiedad como Chadwick. Observó la esfera luminosa de su reloj pulsera. Marcaba las once menos veinte.

Denby Chadwick respondía al teléfono.

-Sí... si...-fueron sus palabras-. Comprendo. He estado esperando sus noticias. No me gusta eso... aunque... Temo perderlo todo... Usted exige demasiado... No... No...-su voz adquirió un tono patético-. No diga eso... Espere... espere un momento.

Chadwick dejó el teléfono y se acercó a la ventana. Escudriñó el patio, con ojos cansados. Sus manos se movieron inquietas, crispándose y abriéndose.

Bajó el bastidor.

No pudiendo oír más. Vincent salió de su departamento y atravesó presuroso el pasillo. La puerta de Chadwick quedaba a distancia considerable.

Al llegar allí, Vincent tuvo suerte. La claraboya de la puerta de Chadwick estaba ligeramente abierta. El joven pudo oír la voz del interior, aunque las palabras no se percibían con tanta claridad como en la habitación del otro lado del patio.

Harry comprendió que había perdido una parte importante de la conversación de Chadwick y se recriminó a sí mismo por no haber ido allí en cuanto oyó la llamada telefónica. No obstante, era demasiado tarde para lamentarse.

-Comprendo-oyó decir a Denby-. Tengo que pagar y usted me cobra barato después de todo. No obstante, quiero estar seguro de que esto será todo.

Sucedió una pausa, indicando que el hombre escuchaba. Luego Vincent oyó estas palabras:

-Estaré allí, entonces. Pero quiero estar seguro de que no correré peligro. Usted sabe que me arriesgo, al salir solo. No puedo hacer otra cosa, pero...

La voz cesó, como si el que hablaba escuchase una interrupción del otro extremo del alambre.

Cuando Chadwick volvió a hablar, fue con el tono de un hombre algo tranquilizado ya:

-Entonces me protege usted. Bien, estaré allí. Conozco el camino. A medianoche.

La conversación terminó. El joven agente de La Sombra regresó presuroso a su departamento. Esperó detrás de una esquina hasta que vio a Chadwick dirigirse al ascensor. Luego descendió por la escalera.

Denby salía del vestíbulo cuando Harry negó a la planta baja. Ya conocía a dónde se dirigía. El automóvil de Chadwick esperaba delante de la puerta.

El hombre se alejaba en su coche cuando Vincent salió a la calle y subió a su coche. Divisó la luz trasera del otro coche al doblar una esquina. Le siguió en persecución. El coche de Denby llegó a una calle de mucho tráfico. No fue difícil seguirle.

Harry Vincent pensaba profundamente mientras seguía al auto que iba delante. Conocía algo de las dificultades y sinsabores de Chadwick, pero no lo bastante.

En lo concerniente a la muerte de su tío, Denby presentaba una coartada perfecta. Pero el hecho de que le interrogara tan estrechamente el detective Davidson, hacia parecer que podría existir una conspiración contra él.

Era un asunto de chantaje, decidió el ayudante de La Sombra. Quizá mataron al anciano porque se negó a satisfacer las demandas que se le hicieron.

Quizá la herencia que el joven sobrino recibiera, le sometía a las mismas pruebas y peligros.

Harry Vincent recordó el diabólico plan frustrado respecto de Stuart Bruxton. Si los mismos malhechores perseguían a Denby Chadwick, existía peligro.

El heredero acudía a una cita. Harry, armado, le seguía. La cita era para medianoche. El lugar debía estar a alguna distancia.

La suposición de Vincent quedó justificada cuando el joven Chadwick tomó la carretera de Nueva York; luego dobló a la derecha.

Esto descubría el plan de Chadwick. Evidentemente se dirigía al puente Palmira, que unía a Pensilvania con Nueva Jersey.

Llegaron al puente y después de seguir al joven al otro lado, Vincent dejó que se adelantase más. Ante ellos se extendía una carretera recta y no era conveniente ir demasiado cerca.

Denby aumentó la velocidad de su coche y desapareció de la vista tras una curva. Cuando Vincent llegó allí, no vio rastro del automóvil.

Pero las luces de los faros de su coche mostraron un cruce. Había llovido fuerte y las huellas de unos neumáticos indicaban que un coche viró hacia la izquierda.

Víncent siguió en esa dirección. Se sentía despechado por haber permitido que Chadwick se perdiera de vista; pero tenía un presentimiento que creía resultaría acertado.

Habían estado corriendo cerca de una hora. Chadwick no apretó la marcha más que de cuando en cuando. El final del viaje debía estar cercano; de lo contrario, el hombre habría frenado la marcha.

Vincent conocía la carretera. Tres millas más adelante había una posada llamada "El Molino Verde", un lugar donde los contrabandistas de cerveza solían reunirse. Estaba convencido de que Denby Chadwick se dirigía a ese establecimiento.

Llegaba a las cercanías de "El Molino Verde" a las doce menos diez.

Condujo, su coupé a una carretera vecinal y luego lo estacionó en un campo bajo un bosquecillo. Los neumáticos se enterraban en el barro, pero el coupé pudo llegar a un espacio seco.

No había tiempo que perder. El joven distinguió las luces de la posada.

Abrió la parte trasera del coche. Levantó una tapa que reveló una emisora de radio completa. Tendió una antena entre dos árboles. Trabajó con rapidez y precisión.

La llave emisora chirrió cuando terminó los preparativos. Con el equipo especial facilitado por La Sombra, Vincent estaba comunicando.

En algún lugar, no lejos de Nueva York, La Sombra tenía una emisora que le permitía mantenerse en contacto directo por radio.

Por lo que el joven conocía, el hombre que había en el otro extremo era Burbank, el agente de más confianza de La Sombra. Vincent había comunicado con él con frecuencia.

No esperó una respuesta. Satisfecho de que el equipo funcionaba, se dirigió con rapidez hacia la posada y no moderó su paso hasta acercarse al edificio.

Agazapado en la oscuridad, fue acercándose poco a poco a una ventana iluminada.

La cortina no estaba echada, pero había un ligero espacio en el fondo.

Escrutando por allí, distinguió a Denby Chadwick sentado a una mesa.

El hombre aguardaba la llegada de alguien que aun no había comparecido. Mientras Vincent esperaba vigilando, oyó que un automóvil se dirigía, a un lugar de estacionamiento situado a un lado de la posada.

Unos minutos después se abrió la puerta de la habitación. Entró un hombre.

Vincent le miró con fijeza. El hombre era robusto y corpulento. Su rostro era siniestro.

La descripción de Stuart Bruxton de Grady pasó como un relámpago por la mente de Vincent. ¡Estaba seguro de que este hombre era el asesino que mató a Jefferson y a Powell¡

La mano de Vincent apretó su pistola automática. Si Grady intentaba un asesinato aquí, fracasaría. El ayudante de La Sombra estaba dispuesto a atravesarle la cabeza de un balazo, antes de que atacase a Denby Chadwick.

Pero pronto se hizo evidente que Grady no iba allí para semejante fin. Su rostro era burlón y siniestro; pero no se veía en él reflejada ninguna expresión asesina.

Los dos hombres conversaban, pero Vincent no pudo oír sus palabras.

Chadwick sacó una pequeña cartera y se la dio a Grady. El individuo de rostro siniestro la abrió y escrutó el contenido. Habló unas palabras con Chadwick; Luego se levantó y fue a la puerta.

Durante un momento, Vincent pensó que se marchaba, pero luego le vio reaparecer con un camarero. El hombre llevaba unos vasos y botellas. Se sirvieron unas bebidas.

Grady, sonriente, bebió mucho. Denby Chadwick, moroso, no tocó su vaso.

Esta era una oportunidad. Vincent decidió que no ocurriría nada durante varios minutos a lo menos. Regresó rápidamente al lugar donde tenía instalada su emisora.

Abriendo la comunicación, transmitió un mensaje comunicando todo cuanto había observado, e indicando el lugar exacto donde se encontraba.

Recibió una pronta respuesta.

Debía vigilar lo que sucedía y esperar a que los hombres se marchasen; luego seguir a Grady o a Chadwick, aunque con preferencia a este último.

Y lo que era más importante: debía mandar una rápida señal por radio, antes de partir, dejando el equipo instalado, si era necesario partir inmediatamente.

Calculando la distancia del lugar a la posada, pensó que podría ir y volver rápidamente. Comunicó que esperasen, que volvería a señalar dentro de cinco minutos. Luego regresó a "El Molino Verde".

Grady y Chadwick continuaban sentados a la mesa. Vincent los vigiló unos minutos. Chadwick apuró su vaso y se levantó para marcharse. Vincent se alejó de la ventana y se dirigió hacia su coupé. Conocía que si Chadwick regresaba, a su casa, pasaría por el camino vecinal.

Ya en su coche, el ayudante de La Sombra permaneció quieto escuchando.

No percibiendo ningún ruido de automóvil, decidió avisar a Burbank. Se volvió para acercarse a la emisora.

¡Al alejarse del coupé, un hombre saltó sobre él!

Vincent no tuvo tiempo de esgrimir su pistola. Llevaba el arma en el bolsillo, pues no esperaba ningún contratiempo junto al coche.

Comprendió que le siguieron de la posada. Estaba resuelto a derrotar a este enemigo.

Luchando furiosamente se zafó del adversario y le asestó un potente puñetazo en la mandíbula. EL sujeto se tambaleó y Vincent saltó para descargarle otro fuerte golpe.

En aquel instante, otra figura surgió a su lado. El joven vio un brazo descendiendo. Se volvió con rapidez para esquivar el golpe.

Un objeto sólido le pegó en un lado de la cabeza. El agente de La Sombra se desplomó con un gemido. Medio aturdido, no pudo moverse cuando sintió que le agarraban sus dos adversarios.

Unas manos expertas le ataron. Un pañuelo fue introducido en su boca y los extremos fueron atados por detrás de su cabeza. Fue levantado en peso y tirado al asiento delantero de su propio coche.

Aturdido, oyó que un automóvil arrancaba, de la posada. El ruido se repitió unos minutos más tarde. El cerebro de Vincent apenas se dio cuenta de que Chadwick y Grady se marchaban de "El Molino Verde".

¿Quiénes eran, pues, estos hombres que le habían capturado?

Transcurrieron lentamente unos minutos. La portezuela del otro lado del coupé se abrió. Uno de sus aprehensores subió y cogió el volante. El motor zumbó y el coche retrocedió lentamente chapoteando en el barro en dirección al camino vecinal. Vincent, una víctima indefensa, era conducida a un destino desconocido... y el único rastro de su captura era la emisora que había dejado entre los árboles.

Un peligro invisible descargó sobre el ayudante de La Sombra, antes de que pudiese señalar que esperaba un ataque.

CAPÍTULO XIV
DELMUTH VE UNA SOMBRA

Un hombre de edad avanzada aguardaba sentado en la sala de un departamento. Su salón estaba apartado de la abierta ventana. Debajo brillaban las luces del paseo de Rivers; mas allá, la negrura del río Hudson.

El hombre de cabellos grises contemplaba pensativo la noche y sonreía benignamente. !Una sonrisa engañadora! ¡Pues éste era el mismo individuo que Stuart Bruxton encontró en la casa de la isla¡

La puerta se abrió y otro hombre entró rápidamente, cerrando la puerta tras sí. El recién llegado se volvió de cara al anciano. Era Sidney Delmuth.

El anciano pareció muy interesado en la llegada de Delmuth. Sus ojos se iluminaron con un extraño resplandor, al observar la tensa expresión reflejada en el semblante del agente de publicidad.

El anciano esperaba una explicación. Delmuth tomó asiento en una silla delante del anciano y empezó a hablar en voz baja y cautelosa.

-Todo está arreglado-dijo-. Usted habría recibido noticias mías si hubiese ocurrido un contratiempo. No podía hablar cuando me preguntó sobre Grady. Sucedía algo, por eso le dije que esperase. Sabía que me explicaría mejor cuando viniese aquí.

-¿Qué sucede?-preguntó el viejo.

-Me siguen-declaró Delmuth-. ¡Me sigue un hombre a quien no puedo ver!

El viejo sonrió ante la manifestación paradójica. ¿Cómo sabía Delmuth que le seguían, si no había visto al perseguidor? No obstante, la sonrisa desapareció de sus labios al observar que Delmuth hablaba en serio.

-Hasta ahora, Benson-continuó el agente de publicidad he burlado al sujeto. Sospeché que seguía mi rastro cuando entré en mi casa esta noche. Telefoneé a Filadelfia usando el aparato en el momento que entré.

"Cuando hablé con Chadwick tuve la suerte de que no me oyesen. Tomé la precaución de llevar el teléfono al armario del vestíbulo.

-¿Cree que el sujeto que le seguía se encontraba tan cerca?-preguntó Benson.

-¡Si el sujeto es quien me figuro, podría haber estado a mi lado sin verle¡

-¿Quién se imagina que es?

-¡La Sombra!-Las palabras reveladoras de Delmuth fueron pronunciadas en un cuchicheo. Eran terribles, hasta para el astuto viejo.

Benson permaneció con aire solemne un instante; luego sonrió débilmente.

-La Sombra--murmuró, con leve sonrisa-. He oído hablar de él, pero siempre he dudado de su existencia. Un superhombre que combate a los malhechores. He estado activo durante años, Delmuth; sin embargo nunca me he topado con La Sombra.

-Esto no significa que La Sombra no está-repuso el agente de publicidad-, nunca me he tropezado con él; pero esta vez creo que le tenemos por enemigo. Hemos estado activos últimamente, y no hemos hecho más que empezar. Si La Sombra se mezcla en nuestros asuntos, no hay que hacer mas que una cosa: ¡acabar con él!

-Si está tan seguro de que La Sombra le sigue-observó Benson, tranquilamente-. ¿Por qué vino aquí?

-Tomé mis precauciones-fue la respuesta-. Telefoneé a Shamlin y le di instrucciones. Usted conoce mi truco. El hombre llegó con un taxi que paró delante de mi departamento. Subí, como si el taxi estuviese libre; luego Shamlin se apeó más tarde, pagó al chofer y se marchó. En la oscuridad, pasa fácilmente por mí. Si La Sombra sigue aún el rastro, está siguiendo a Shamlin. Probablemente, a un cine de medianoche. Allí dijo que iba.

-¿Quién conducía el taxi?

-Harmon. Trabaja con Shamlin. He utilizado a estos hombres con mucha frecuencia. Son dos buenos sujetos, pero no de la clase de usted y Grady.

El viejo Benson sonrió al oír el cumplido.

-Grady me telefoneó de Trenton-dijo-. Me comunicó que vendría en seguida después de ver a Chadwick. Puede hacer el viaje en un par de horas; conduce rápidamente de noche.

-Bien-comentó Delmuth.

-Una faena más-murmuró Benson, pensativo-. Luego el camino estará despejado. No se ha cometido más que un error: el dejar salir al joven Chadwick.

-No ofrece peligro-afirmó Delmuth en tono enfático-. ¡No sabe nada¡

-Él sabe que usted se lleva un juego sospechoso entre manos.

-Sí; pero no se imagina lo que es. Está espantado, porque sabe que yo conozco todos sus asuntos. ¡No nos delatará nunca!

-Usted y yo-susurró el viejo, pensativo:- Usted y yo y...-Sonrió al pronunciar un nombre:- Ni siquiera Grady lo sabe. En cuanto a Shamlin y Harmon...

-No saben nada-intercaló Delmuth.

-Entonces La Sombra, si está interesado, no puede saberlo-concluyó Benson.

-Creo que me siguió anoche-declaró Delmuth, con aire serio-. Fue cuando tuve la primera sospecha. Pero empleé el artificio que siempre uso. Rompí la hoja comprometedora y dejé un sobre vacío en mi bolsillo. Si La Sombra lo encontró, le dará mucho que pensar.

-Tiene usted un aire preocupado, Delmuth-observó Benson, tranquilamente-. Es un error. Quizá está preocupándose por nadie. Por el contrario, si es su imaginación... Si realmente no le sigue nadie...

Delmuth interrumpió con una mano levantada a su compañero. Mientras permanecían sentados en silencio, el agente de publicidad escuchó atento.

Luego se levantó de la silla y se acercó de puntillas a la puerta. Abrióla cautelosamente y salió con rapidez al pasillo. Volvió.

-Me pareció oír un ruido-declaró-. Estoy preocupado, Benson, pero tengo motivo para estarlo. Me hiela de espanto como nunca lo he estado en mi vida. Vuelvo a decirle que debemos andarnos con cuidado.

El viejo asintió, pensativo. No pareció estar preocupado, pero empezó a adoptar una táctica ladina. Miró en torno del cuarto como si formase un plan.

Escrutó desde la ventana, luego fue a la puerta y efectuó una breve inspección. Luego entró en una pieza interior y volvió.

-Si La Sombra está espiando aquí-manifestó,-puede estar seguro de que es un hombre que hace milagros. El pasillo está desierto. No hay nadie en el cuarto interior. En cuanto a la ventana, nos hallamos en el quinto piso.

-Hay otras ventanas abajo-indicó Delmuth-. Seria posible...

-Posible-asintió Benson-. Posible que un hombre escale la pared, pero sumamente improbable que se arriesgase. Si sospechásemos que La Sombra estaba en la parte exterior de la ventana, podríamos descubrirle con facilidad.

-¿Cómo?-preguntó Delmuth.

-Se lo demostraré.

El viejo fue a una mesa y volvió con una linterna eléctrica. Se inclinó deliberadamente sobre la ventana y encendió el instrumento. Enfocó sus rayos sobre la pared y hacia abajo. Cuando se volvió de nuevo hacia Delmuth, el viejo tenia una expresión seria.

-¿Vio algo? -inquirió Delmuth.

-Si y no -respondió Benson, en voz baja-. Comprendo sus temores ahora, Delmuth.

-¿Por qué?

-La entrada a la torre de incendio está a seis metros de esa ventana.-La voz de Benson era poco más que un cuchicheo-. Observé una negrura peculiar allí. Pareció desaparecer cuando proyecté la luz hacia ella.

-Siempre ha sido así-declaró Delmuth con voz ronca-. Nunca he visto a un hombre, pero he observado señales de uno. Siempre lo mismo. ¿Qué va usted a hacer al respecto, Benson?

-Póngase el sombrero-repuso el anciano, con una sonrisa-. Vamos a salir juntos.

Mientras Delmuth seguía las instrucciones del viejo. Benson paseó de un lado a otro del aposento. Se detuvo en un rincón cerca del umbral. Miró con fijeza un biombo de tres bastidores.

Alargó las manos como si fuese a tocar el mueble, pero desistió. Apretó un conmutador en la pared. Esto encendió una serie de brazos de luz que había en el cuarto.

El viejo miró hacia la mampara y sonrió. Cerró el conmutador y dijo a Delmuth:

-Vamos.

Los dos hombres salieron del departamento. Benson hablaba en voz alta cuando caminaba por el pasillo, lejos de la entrada de la torre de incendio.

Esperaron el ascensor, luego descendieron al vestíbulo.

Unos dos, minutos después que los dos hombres salieron, hubo un ligero movimiento en la ventana del aposento de Benson. Pareció al principio como sí una masa de negrura hubiese adoptado una forma sólida, proyectándose en la desierta habitación. Luego la forma tomó la semejanza de un ser humano.

Un hombre alto se reveló al resplandor de la única lámpara de mesa que iluminaba el cuarto. El visitante iba vestido completamente de negro. En torno a sus hombros descansaban los pliegues de una capa negra. Un sombrero negro de ala ancha oscurecía su rostro. Tan sólo dos ojos ardientes eran visibles.

La Sombra, hombre de misterio, había escalado la pared desde la torre de incendio. ¡Estaba solo en el cuarto del que habían salido los dos hombres¡

Alejándose de la ventana, se fundió en la oscuridad de la pared. Recorría el cuarto con paso sigiloso.

Unos ojos negros chispearon al observar la mampara en el rincón. La Sombra se dirigió hacia allí. Se detuvo. Su enguantada mano se posó en la pared, cerca del conmutador que regulaba los brazos de pared.

Estudiando el biombo, La Sombra rió. El sonido que surgió de sus labios fue bajo y sobrenatural.

El hombre vestido de negro abrió cautelosamente el bastidor extremo de la mampara.

Luego empezó a andar por el cuarto.

Su inspección fue breve y minuciosa; pero no dio ningún resultado tangible.

Una carta estaba sobre la mesa.

La carta estaba dirigida a Jeremías Benson. Su contenido carecía de importancia.

La Sombra vio un teléfono. Deslizóse con rapidez hacia la puerta, la abrió y escrutó el pasillo. Volvió al teléfono. Su dedo enguantado de negro marcó un número. Una voz respondió desde el otro extremo del alambre.

-Informe-fue la orden de La Sombra.

-Comunicación empezada-dijo la voz serena, de Burbank-. Transmitidas instrucciones. Esperando parte regular.

-Señale si es necesario-dijo La Sombra-. Llame a este número-leyó el del auricular-, y emplee el sistema de numeración falsa.

-En caso de necesidad urgente-dijo la voz de Burbank.

-En caso de necesidad urgente-fue la respuesta de La Sombra.

EI auricular fue colgado. Luego el hombre vestido de negro ejecutó una acción sorprendente. Cogió un periódico que había encima de una mesa y rápidamente sacó unas cuantas páginas interiores, llevándoselas consigo, se metió detrás de la mampara.

Permaneció invisible dos minutos; Luego reapareció en el otro lado del biombo. Se sentó en la silla de Jeremías Benson, a corta distancia de la ventana. Esperó allí, como una figura inmóvil y silenciosa, mirando hacía el biombo y la puerta.

Una llave chirrió en la puerta. La Sombra se incorporó, con rapidez increíble. Tan rápidos fueron sus movimientos, que cuando Benson entró, el hombre vestido de negro ya no era visible.

Delmuth acompañaba a Benson. Los dos sostenían una conversación.

El agente de publicidad tomó la silla junto a la ventana. Benson se sentó delante.

Habló de una manera distraída un rato.

-¿Quiere un puro?-preguntó el viejo.

-Seguramente-respondió Delmuth-. Me gustaría fumar uno ahora.

El anciano se levantó y sacó una caja dc cigarros de un cajón de la mesa.

Hizo una pausa, se acercó a la pared y oprimió el conmutador que regulaba los brazos de pared. Esto iluminó la porción del cuarto donde él estaba de pie, y miró la caja que tenía en las manos.

-Estos son buenos-afirmó el viejo-. Quiero que pruebe estos habanos, Delmuth.

Se sentó en su habitual butaca y ofreció la caja de puros. No había nada en la acción del hombre que indicase haber observado alguna cosa inusitada.

Pero cuando tomó un cigarro, cogió dos y luego dejó caer uno. Era una señal convenida de antemano.

Delmuth hizo un gesto de asentimiento.

Cuando el viejo guardaba la caja, el teléfono repicó. Benson respondió, habló unas palabras y colgó el receptor.

-Alguien que se ha equivocado de número-comentó-. Pensé que tal vez sería la llamada que esperaba.

Delmuth, sentado junto a la ventana, escuchaba el comentario del viejo. Sus oídos no percibieron un leve ruido y cercano.

-Bien-dijo-. Me parece que debo marcharme. Me alegro de haberle visto, Benson.

-Espere un momento-exclamó el viejo-. No le he dado esas señas que le prometí. Se las escribiré en un papel.

Cogiendo papel y un lápiz, el viejo empezó a escribir.

Sidney Delmuth le observaba, fingiendo escaso interés. En realidad, observaba ansiosamente las palabras que el viejo iba escribiendo

"Está detrás de la mampara. Lo cogeremos en la trampa. Recuerde el plan. Cierre la puerta silenciosamente cuando salga. Me esperaba esto. Observé que movieron el biombo, lo vi en cuanto entré."

Delmuth dobló el papel y se lo metió en un bolsillo. Al volverse hacia la puerta, sus ojos miraron de soslayo en dirección de la mampara.

El ardid de Jeremías Benson tuvo éxito. AL encender las luces de los brazos de pared produjo un opaco resplandor que penetró por la delgada tela del biombo, desde los brazos de pared que había detrás.

Ligeramente visible en aquella luz filtrada, aparecía la silueta agazapada de una figura humana.

Sidney Delmuth cerró la puerta al salir. El pestillo no se cerró.

El agente de publicidad había insertado un pedazo de papel en el hueco del picaporte cuando entró con Benson.

Una vez en el desierto pasillo, Delmuth sacó un revólver del bolsillo. Posó la mano en el pomo de la puerta.

Dentro del piso, Jeremías Benson franqueó el umbral que conducía al dormitorio. En la oscuridad, sacó una pistola automática.

Con marcada agilidad, acercóse con sigilo a la puerta y apuntó su arma hacia el biombo del rincón. El cañón apuntaba a la agazapada figura.

Benson observó que la puerta se abría. La mano de Delmuth avanzaba a lo largo de la pared, y de repente derribó la mampara al suelo.

Benson entró en el cuarto de un salto, su dedo sobre el gatillo de la pistola que encañonaba el área detrás del biombo. Simultáneamente, Delmuth entraba por la puerta.

Avanzaban hacia su presa, hacia el hombre que creían se ocultaba en el rincón del cuarto. Ambos se dirigían hacia el mismo objetivo: ¡muerte a La Sombra¡

Se detuvieron en seco, tan de repente como avanzaran. La figura silueteada cayó de bruces con la mampara. ¡No había nadie allí!

Ajustado al interior del bastidor del centro había una masa de periódicos, semejando hábilmente la silueta de un hombre. La sombra que los dos compinches se imaginaron era la forma de un ser humano, no era más que una figura de papel, puesta allí para burlarlos.

Todo lo que se necesitaba para colmar este hábil engaño fue el sonido de una risa burlona procedente del exterior de la ventana por donde La Sombra salió. Pero la risa no se produjo.

Pues La Sombra partió en el instante que oyó la conversación telefónica que Jeremías Benson sostuvo con el que llamó a número equivocado. ¡Esa fue la señal de urgencia de Burbank¡

El hombre misterioso hablaba en estos momentos por teléfono, a media manzana del piso donde Jeremías Benson residía. Recibía un informe de Burbank; un parte que hablaba de planes interrumpidos; de un comunicado por radio que no se reanudaba como se había ordenado.

La Sombra salió a la oscuridad de la noche. Una figura veloz se fundió en la oscuridad y desapareció. No quedó rastro de ella.

Unos minutos más tarde, un potente roadster se deslizaba vertiginoso por una de las avenidas de Manhattan. El ahogado rumor significaba la terrible velocidad que era capaz de desarrollar aquel potente motor.

Cuando el automóvil atravesaba relampagueante el túnel Holland, de los labios del conductor surgió una suave y solemne carcajada. El hombre del volante estaba invisible en la oscuridad del coche bajo. La esfera iluminada de un reloj de tablero indicaba las doce y media.

A la una menos cuarto el coche estaba en la carretera, corriendo a una velocidad que habría desafiado la persecución del motociclista más veloz de la patrulla. El gigantesco motor rugía en un ritmo incesante.

El automóvil corría como una bala por aquella carretera. Otros coches, viéndole venir, se apartaban a un lado para dejarle paso.

Las manos que empuñaban el volante eran fuertes y firmes. El minutero del reloj de tablero ascendía lentamente. La aguja de cuentakilómetros oscilaba al señalar una velocidad de ciento cincuenta kilómetros por hora. Sin embargo, el enorme coche, capaz de esa marcha, continuaba sin cesar.

La Sombra tenia trabajo aquella noche Tenia que recorrer cien kilómetros más y cada momento era precioso. Una vida humana estaba en juego. ¿Podría salvarla?

¡La Sombra no fracasaba jamás!

CAPÍTULO XV
EL SALTO DE LA MUERTE

Un coupé se deslizaba por una carretera solitaria. Su velocidad disminuyó al llegar a una cuesta pronunciada. A mitad de la pendiente, el conductor viró el coche hacia la izquierda.

Las ruedas traseras se metieron en una capa de delgado barro, luego pasó a una carretera sucia. El coupé siguió ascendiendo y finalmente se detuvo en la cumbre de la boscosa colina.

Las luces se extinguieron. El coche quedó sumido en completa oscuridad.

A la derecha, todo era impenetrable; a la izquierda, un leve vestigio del cielo nublado indicaba un espacio libre.

El coupé permaneció parado. El conductor esperaba. El leve rumor de un coche que se aproximaba llegó a los oídos del hombre. El ruido aumentó y pronto el resplandor de los faros apareció a lo largo de la sucia carretera.

Un coche de turismo se detuvo al lado del coupé. Sus luces se apagaron. Un hombre se apeó del vehículo y se acercó al otro coche. Habló en la oscuridad.

-¿Todo O. K., Whitey?

-O. K., Jake. Ven al otro lado.

El hombre siguió las instrucciones. Abrió la portezuela del costado más distante del coupé. Una linterna sorda brilló en su mano. Sus rayos luminosos revelaron el cuerpo atado de Harry Vincent.

La figura del ayudante de La Sombra caía hacia afuera cuando abrieron la portezuela.

Jake echó el cuerpo atrás con un movimiento brusco.

-Suerte que la portezuela no se abrió, Whitey-dijo-. Este muchacho habría caído a la carretera.

-¿Qué, si hubiese caído?-fue la réplica-. Tú venías, ¿no es eso? Podrías haberlo recogido.

-Bueno, lo has traído con facilidad-dijo Jake-. Este es un lugar que ni pintado para despachar a uno. Aunque está algo cerca del "El Molino Verde". ¿Crees que es una buena idea darle el pasaporte aquí?

-No resucitó nadie que despachamos aquí -replicó Whitey-. Ni lo habrá, a lo menos durante veinte a treinta años.

Había en la voz del forajido un significado especial que impresionó a su compinche. Jake se aseguró de que el prisionero estuviera demasiado bien amarrado para lograr escapar. Luego salió de su lado del coche y fue a reunirse con el otro malhechor.

Asió a Whitey por la manga y lo condujo a la parte delantera del coupé. Allí empezó una conversación a media voz.

-Solamente hay dos sujetos, además de mí, que han conocido este lugar-dijo-. Uno era Biff Snider. Lo mandaron al otro barrio el mes pasado y no dijo nunca nada. El otro es Whitey Shane. Ese eres tú. Y tú guardarás silencio. ¿Entendido?

-Seguramente, Jake-repuso Whitey-. Habla. Estoy contigo.

-Recuerda que trabajas con Jake Michener, y no lo olvides. Esto es entre nosotros y nadie más. Se ha utilizado este lugar una sola vez y es probable que sea la última. Cuando hayamos terminado, nadie lo averiguará aunque lo descubran.

-O. K.-asintió Whitey.

-Ignoro quién es este pájaro; y tampoco me importa. Lo capturamos espiando en los alrededores de "El Molino Verde", donde estábamos acechando esta noche para atrapar a cualquier espía. Nos pagan por la faena, a lo menos a mí, y voy a partir contigo, mitad y mitad. Es bastante, ¿no es verdad?

-Me satisface, Jake.

-Perfectamente. Vamos, pues. Sígueme. Voy a enseñarte el lugar. Espera. Vamos a ver si este pájaro está bien atado.

Tras una rápida mirada al prisionero, Jake condujo a Whitey al otro lado de la carretera, hacia la izquierda. El terreno era llano y arenoso.

-Alto ahora, Whitey-dijo Jake: -Escucha.

Jake se agachó, cogió una piedra y la tiró hacia adelante. El trozo de roca no tocó suelo. Whitey Shane escuchó lleno de asombro. Parecieron transcurrir unos segundos, luego se percibió un suave salpicar en profundidades interminables.

-¿Qué hay ahí?-preguntó Whitey.

-Una caída vertical. Un vacío-declaró Jake-. Un salto en línea recta. Treinta metros de altura y cuarenta de agua después. Cuarenta metros, por lo menos.

-¡Cuarenta metros de agua!

-Seguro. Estamos en lo alto de una antigua cantera. Puede verse de día, subiendo la carretera. Un saliente de roca. No se ha trabajado en la cantera desde hace años. Está llena de agua.

-Entiendo. Vamos a echar a ese muchacho al fondo.

-¿Echarlo? Escucha, Whitey, ¿no entiendes el plan todavía? No vamos a arrojarlo. Vamos a dejar que se deslice al fondo, con coche y todo. Así vamos a trabajar.

Whitey silbó de admiración. Era el asesinato simplificado. Un coche, cayendo desde la cumbre de un acantilado, en la oscuridad. Un accidente ocurrido a una persona que se ha extraviado.

No había pruebas delatoras.

Aunque se descubriese el coche sondeando las profundidades, no habría prueba de haberse cometido un crimen.

-Esta es una operación importante, Whitey-declaró Jake-. Lo que hay detrás de esto, es cosa que ignoro. He cobrado la "pasta", eso es todo. Sabes las instrucciones que he recibido. Vigilar "El Molino Verde" y cuidarme de que dos sujetos entrasen y saliesen sin ningún contratiempo. Atrapar a cualquier sujeto sospechoso. Eso es lo que hicimos.

-Y despacharlo a nuestra manera-agregó Whitey.

-Lo cual estamos haciendo-declaró Jake.

-Perfectamente. En marcha.

-Calma, Whitey. Nadie va a molestarnos aquí. Vamos a ejecutar esta operación de una manera perfecta, simplemente para hacer prácticas. Supongamos que algo sale mal, que alguien se figura que un coche fue allá abajo. ¿Cuál seria el camino más probable?

-Está oscuro aquí. La carretera termina donde tenemos los coches...

-Y si alguien viniese por equivocación, daría media vuelta, ¿no es cierto?

-Seguramente-asintió Whitey.

-Supongamos que retrocediese el coche y fuese demasiado lejos.

-Estupendo, Jake-exclamó Whitey, entusiasmado-. Lanzaremos el auto con ese hombre dentro.

-Perfectamente. Vamos allá.

Los dos gangsters empezaron sus preparativos. Eran caracteres endurecidos.

Habían luchado juntos, lado a lado, muchas veces.

Jake Michener era muy conocido en los bajos fondos del crimen. El y su compañero Biff Snider, sobresalían en la especialidad de dar paseos. Desde la muerte de Biff, de resultas de una batalla entre pistoleros, y detectives de Nueva York, Jake había tenido por compinche a Whitey Shane, y el nuevo compañero había demostrado ser un digno sucesor del malogrado y llorado Biff.

Esta era una faena de Jake, y él era el jefe. A una orden suya, Whitey se puso al lado del coupé, mientras él giraba el coche de turismo con gran cuidado.

Haciendo retroceder al viejo vehículo hacia el extremo de la carretera. Jake extinguió nuevamente las luces y luego se reunió con Whitey y contempló ceñudo al indefenso prisionero.

El cuerpo de Harry Vincent fue tirado al suelo. Jake subió al asiento del conductor y condujo el coche hacia la derecha, llevándole en cortas etapas hasta que la parte posterior quedó atravesando la carretera; luego lo condujo al borde de la cantera.

-La rueda está dispuesta-declaró Jake, con voz satisfecha-. No importa que el cachorro dé media vuelta mientras rueda. No puede dejar de caer al fondo.

-Es extraño que no haya una valla-observó Whitey.

-No es una carretera transitada-explicó Jake-. La utilizaron para los servicios de la cantera y por eso se encuentra en malas condiciones.

Dirigió una mirada al prisionero. Vio los ojos de Vincent vueltos hacia arriba. El gangster rió. Observó una expresión de alarma en aquellos ojos, cuando brillaban a la luz de la linterna sorda de Whitey. AL mismo tiempo Jake conocía que el prisionero no tenía idea de lo que iba a ocurrirle. "Este sujeto va a recibir una verdadera sorpresa", pensó el forajido.

-¿Listo?-preguntó Whitey.

-¡No!-exclamó Jake-. Espera a levantar estas ventanillas. Sube la de tu lado. Luego echa a ese pájaro en el asiento del conductor. Espera, que te ayudaré.

Harry Vincent fue izado al asiento que Jake dejaba libre. El forajido lo puso detrás del volante.

Whitey extinguió su lámpara eléctrica y fue a soltar el freno de emergencia.

Jake Michener le empujó a un lado.

-Te dije que en esta operación no reaparecerá nunca nadie-dijo-. No estaría mal que alguien extrajese el cacharro y encontrase atado al pájaro.

-También estaría mal que lo encontrasen acribillado a balazos-replicó Whitey-. Es inútil agujerearle el cuerpo, si baja con el coche.

-¿Quién habló de usar arma?-interrogó Jake, en la oscuridad-. ¿Para qué te figuras que me traje esta botella?. ¿Y estos trapos? Espera que voy a buscarlos.

Jake fue al coche de turismo y volvió en seguida. Indicó a Whitey que encendiese la linterna.

Luego aplicó de una manera experta, un trapo saturado a la nariz de Harry Vincent.

La cabeza de la víctima cayó hacia atrás, contra el asiento.

Un cuchillo brilló en la mano de Jake. Cortó las ligaduras del prisionero y la mordaza que le impidiera levantar un clamor.

-Ya está todo-anunció-. Ahora estamos listos para lanzarlo. Cacheamos al sujeto en "El Molino Verde". Le dejé encima un poco de dinero y la licencia del coche la lleva en el bolsillo. El cloroformo que le di lo mantendrá dormido. Quizá despierte en el fondo de la cantera. Quizá no.

-Vamos-apremió Whitey-. Hemos perdido mucho tiempo. No hicimos nada para cubrir nuestro rastro cuando vinimos aquí. No lo olvides.

-No había necesidad-replicó Jake-. No te preocupes, Whitey. Tan pronto como yo suba al coche, soltamos el freno de este cacharro. El borde de ese precipicio tiene un declive y rodará al fondo. Luego ven y nos largaremos.

Whitey esperó como le ordenaban. Jake se dirigió presuroso al coche y puso en marcha el motor. Este rugió al pisar el acelerador.

Whitey, de acuerdo con la señal, alargó el brazo para soltar el freno de emergencia. Sonrió al pensar en un detalle que Jake había pasado por alto.

Whitey encendió los faros del coche.

Un meticuloso cuidado de los detalles, pensó. Las luces pronto dejarían de brillar debajo del agua.

El freno de mano chirrió. Whitey retrocedió y cerró la portezuela con violencia. El coche empezó a recular poco a poco. Whitey le dio el ímpetu de un empujón.

Se acercó presuroso al coche de turismo y subió al lado de Jake Michener.

Ambos gangsters miraron el coche. Sus ruedas delanteras saltaron despacio el borde izquierdo de la carretera.

Había unos diez metros de distancia de allí a lo alto de la cantera. El coche de Jake fue vuelto de modo que los dos forajidos pudiesen presenciar el salto fatal.

Quedaban tan sólo unos segundos de vida a Harry Vincent. Los dos endurecidos gangsters contemplaban alegremente la tragedia; eran los únicos testigos de la muerte cierta a la que el desvanecido prisionero se dirigía.

El motor del coche de turismo trepidaba cuando Jake Michener se disponía a alejarse, tan pronto como el coupé hubiese desparecido.

¡De pronto, en ese mismo momento, súbitamente el coche quedó revelado en todos sus detalles al resplandor de un potente faro!

!Un enorme automóvil avanzaba vertiginoso por la sucia carretera!

Los gangsters no oyeron el ruido sordo del potente motor, por impedírselo la trepidación del motor de su propio coche. !EL poderoso rey de la carretera se aproximaba, con la velocidad de un meteoro!

-¡Mira!-gritó Whitey Shane.

El gigantesco automóvil viraba a la izquierda. Su conductor, guiado por singular intuición, había adivinado la situación en un instante. Durante un momento los gangsters se imaginaron que los frenos del enorme coche no funcionaban.

¡Se dirigía hacia el borde de la cantera!

Entonces el potente automóvil viró a la derecha. Sus ruedas rozaron la orilla del amenazador precipicio.

El enorme roadster se inclinaba hacia la izquierda, casi volcándose hacia el abismo. Enderezóse y se metió disparado en el camino del coupé.

Los frenos chirriaron cuando los dos coches toparon. El súper hombre que conducía el roadster paró en seco su coche a unos cuatro metros. La trasera del coupé topó con la parte delantera del gran roadster.

EL impacto fue violento. El coche salvador se encontraba al borde del precipicio. La fuerza del coupé habría empujado por el borde a cualquier coche ordinario. Pero este monstruoso automóvil resistió el choque.

Durante la fracción de un segundo empezó a elevarse y desplazarse hacia la zona de peligro. Luego permaneció inmóvil, obstruyendo el paso del coupé, evitando su destrucción.

Jake comprendió que esto no obedecía a una casualidad. Este gigantesco automóvil había surgido de la nada. Su conductor realizó lo que parecía imposible. !La impotente víctima estaba salvada!

-¡Despáchalo!-exclamó Jake a Whitey-. ¡Despáchalo pronto!

Al pronunciar la orden, Jake Michener enfiló el coche de turismo en dirección a los dos automóviles.

Whitey Shane se asomaba por el costado, empuñando una pistola. Su primera bala escupió sobre el costado del roadster. La siguiente perforó el techo.

Whitey midió el momento de su tercer disparo. Jake Michener, conduciendo el coche de turismo en segunda, desplazaba la rueda con una intención, para destrozar el costado del roadster y hacer lo que el coupé no había hecho: ¡lanzar al gigantesco coche a su destrucción¡

En aquel instante, el rápido tableteo de los disparos de un revólver replicó a los tiros de Whitey Shane. Un balazo hirió en el brazo al gangster. Otro atravesó el parabrisas y se alojó en el pecho de Jake Michener.

El conductor del coche de turismo se desplomó detrás del volante. El movimiento de rotación del coche cesó. En lugar de topar en el centro, el coche del forajido viró hacia la trasera del roadster. Herido, Jake perdió la dirección.

El coche de turismo topó con el roadster. Un penetrante chillido de terror escapó de los labios de Whitey Shane, al sentir que el coche de turismo salía despedido al vacío. El largo grito se fue desvaneciendo a medida que el coche descendía al abismo.

Un chapoteo sordo y lejano anunció el fin de los asesinos. Jake Michener y Whitey Shane tuvieron el fin que planearon para otros.

Sucedió un silencio. Sobre el borde del precipicio se destacaba un hombre vestido de negro, una figura invisible en la oscuridad. Desde el borde del abismo surgió una larga y melancólica carcajada, una risa más aterradora que el chillido que brotara de los labios de Whitey Shane.

La Sombra, el terrible vengador, descubrió el rastro de los gangsters. Llegó en el momento en que el plan de los malhechores parecía imposible que fracasase. Surgiendo de la oscuridad, La Sombra salvó de la muerte a Harry Vincent.

¡La Sombra reía una vez más!

CAPÍTULO XVI
MAQUINADORES QUE NO HAN SIDO OIDOS

-Son las tres. Grady debe llegar pronto. -Hablaba Jeremías Benson. Hallábase sentado delante de Sidney Delmuth. Entre ellos había una mesa sencilla de madera, sobre la cual descansaba una botella y unos vasos.

Estaban en la sala trasera de un pequeño café.

-¿Está seguro de que vendrá?-preguntó Delmuth, con ansiedad.

-No se preocupe por Grady-dijo el viejo de cabellos grises-. Debía telefonearme antes de ir al piso. No recibirá ninguna respuesta por teléfono. En consecuencia vendrá aquí. Este es nuestro lugar habitual de reunión.

Delmuth se sirvió un buen vaso y apuró el liquido precipitadamente. Tenia un aire lúgubre mientras observaba a Benson.

-No me gusta este negocio-declaró-. Todo marchaba viento en popa, pero habiéndose mezclado La Sombra, tenemos que andarnos con cuidado.

Al terminar de hablar, Delmuth se volvió y giró la vista en torno de la habitación. Parecíale que le vigilaban. Conservaba aún el recuerdo del temible perseguidor de los delincuentes.

El viejo soltó una risita.

-Olvide a La Sombra un rato-dijo-. Por eso le he traído aquí; para que estuviese seguro de que no le seguía el rastro.

-¿Y si nos ha seguido?-repuso su compañero, dudoso.

-No. Soy viejo en este juego, Delmuth. El modo como cambiarnos los coches al venir aquí, engañaría a cualquiera.

-¡Me siguió a su departamento!

-Sí. Porque no fue usted bastante ladino. Probablemente sospechó que Shamlin no era usted cuando salió del coche. Quizá vio al hombre esconderse en el taxi.

-Pensé que le había burlado-murmuró Delmuth-. Ahora usted cree que lo ha despistado. Yo fracasé, quizás usted ha hecho lo mismo...

-¿Y que si lo he hecho? - interrumpió Benson-. No se puede entrar más que por un sitio aquí, ¿no es eso? Es decir, por la puerta de la calle. Ha puesto a Shamlin y Harmon a vigilar ¿no es verdad?

Delmuth hizo un gesto de asentimiento. Estaba tranquilizado. A sugerencia de Benson, llamó a los dos gangsters para proteger el lugar.

El viejo tenia razón. Habían encontrado un sitio donde La Sombra no podía entrar y el camino estaba cerrado.

Solamente Grady podía llegar a ellos. Shamlin y Harmon tenían órdenes de dejarle pasar.

-Creo que tiene usted razón - asintió Delmuth-. Se está seguro aquí. Pero estoy pensando en el futuro. A menos que eliminemos a La Sombra, será difícil para nuestros planes.

-¿Por qué?-preguntó Benson-. No le temo. Una vez que me ausente de Nueva York, no podrá encontrarme nunca. Habrá que vigilar; estoy de acuerdo. Porque su trabajo consiste en recibir informes que Grady y yo podamos utilizar.

"Mas no olvide que recurrimos al asesinato solamente cuando es necesario. Esa es labor de Grady. Hemos suprimido a tres hombres en Maryland y no nos ha pasado nada. Tenemos dos operaciones más por ejecutar. Luego el negocio del chantaje, sin que nadie se entrometa. Con mi apoyo, hay millones

en este asunto.

-Si-asintió Delmuth-. No veo qué puede impedírnoslo. Desde luego, Herbert Brockley y Grant Chadwick fueron asesinados...

-Brockley porque sabia demasiado-interrumpió Benson-. Chadwick porque era la manera más fácil de realizarlo. Ni Grady ni yo intervinimos para nada en estas dos operaciones.

-Me alegró de que el joven Chadwick haya confesado-observó Delmuth-. El viejo era una amenaza. Como Brockley, sabia más de lo que debía. Ese fue un motivo para deshacerse de él. Pero esos valores fueron el móvil principal. Fue fácil conseguirlos del joven Chadwick. El viejo no los habría entregado jamás.

-No estoy tan seguro de eso-objetó Benson-. Si yo me hubiese encargado de la operación, le habría persuadido. Yo tengo un sistema persuasivo para obtener lo que deseo.

Cuando Benson terminó de hablar, la puerta se abrió. Un hombre entró. Era Grady.

El hombre rechoncho y de anchos hombros sonreía al entrar. Llevaba la cartera que recibió de Denby Chadwick. Sin pronunciar una palabra, se la ofreció a Benson, quien se la pasó a Delmuth.

El agente de publicidad la abrió ávidamente. Sacó un montón de papeles.

Entre estos había un montón de valores.

Los ojos de Delmuth brillaron. Sus labios se movieron excitadamente al desdoblar los valores.

-Esto lo arregla-exclamó-. Mayo ofreció mucho por estos, pero no pudo conseguirlos. Espero hasta que sepa que yo los tengo. ¡Aquí están la mayoría de las acciones de la fábrica de Cajas de Caudales Holyoke¡ ¡Dominan toda la industria!

"Grant Chadwick tuvo la astucia de retenerlos, pero era demasiado estúpido para usarlos. Conocía lo que podía hacer, pero se retraía. Podía haber tenido en el bolsillo a Mayo.

"Por esta razón Denby Chadwick está enfermo. Conoce que Mayo los quiere, y sabe que está engañando a Mayo. Por eso trató de negociar, pero me tiene miedo. Si tuviese bastante sentido común para saber...

Benson le interrumpió con un gesto. Delmuth calló. Comprendió que Grady era simplemente un subordinado ignorante que servia a Jeremías Benson y que el viejo no quería discutir estos detalles en su presencia.

-¿Tuvo alguna dificultad, Grady?-preguntó Benson, tranquilamente.

-No-contestó el hombre rechoncho-. Ese pájaro de Chadwick me lo entregó sin discusión.

Delmuth, sonriendo con conocimiento de causa, entregó un papel a Benson.

El viejo de cabellos grises lo leyó. Sus ojos brillaron de alegría maligna.

Devolvió el papel a su compañero.

-¿Se queda usted con eso?-preguntó el anciano.

-Seguramente-repuso Delmuth-. Esto hunde al joven Chadwick.

-¿No hubo ningún incidente, Grady?-preguntó Benson-. No había nadie fuera del "Molino Verde"?

-Si había alguien-respondió Grady-, no nos molestaron. Yo no vigilaba gran cosa. Usted me dijo que alguien se encargaría de eso.

-¿Cuándo recibirá noticias de los hombres que mandó allí?-preguntó Benson a su compañero.

-Shamlin me los buscó-respondió éste-. Le darán el informe a él. No saben nada de lo que se trata.

-¿Vio usted a Chadwick anoche?-preguntó el anciano a Grady.

-Fue anoche cuando le vi-fue la respuesta.

-Entonces-declaró Benson-, no creo que hubiese nadie vigilando el “Molino Verde".

-¿Por qué-preguntó Delmuth.

-Porque-respondió Benson, tranquilamente-, el entrometido que turba nuestra tranquilidad estaba vigilándonos en esos momentos. No puede haber estado en el "Molino Verde" cuando Grady y Chadwick se encontraban allí.

Delmuth hizo un gesto de asentimiento. Conocía que por el "entrometido" que les amargaba la vida, Benson se refería a La Sombra.

El pensamiento del hombre misterioso que iba y, venía invisible, fastidiaba a Delmuth. El agente de publicidad hizo una seña a Benson. El viejo, a su vez, hizo otra a Grady.

El asesino de facciones siniestras salió del salón, dejando a los dos maquinadores solos.

-Benson-dijo Delmuth, en tono serio-, tenemos que estar alerta. Me tiene perplejo cómo La Sombra ha averiguado nuestras actividades. La cuestión más importante es cuánto sabe. Hay algunas cosas que seguramente desconoce.

-¿Referente a Mayo, por ejemplo?-sugirió Benson.

-No creo que él sepa eso. No veo la posibilidad de que lo sepa. Pero puede figurarse que hay alguien más en este negocio, alguien que se oculta. Si va a Greenhurst...

-Puede averiguar lo que sabe Hawthorne ¿eh?

-Exacto. Por eso quiero que vaya usted allí, en seguida, acompañado de Grady.

-Bien-asintió Benson-, cuanto antes llevemos a cabo la operación, mejor. Déjelo de mi cuenta y de Grady. Partiremos esta noche, ahora que nos hemos desembarazado de todo lo que nos estorbaba.

-No-disintió Delmuth-. No haga nada hasta recibir noticias mías, a menos que compruebe que La Sombra se ha mezclado en esto. Permanezca cerca de Greenhurst, pero no demasiado cerca. Le avisaré cuando haya que realizar la operación. Mandaré a Shamlin y a Harmon para que le ayuden.

-¿Por qué?

-Porque esto tiene que parecer una desaparición. Nada de asesinato allí. Se supone que no existen muy buenas relaciones entre Hawthorne y Mayo. Si sucediese algo a cualquiera de ellos, culparían al otro.

-Comprendo-respondió Benson-. No obstante, Grady y yo podemos ejecutar la operación.

-No, si La Sombra interviene. Por eso quiero que ustedes cuatro colaboren en la faena-insistió el agente de publicidad.

-Así queda usted solo en Nueva York.

-Lo cual es lo que deseo-declaró Delmuth-. No me voy a preocupar por nada. Me ocuparé de mis negocios y olvidaré a Greenhurst. Voy a engañar a La Sombra. Le haré creer que voy a dar algún golpe. Lo retendré aquí en Nueva York.

Jeremías Benson sonrió suavemente. Cuando aparecía tal expresión en los labios del viejo, significaba algo maligno, aunque el rostro del anciano era benigno.

-Es un buen plan-declaró-. Mande a sus dos hombres. Dígales que obren con cautela. Si los siguen, pueden cuidarse de su perseguidor.

"He estado operando desde hace años. Fracasé una vez solamente. Luego encontré a un hombre que era mi igual. En lugar de ser esto mi ruina, me condujo a nuevos y más amplios horizontes. El y yo trabajamos juntos, Delmuth.

-Tiene usted razón, Benson. Realizará usted felizmente esta operación. No tendrá preocupaciones de Greenhurst. Hay allí un sujeto sospechoso, y se cuidarán de él. Recibirá una sorpresa.

-No se preocupe por mí-dijo el viejo-. Cuando se haya dado este golpe, habrá grandes negocios en el futuro. Trabajando con Grady, iniciaré un reinado de terror, intimidando a los que no pueden combatirnos. Cuando sea necesario matar, se hará. Cosecharemos millones. Todos tendremos nuestra parte. Usted y yo, Delmuth. Usted y yo y...

Se interrumpió. Los ojos de Sidney Delmuth brillaban. Este cuadro de grandes éxitos le intrigaba.

Benson se levantó e hizo un gesto con la mano en dirección de la puerta.

-Grady y yo estamos preparados-dijo-. Partimos en el coche. Usted conoce dónde estaremos. Comunique con nosotros mediante el sistema secreto.

Delmuth asintió.

-Me marcharé primero-dijo-. Hablaré a Shamlin y a Harmon. Me aseguraré de que todo marcha bien. Me acompañarán cuando yo salga. Si no vuelvo, es señal de que el camino está despejado.

Salió de la sala. Unos instantes después, Delmuth reapareció en la calle fuera del restaurante. Dos hombres se le acercaron. Una voz habló cuchicheando.

-No ha habido nadie por aquí-comunicó uno de los dos hombres-. Todo va bien.

-¿Está el coche cerca?-preguntó Delmuth.

-A la vuelta de la esquina.

El grupo se alejó. Unos minutos después, un taxi descendió la calle. Harmon estaba en el volante. En el asiento trasero iban sentados Delmuth y su subordinado Shamlin.

Delmuth le hablaba.

-¿Has tenido noticias de los hombres que mandaste a "El Molino Verde"?-preguntó.

-No-respondió Shamlin-. Tenían que regresar al establecimiento de Gorky, si sucedía algo. Es el tugurio que frecuento. Advertí a Gorky que estaría aquí.

-No debías haberle dicho nada de esto-reprendió Delmuth.

-Gorky es O. K.

Cuando el taxi desapareció calle abajo, Benson y Grady salieron del pequeño restaurante. El viejo y su compañero se dirigieron hacia la esquina.

Mientras seguían su camino, una figura surgió de la oscuridad del otro lado de la calle. Ninguno de los dos hombres la vio. No observaron que la extraña figura iba al mismo paso que ellos, moviéndose como una sombra viviente.

Los dos hombres llegaron al coche de Grady.

La figura se aproximó a ello; se confundió con la pared del edificio, a unos cuatro metros de distancia.

-Vamos, Grady-dijo el viejo-. Nos espera un largo viaje. Vamos a Massachusetts.

Grady gruñó en respuesta. Los hombres subieron al coche. El vehículo arrancó. Entonces, de la oscuridad junto al edificio, surgió una risa suave y burlona.

Se habían trazado planes. Un malhechor y su subordinado se ponían en camino. Los planes no fueron oídos. Pero los conspiradores no marchaban sin ser vistos.

La Sombra, hombre de acción rápida, había regresado a Nueva York después de salvar a Harry Vincent. Utilizando a Shamlin como pista, fue al establecimiento de Gorky y averiguó el paradero del gangster. En la oscuridad, observó cómo partían los dos asesinos.

¿Qué operación iban a realizar? Lo supiera o no, el objetivo de La Sombra era el mismo. El sólo podía frustrar la maquinación tramada esa noche.

CAPÍTULO XVII
AVISO POR RADIO

Eran las últimas horas de la tarde. La oscuridad iba cubriendo la residencia de Pablo Hawthorne. Este y Stuart estaban sentados en el pórtico, fumando sus pipas.

Stuart había ido a visitar a Hawthorne con una finalidad. Fue la noche anterior cuando tuvo la aventura en casa de Mayo. La tarde siguiente vio regresar de Nueva York al aeroplano de Mayo.

Stuart decidió que seria imprudente visitar a Sherwood Mayo aquella noche.

Decidió esperar otro día. Ahora sondeaba a Hawthorne, con el objeto de averiguar si una visita seria prudente.

-¿Ha visto a Mayo desde su regreso?-preguntó Stuart.

-No-respondió Hawthorne-. Es posible que vaya a verle esta noche. ¿Le gustaría acompañarme?

-Seguramente-contestó Stuart.

-Pasaré a recogerlo en la posada-dijo Hawthorne-. Llegaré después de cenar.

Descendiendo pausadamente por la carretera, Stuart empezó a pensar sobre la visita de esa noche. Estaba seguro de que el filipino no le reconoció durante la refriega, Después de todo, una visita a la residencia de Mayo, era una manera audaz de evitar sospechas. Había una carta para Stuart en la posada. Miró el sobre y decidió que era de Harry Vincent.

Esperaba esa carta. Vincent le había advertido que estuviese alerta en espera de una, y que se asegurase de que nadie le veía leerla, pues podría contener instrucciones de importancia.

Abriendo la misiva en un rincón del hall del hotel, devoró ávidamente su contenido: una información y unas órdenes ambas de importancia.

"Habrá peligro en Greenhurst pronto. Permanezca constantemente al lado de Sherwood Mayo. El viejo que opera con Grady. Se llama Jeremías Benson. Infórmeme inmediatamente si oyó alguna referencia a ese nombre. Si Mayo sale de Greenhurst, procure acompañarle.

"Esté cerca de una radio a las seis o a las "nueve. El anuncio de W. N. X. tendré un mensaje para usted. Escuche las palabras recalcadas. Constituirán el mensaje. Esto es un ensayo para uso futuro."

Stuart releyó la nota. Era clara sobre todos los puntos, pero él quería estar seguro de que comprendía todo su contenido lo bastante bien para recordar los datos, pues abrigaba el propósito de destruir la misiva inmediatamente.

Mirando hacia el otro lado del hall del hotel, repitió ciertos detalles: "Jeremías Benson... permanezca al lado de Mayo... W. N. X. a las seis o a las nueve ...

Meneando afirmativamente la cabeza, Stuart volvió a mirar la carta. Sus ojos se abrieron de asombro. ¡Mientras estuvo mirando a otro lado, la escritura había desaparecido por completo!

Volvió el papel y encontró en blanco el otro lado. Estrujó la hoja y la tiró al cesto de los papeles.

-Una idea muy hábil-comentó, al entrar en el comedor.

Eran pasadas las seis cuando llegó al hotel. Tendría que esperar la emisión de las nueve. Había estado fuera toda la tarde; de lo contrarío habría recibido la carta algunas horas antes.

Hawthorne llegó después de cenar. El y Stuart se dirigieron hacia la residencia de Sherwood Mayo. Stuart observó que Hawthorne estaba malhumorado y pensativo.

-¿Qué sucede?-inquirió Stuart.

-Estaba pensando-respondió el especulador de terrenos-, en la última vez que visitamos a Mayo. ¿Recuerda aquel paquete de sobres que Mayo sacó del cajón del escritorio?

Stuart lo recordaba y se puso nervioso. No obstante, decidió que sería mejor sonsacar a Hawthorne.

-Si-respondió-. Según recuerdo, dijo que le interesarían a usted.

-Pero encontró que no eran las que él buscaba-repuso Hawthorne, irritado.

- Lo recuerdo.

-Pues bien-dijo Hawthorne-, apuesto a que no las ha traído de Nueva York.

-¿Por qué?

-Porque esta engañándome.

-¿Engañándole?

-Escuche, Bruxton-dijo Hawthorne, en tono confidencial-. Mayo le invitó a trasladarse a su casa, ¿no es verdad?

-Sí.

-¿Le gustaría aceptar la invitación?

-Si-respondió Stuart, alerta. Esto convenía a sus planes-. Es un lugar mucho más agradable que la posada.

-Procuraremos arreglarlo esta noche, pues -dijo Hawthorne-, y quiero que me haga un favor, Bruxton.

-¿Cómo?

-Sondee a Mayo mientras esté allí. Procure averiguar sus intenciones. Deseo saberlo.

-¿Por qué?

-Verá usted-explicó Hawthorne-. Mayo y yo no nos hemos llevado siempre muy bien. Conozco algunas cosas da su vida; él sabe algo de la mía.

"En lo que me concierne, esos incidentes desagradables han terminado. Al parecer, Mayo los ha olvidado también. Pero quizá no sea así. Eso es lo que deseo averiguar.

-Comprendo - dijo Stuart-. Está muy bien.

-Existe la probabilidad-continuó Hawthorne-, de que Mayo me guarde rencor aún. Lo de la otra noche, me ha hecho desconfiar. No me gusta sospechar de él, Bruxton, pero quizá trataba de incitarme a ir allí, mientras él estaba ausente, para apoderarme de esos sobres.

-¿Qué sucedería entonces? – preguntó Stuart, despertado su interés en la suposición de Hawthorne.

-Pues si me sorprendieran in fraganti, me reportaría graves consecuencias. Me desacreditaría en Greenhurst. Mi negocio de terrenos quedaría arruinado. Mayo volvería a dominar aquí de nuevo.

Había más de verdad que de suposición en lo que Hawthorne decía. Stuart recordó la batalla con el filipino. ¿Acaso el criado intentó asesinarle por creer que era Hawthorne?

Luego recordó al hombre vestido de negro que le salvó la vida. Hacía más profundo y desconcertante el misterio. Stuart se abstuvo de decirle a Hawthorne que fue a casa de Mayo. Empezó a recelar de su anfitrión.

Quizá el especulador de fincas era el que intentaba el engaño. La nota de Vincent decía que permaneciese con Mayo, si era posible.

Comprendió que Hawthorne podría estar tratando de complicarle en una maquinación contra el millonario.

-Es usted un excelente sujeto, Bruxton -dijo Hawthorne-. Creo que es usted un muchacho noble y leal. Por eso he dicho lo que acaba de oír. Deseo conocer si puedo fiarme de Mayo. Es lo que me preocupa...

-De acuerdo-contestó Stuart-, si Mayo me invita, me quedaré.

Pasaban entre los pilares de piedra y Stuart miró desde la ventanilla del coche. No vio ninguna señal del hombre vestido de negro.

No obstante, no estaba seguro de que el hombre misterioso no rondara por allí. El extraño ser de la capa parecía poseer la facultad de desaparecer ante los ojos de las personas.

Sherwood Mayo pareció alegrarse de la llegada de los visitantes. Los recibió en la sala y sonrió al preguntarle Stuart acerca de su viaje a Nueva York.

-Es un simple paseo en mi aparato-dijo-. Volamos a trescientos cincuenta por hora. El viaje se hace en hora y media.

-Debe usted tener un piloto excelente-comentó Stuart.

-En efecto-declaró Mayo-. Jorge Fleming es uno de los mejores. Ha estado a mi servicio cuatro años. Iré a Nueva York una de estas mañanas. Lo llevaré conmigo, regresaremos por la tarde.

-¿Cómo localiza este lugar de noche?-preguntó Stuart.

-Fácilmente. El campo está bien marcado. Poseo un potente reflector que Luis tiene siempre encendido para señalar el campo de aterrizaje. Es muy espacioso. Mejor que el de Brookdale, que se encuentra a dos millas de aquí.

La mención del aeródromo de Brookdale trajo otro recuerdo a Stuart.

Recordó el lejano rumor de un motor que oyó hacía dos noches.

-Voy a hacerle una proposición, Bruxton -declaró Mayo-. ¿Por qué no se viene aquí, a pasar unos días? Le invité la última vez que estuvo aquí.

-Si - apoyó Hawthorne-. ¿Por que no acepta, Bruxton?

-Me gustaría-respondió Stuart.

-Luis-ordenó el millonario, volviéndose hacia el filipino-, diga a Fleming que vaya a la posada y traiga el equipaje del señor Bruxton.

Arreglada la cuestión, el millonario dirigió una mirada a su equipo de radio y giró las esferas. Sonó una nota y el locutor anunció que eran las nueve menos cuarto.

El millonario señaló al reloj de la repisa de la chimenea.

-Miren-dijo-. El reloj está exacto. Siempre está bien. ¡Es el mejor reloj que he tenido!

-¿Qué emite en W. N. X.?.-preguntó Stuart, en tono indiferente.

-Lo veré-Mayo giró la esfera y enchufó un programa musical-. Esa es W. N. X. Lo dejaré allí.

Se recostó en su butaca; luego miró de repente de Stuart a Hawthorne, al proferir una súbita exclamación.

-¿Qué les parece que sucedió en esta casa hace dos noches?-preguntó-. ¡Tuvimos la visita de unos ladrones!

-¿Ladrones?-repitió Hawthorne, intranquilo.

-Sí. Ladrones- declaró Mayo-. Dos de ellos. Enmascarados ambos. Luis bajó y los encontró.

-¿Los persiguió?-preguntó Stuart.

-Sí y no-respondió el millonario-. Capturó a uno, pero antes de que pudiese dominar al sujeto, el otro apareció y lo estropeó todo. Dejó sin sentido a Luis. Cuanto el criado volvió en si, la pareja se había largado. No se llevaron nada.

-Es una suerte-comentó Stuart.

Lanzó una mirada a Hawthorne. Observó que el especulador de terrenos dudaba de la historia de Mayo. Hizo creer a Stuart que la duda de Hawthorne de las manifestaciones de Mayo, carecía de fundamento.

Comparando a Mayo con Hawthorne-el primero, un hombre de negocios afortunado y el último, un hombre de dudosos procedimientos comerciales - Stuart pensaba que, en caso de controversia, preferiría ponerse de parte de Sherwood Mayo.

El millonario dio más detalles del intento de robo. No incluían una descripción exacta del uso de Luis del cuchillo. Mencionó Mayo que el filipino utilizó sus conocimientos de jiu-jitsú para deshacerse del primer intruso; pero no entró en más detalles.

Parecíale evidente a Stuart que omitió esa parte de la historia al relatar su aventura a su amo.

El reloj de la repisa de la chimenea empezó a dar las nueve. Stuart escuchó atento cuando la voz de un locutor anunciante se intercaló en el programa de la radio:

"Han escuchado ustedes unos cuantos aires melodiosos de "Días de antaño". Los tiempos cambian; y el tiempo es demasiado precioso para malgastarlo. ¿A qué esperar? El reloj que ustedes compren debe marcar la hora exacta siempre. Si quiere usted poseer un reloj de confianza, sin tener necesidad de seguir vigilando a su reloj que nunca va bien, recuerde que el reloj Paragon es

el único reloj...

El resto del anuncio no contenía más palabras recalcadas. Stuart se sorprendió de la facilidad con que recogió el mensaje secreto. Por su mente cruzaba como un relámpago la frase:

"Unos cuantos días esperar. Seguir vigilando"

Era el mensaje que Harry Vincent le había anunciado. Stuart conocía que provenía de alguien más importante que Vincent. En esto acertaba.

¡Sin conocer su origen, había recibido un mensaje de La Sombra!

CAPÍTULO XVIII
EL ESCENARIO ESTA DISPUESTO

Era un sábado por la tarde. Sidney Delmuth, sentado en el escritorio de su despacho particular, miraba pensativo desde la ventana. Había una expresión extraña en su rostro afable. El agente de publicidad estaba perplejo y contento.

La causa de estas emociones mezcladas era un solo hecho. Delmuth había estado practicando un ardid con su invisible enemigo. No podía quitarse, ni de día ni de noche, la impresión de que le vigilaban.

Estaba perplejo porque no había podido echarle la vista encima a su misterioso enemigo, al hombre que creía era La Sombra. Estaba contento porque estaba seguro de que la vigilancia de La Sombra no tendría fin. Pues el objetivo de Sidney Delmuth consistía en tener entretenido a La Sombra.

Aunque el agente de publicidad desempeñaba un papel importante en una operación que iba desarrollándose, había hecho de forma que no hablaba ni una sola palabra que pudiera haber servido de información a un oyente oculto.

Había recibido ciertas llamadas telefónicas, en sitios convenidos. Había dejado que hablasen desde el otro extremo del alambre. Estas conferencias llegaron siempre a teléfonos que no tenían extensiones. Delmuth había dado instrucciones mediante la simple fórmula de contestar "si" o "no" a las preguntas que le hacían.

-La Sombra-murmuró, suavemente, sentado junto a la ventana-. Me vigila. Sabe que estoy metido en este asunto. Pero no averiguará nada. ¡Esta noche, de todas las noches!

Mathews entró en el despacho.

-Se han marchado todos, señor-anunció-. Yo también voy a salir. ¿Desea algo?

-Nada, Mathews-respondió Delmuth-. Puede marcharse. Permaneceré aquí un rato.

Unos minutos después de la partida del empleado, se levantó y entró en el otro despacho. Giró la vista en derredor. Probó la puerta cerrada que conducía al pasillo lateral.

Examinó la otra oficina interior. Satisfecho de que se encontraba completamente solo, se sentó y esperó.

Mientras transcurrían los minutos, continuó teniendo la sensación de que le vigilaban. Estaba seguro de que debía ser su propia imaginación. Le fastidiaba y sin embargo, sonrió. Si su intuición no se equivocaba, significaba que La Sombra rondaba cerca. Esto podía ser ventajoso para sus planes. EL teléfono repicó. El agente de publicidad respondió. Sus palabras fueron simples respuestas.

-Sí – dijo-. Sí... Bien... Si... Buena idea... Telefoneará entonces... Magnífico.

Delmuth colgó el receptor. Volvióse de repente de cara a la puerta que conducía al pasillo lateral.

¿Se abrió suavemente aquella puerta, mientras estaba vuelto de espaldas?

Examinó la puerta y comprobó que aún estaba cerrada con llave.

Sin embargo, era posible que La Sombra hubiese entrado sin ser visto. La idea tornó cauto a Delmuth. Reprimió el deseo de inspeccionar de nuevo las oficinas. Comprendió que si La Sombra había entrado, podía existir peligro.

El agente de publicidad, ladino así como audaz, estaba seguro de que La Sombra no se revelaría a menos que le obligasen. Pero si le obligasen, el hombre de las tinieblas, tendría que atacar.

En aquella breve conversación telefónica, Sidney Delmuth supo que Shamlin y Harmon se dirigían a Massachussets. Viajaban trazando un circuito, para despistar a posibles perseguidores. Acababan de informarle que estaban alerta y preparados para el caso de toparse con alguna interferencia.

El teléfono sonó de nuevo. Delmuth volvió a responder. De nuevo sus palabras fueron simplemente respuestas a manifestaciones del que lo llamara.

Mas esta vez se dibujó una leve sonrisa bajo cl cuidado bigote. Recibía noticias muy agradables.

Terminada la conferencia, empezó a pasear de un lado a otro del despacho.

Pensaba profundamente y su proyecto era hábil.

Dentro de diez minutos volverían a llamar. La conferencia no tendría ninguna importancia.

Pero en esta ocasión, se proponía fingir que se descubría, para que lo oyese el hombre que él creía estaba oculto en el cuarto.

Mientras transcurrían los diez minutos, reprimió su deseo de iniciar una investigación.

Había una docena de pasos de distancia al lugar donde La Sombra podía estar oculto. Detrás de la mesa de la máquina de escribir, en el rincón. En una de las oficinas interiores. En el lado extremo del archivo grande...

Las meditaciones de Sidney Delmuth terminaron al sonar el teléfono. Se acercó presuroso al aparato y respondió vivamente. Luego, en voz baja, empezó a hablar.

-En mi departamento esta noche-dijo-. Allí cerraremos las negociaciones. Todo depende de ello. Lo atraparemos allí, y si no canta... ya sabes lo que le sucederá.

"No. No sé a qué hora. Yo estaré allí a las ocho, y llamaré después que tenga noticias de él. Quizá debo de esperar a medianoche; pero no existe posibilidad de que salga mal. ¿Comprende la idea? Irá allí... ¡estoy completamente seguro¡

Después de la conversación telefónica, el agente de publicidad cogió una hoja de papel y redactó cuidadosamente un mensaje. Fue al archivo, sacó una cuenta y repasó sus detalles.

Corrigió el mensaje y volvió al teléfono. Llamó a una oficina de telégrafo.

-Anote un telegrama –dijo-. Benefacto Compañia, Hartford, Connecticut. ¿Está? Aquí va el mensaje:

“Su folleto listo para impresor. Necesito páginas restantes. Despache a lo menos doce esta noche. Suprima todo dato innecesario. Folleto debe estar muy condensado para ajustarse a las especificaciones."

Después de dar su nombre y número de teléfono, el agente de publicidad volvió al archivo y depositó el documento perteneciente a la cuenta Benefacto. Entró en su despacho particular y cogió el sombrero. Salió vivamente del lugar, cerrando con llave la puerta exterior.

Descendiendo en el ascensor, se felicitaba. Había solucionado la situación hábilmente.

No sólo había recibido mensajes importantes sin la posibilidad de que nadie se enterase, sino que había hecho aparecer que tenia un proyecto interesante para aquella noche, un plan de suficiente importancia como para atraer a La Sombra.

Estaba más contento aún por el telegrama que había despachado. AL parecer, era un simple detalle del negocio de publicidad; en realidad era un mensaje para Jeremías Benson.

La compañía Benefacto era el lugar donde Benson recibía los mensajes.

Este telegrama sería recibido por un hombre que no comprendería su significación.

Luego, ese hombre recibiría una llamada telefónica-al presumir de la oficina de Delmuth,-manifestando que el telegrama debería haber sido dirigido a otra casa, a la cual le leerían el mensaje. ¡El visitante de esa casa sería Benson¡

Había en el telegrama tres palabras que tenían importancia. Estas eran:

"Despache doce esta noche...

Las doce de la noche era la hora fijada para que Benson y Grady diesen el golpe. Shamlin y Harmon debían reunírseles cerca, de Greenhurst.

Delmuth se dirigía al club Cobalto. Iba allí porque estaba seguro de que era el lugar donde había sido vigilado por La Sombra.

Todos los sábados por la tarde, ciertos amigos de Sherwood Mayo solían frecuentar el club Cobalto. Delmuth deseaba hablar a uno de ellos. Quería que le oyeran cuando hablaba.

Su plan tuvo éxito mientras almorzaba en el "grill-room".

Saludó con la mano a Jorge Masters, uno de los socios de Mayo en el negocio de perfumería.

Masters sonrió con acritud, pero se detuvo a la mesa de Delmuth.

Conociendo el antagonismo de Mayo hacia Delmuth, Masters quería evitar una larga conversación.

-¿Está su socio en Nueva York?-interrogó Delmuth.

-Sí-respondió Masters-. Llegó a mediodía. Regresa al campo esta tarde.

-¡Ah¡ Un viaje comercial rápido.

-No. Trajo a un par de amigos. Van a pasar el final de semana en su residencia. No hay motivo para que Mayo esté aquí.

-Me alegro saberlo-dijo Delmuth, con impertinencia-. Dele mis recuerdos, si le ve.

Había muchos miembros del club en el "grill-room" cuando Delmuth habló.

Habló lo bastante alto para que le oyesen, y esperaba que la persona que le interesaba hubiese escuchado las palabras.

Lo que Masters había dicho no era ninguna noticia para Delmuth. Sabía dónde se encontraba Mayo, lo supo mediante la segunda llamada telefónica que recibió en su oficina.

Pero estaba seguro de que él sabia más que Masters de los planes de Mayo, más que cualquier otra persona, a excepción del mismo Mayo.

Siguió mirando a su alrededor mientras almorzaba. Deseaba localizar a algún miembro del club que podría ser un agente de La Sombra o La Sombra mismo. No había nadie que despertase sus sospechas.

Rutledge Mann se encontraba allí, pero, de todas las personas, el grave agente de Bolsa, era el último de quien podría sospecharse que estaba asociado con un individuo como La Sombra.

Rutledge Mann gozaba la reputación de ser un trabajador poco activo. Era sorprendente que decidiese salir del cómodo club por la tarde y se dirigiese al edificio Badger. Ascendió al noveno piso y fue a su oficina, al departamento número 909.

Una vez allí, esperó con el aire de una persona que aguardaba a un visitante.

El reloj de un edificio vecino marcaba las tres y media.

Había un sobre sellado en el escritorio. Lo abrió y leyó un papel que había dentro.

Cinco minutos más tarde, un hombre entró en la oficina. Rutledge Mann oyó el ruido de la puerta. El agente de Bolsa apareció y escrutó a su visitante.

-¿Es usted el señor Mann?-fue la pregunta.

-Sí.

-Soy Stuart Bruxton.

-Bien. Lo esperaba.

El agente de enlace de La Sombra abrió la marcha hacia el despacho interior, y cerró la puerta.

Miró a Stuart desde el otro lado del escritorio.

-El señor Vincent me informó que usted venía a Nueva York acompañando a Sherwood Mayo-dijo Mann-. Me avisó que usted llegaría hoy.

-Sí-repuso Stuart-. Vine en el aeroplano de Mayo. Recibí la carta de Vincent, diciéndome que viniese a verle a usted esta tarde.

-¿Regresará usted con Mayo?

-Esta noche, a las ocho.

-Bruxton-dijo Mann„ en tono confidencial-. Estoy enterado del asunto que concierne a usted y a Vincent. Como Vincent, yo recibo mis órdenes de una autoridad superior, la cual no estoy en libertad de mencionar en este momento.

"Sólo puedo decirle que el incidente que sufrió en casa de Mayo una noche-los ojos de Stuart se abrieron al oír las palabras,- cambió en favor suyo por la intervención de... esta persona para quien Vincent y yo trabajamos.

Las palabras del agente de La Sombra sirvieron de explicación a Stuart Bruxton, aun que faltaban detalles. Comprendió ahora que el hombre vestido de negro estuvo en la residencia de Mayo con el propósito de vigilar el desarrollo de los acontecimientos en Greenhurst.

-He recibido instrucciones - continuó Mann-, y conciernen a usted, Bruxton. Algo va a suceder esta noche... en Greenhurst.

"Poco antes de medianoche, cuatro hombres aparecerán en la casa de Hawthorne. Dos de ellos serán individuos que usted ha encontrado ya: Jeremías Benson y su secuaz, Grady.

Los ojos de Stuart chispearon al oír mencionar a los dos asesinos que intentaron matarle aquella noche en Maryland.

Mann observó su expresión y sonrió ligeramente.

-Vincent estará en Greenhurst también-prosiguió-. Está siguiendo a los otros dos sujetos, quienes, estamos seguros, se reunirán con Benson y Grady. De todos modos, Vincent se las arreglará para llegar a Greenhurst, a la posada, poco después de las once.

"Por consiguiente, usted terminará su estancia en la residencia de Mayo, a las once de la noche, para que pueda encontrarse con Vincent. Saliendo de Nueva York a las ocho, llegará a Greenhurst... ¿cuándo?

-Antes de las diez.

-Magnífico. Permanezca en casa de Mayo hasta las once. Recibirá usted un mensaje a esa hora, en forma de anuncio transmitido por la emisora W. N. X. Le dirá a usted si debe ir a la posada-como hemos proyectado-o quedarse en casa de Mayo. ¿Puede usted arreglar eso?

-Fácilmente-repuso Stuart-. Pero si Mayo corre peligro...

-No se preocupe de eso – interrumpió Mann, con acento enfático:- Vincent se lo explicará todo.

-Pero puede ocurrir algo en la casa de Mayo...

-No sucederá nada allí mientras usted esté con Vincent-declaró Mann, enigmático.

Stuart Bruxton se marchó.

Rutledge Mann quedóse. Tocaron las cuatro. El teléfono sonó.

-Aló-dijo Mann-. Oh, sí, Vincent. ¿Todo bien?

Hubo una breve respuesta.

Mann pareció satisfecho. Colgó el receptor y volvió a esperar. Transcurrió un cuarto de hora. El teléfono volvió a sonar.

Los ojos del agente de La Sombra brillaron al responder.

-Bruxton partirá a las ocho con Mayo-comunicó-. Vincent informa que está siguiéndolos. Los otros se han detenido a almorzar tarde. Vincent continuará. Están cerca de Springfields.

Una voz suave hablaba por el alambre. Rutledge Mann había dado su parte.

Recibía instrucciones de La Sombra. Las palabras qué oyó le sorprendieron; pero el flemático agente no dio alguna señal visible de ello.

-Instrucciones comprendidas-fue su breve comentario.

Colgó el receptor y ejecutó la misma acción que Sidney Delmuth pocas horas antes.

En lugar de escribir en una hoja en blanco, usó un impreso de telégrafos.

Tocó un timbre y esperó la llegada de un botones.

-Treinta y cinco centavos a Filadelfia-dijo el mensajero.

Rutledge Mann pagó el importe y el chico partió con el telegrama. El agente de Bolsa se acarició la barbilla pensativo. Aunque había escrito el telegrama, no acertaba a comprender el propósito de La Sombra.

Le sorprendía que La Sombra enviase un telegrama a Denby Chadwick; ¡un telegrama firmado con el nombre de Sidney Delmuth!

CAPÍTULO XIX
LO QUE "LA SOMBRA" CONOCÍA

Eran las nueve de la noche del mismo día. Sidney Delmuth estaba sentado solo en su piso. Un cenicero lleno de colillas de cigarrillos descansaba encima de la mesa que había a su lado.

Delmuth hacía de anfitrión a un auditorio invisible compuesto de un hombre.

Desde aquella noche que estuvo en casa de Benson, estaba convencido de que La Sombra era capaz de estar en cualquier parte. Desde entonces había vivido lleno de aprensión; pero se había esforzado en disimular sus temores.

Esta noche hacía lo contrario. Estaba tranquilo en el fondo, pero simulaba el papel de un hombre aterrado.

Ocurría un crimen esta noche, lejos de Nueva York. Las manos de Delmuth estaban libres de ellos, pero él desempeñaba un papel tan importante en el plan como los forajidos que partieran a asesinar.

Fingiendo que él, también, tenia el propósito de cometer un crimen, atraía a La Sombra para alejarlo de la zona de peligro.

Era un juego de esperar, un señuelo hasta medianoche, cuando todo habría terminado en Greenhurst. Su piso, con sus numerosas habitaciones, era un lugar donde La Sombra podía acechar tranquila y cómodamente. Estaba seguro de que le vigilaban y trataba de hacerlo más evidente.

Con fingida nerviosidad, encendió otro cigarrillo. Cruzó el aposento y se acercó al teléfono.

Con una risa insegura, colgó el receptor y se aproximó a la ventana. Miró a través del cristal, como si estuviese profundamente absorto en sus pensamientos.

En realidad, sus ojos sagaces vigilaban el reflejo de la habitación detrás suyo. Buscaba descubrir alguna señal de La Sombra.

Las puertas parecieron moverse y las cortinas agitarse.

¿Estaba La Sombra allí? ¿O eran fantasías de su imaginación?

La puerta del piso no estaba cerrada con llave, y escuchó atento por si sonaba un chirrido. Comprendió que sus fantasías podrían ser motivadas por su expectación. Quizá La Sombra no había llegado todavía.

Delmuth estaba dispuesto a encararse con el hombre de misterio. Conocía los hábitos de La Sombra. Había oído decir que La Sombra no mataba nunca excepto cuando la atacaban o cuando era necesario para salvar una vida.

Por tanto, el agente de publicidad estaba preparado. Que La Sombra se ocultase en la oscuridad; que saliese a la luz. ¡Mientras el hombre misterioso permanecía allí, no podría combatir a los monstruos del crimen que, obedeciendo órdenes de Delmuth, salieron a realizar su obra siniestra, esa noche!

Un leve rumor llegó a los oídos de Delmuth. Escuchó atento. ¡Era el picaporte de la puerta¡ Alguien penetraba en el piso. Oía el ruido de unas pisadas suaves.

Volvióse con rapidez de la ventana y permaneció inmóvil junto a su butaca.

¡El hombre estaba en el vestíbulo del piso y sus pisadas iban acercándose!

La puerta estaba entornada. Empezó abrirse.

Delmuth, con las manos en los bolsillos su chaqueta, esperó tenso.

Distinguió una figura en la oscuridad del otro lado de la puerta.

La figura vaciló un instante; luego, entró.

¡Denby Chadwick penetró en la habitación!

Sidney Delmuth avanzó. Sus ojos relampagueaban furiosos. Sus aprensiones desaparecieron.

¿Qué hacía este sujeto allí esta noche?

Delmuth creía que estaba en Filadelfia. No esperaba, ni por asomo, su visita.

-¡Chadwick!-exclamó.

Denby Chadwick había franqueado el umbral. Se colocó a un lado y permaneció inmóvil de espalda a la pared, sus manos, abriéndose y cerrándose nerviosamente.

-Usted quería verme-dijo-. ¡Aquí estoy¡

-¿Yo quería verle?-repitió Delmuth, incrédulo.

-Sí, recibí su telegrama, diciéndome que viniese aquí, diciéndome que usted había cambiado de idea, que deseaba devolverme papel que le di...

-Yo no le he mandado ningún telegrama-negó el agente de publicidad.

-Aquí está.

Denby Chadwick extendió una hoja de papel amarillo.

Delmuth lo cogió, irritado. Lo leyó en voz alta.

VENGA A MI PISO ESTA NOCHE, STOP. IMPORTANTE. STOP.

HARE EL CONTRATO QUE DESEA. STOP. NO CONTESTE. STOP. VENGA. STOP.

Delmuth estaba intrigado. Su nombre aparecía al pie del telegrama y el mensaje fue despachado en Nueva York aquella tarde.

¿Qué broma pesada era ésta? ¿Por qué?

-Va usted a jugar limpio ¿no es verdad? -suplicó Chadwick-. Ese telegrama lo remitió usted. Yo jugué limpio con usted. Le di aquellos valores. No quiero que me los devuelva. Todo lo que deseo es...

-Su confesión-interrumpió Delmuth.

-¡No la llame así!-protestó Chadwick-. Quiero el papel que le di. Entonces estaré seguro, Delmuth. Aunque choque con Mayo. Que me despida; tengo dinero ahora. ¡Pero ese papel! ¡Tengo que recobrarlo!

Sidney Delmuth estaba montando en cólera. No esperaba una interrupción de esta índole. Interfería en sus planes.

-¡Salga de aquí¡-ordenó-. ¡Fuera de aquí! Si vuelve a molestarme, ¡publicaré el documento!

-No puede usted hacerlo-objetó el joven Chadwick, de un modo lastimoso-. Lo arruinaría a usted lo mismo que a mí...

-¡So mentecato¡ -gruñó Delmuth-. Fue un acto suyo. Yo no participé. Tengo esa confesión suya para que se calle. Escuchó usted mis planes. Probó usted lo que yo dije. ¡Ahora usted sufrirá las consecuencias¡

Denby Chadwick no replicó. Tenia el rostro pálido y contraído. Miró como si estuviese en un trance. No hizo ningún esfuerzo para moverse y su presencia continuó enojando al agente de publicidad.

-Quiere ese papel ¿eh?-preguntó éste-. ¡Se lo daré!

Fue a la mesa y abrió el cajón. Sacó una caja metálica, que abrió con una llave. De ella extrajo una hoja de papel. Desdobló el papel, lo miró y se aproximó a Chadwick.

Ofreció el documento y el joven lo cogió ávidamente. Sus ojos chispearon al reconocer el documento que deseaba obtener.

-¡Me lo da!-exclamó.

-¡No!-replicó Delmuth.

Con un movimiento colérico, el agente de publicidad arrebató el documento de la mano del joven. Luego retrocedió y sonrió malignamente.

Se aproximó a Chadwick, que titubeaba. La pose de Delmuth era amenazadora. Comprendió que el joven le temía y su desprecio era grande.

Alargó la mano derecha para echar al joven de un empujón afuera.

Con ojos frenéticos, Denby Chadwick giró sobre sus talones. Su mano había estado descansando en el borde de su bolsillo. Ahora apareció a la vista, empuñando una pistola automática.

Sidney Delmuth vio el arma. Saltó con la rapidez de una centella hacia delante, asiendo el brazo del joven. Los hombres forcejearon. Luego se oyó una detonación ahogada.

El agente de publicidad se apartó. Se tambaleó y luego cayó rodando al suelo.

Denby Chadwick había apretado el cañón de la pistola contra el cuerpo del traidor. Una sola bala ejecutó la obra. Sidney Delmuth estaba muerto.

Denby Chadwick permaneció inmóvil como una estatua. La humeante pistola pendía de su mano.

Luego recobró la serenidad. Avanzó y se arrodilló junto al cuerpo de Delmuth. Le arrancó de la mano el documento. Lo rompió en mil pedazos.

Fue a la ventana y levantó el bastidor. Arrojó los fragmentos al viento.

Volviéndose, depositó la pistola en el suelo junto al cadáver de Delmuth.

Estudió inciertamente la escena, pensando en el modo de borrar su rastro.

Los labios del joven se contrajeron nerviosamente. Miró con premura en torno del aposento.

En un instante, quedó petrificado.

Una elevada y negra figura apareció como por arte de magia. Como el monstruo la noche, penetró en este cuarto de muerte.

Chadwick lanzó una exclamación ahogada al ver a la siniestra figura, al hombre vestido con una capa y un sombrero negro.

Su rostro era invisible.

-Usted... usted.. -tartamudeó el joven-, ¿quién es usted?

-Yo soy La Sombra-fue la murmurada respuesta.

El sonido de aquella voz sobrenatural estremeció a Denby Chadwick. Miró con ojos desorbitados al hombre vestido de negro; luego hacia el cadáver del suelo.

Yo... Yo... Yo... fue en defensa propia-explicó-. No quería matarle...

-No le acusarán nunca de este crimen-declaró La Sombra-. Puede estar seguro de ello.

El tono siniestro de las palabras aumentó el espanto de Chadwick. Miró a la figura que tenía delante. Distinguió el resplandor de aquellos ojos, bajo el sombrero de anchas alas.

-Usted... usted...-balbuceó-, no dirá...

-Mató usted a un asesino-declaró La Sombra-. No fue una mala acción. Pero usted ha matado antes, Denby Chadwick.

"Una vez-no hace mucho-entró usted en una casa y asesinó a un anciano indefenso. Su tío...

-¡No puede probarlo!-chilló el joven-. ¡No puede probarlo! ¡No me acusaron! Únicamente Delmuth lo sabia. ¡Solamente Delmuth y él-el joven hizo una pausa-está muerto!

-Se equivoca-replicó La Sombra, en un siniestro cuchicheo-. ¡Yo estoy enterado de su crimen!

-¿Y qué si lo sabe?-retó el joven, de repente-. ¿Qué, si maté al viejo? Era un malvado, aunque era mi tío. Le debía algún dinero y no me dejaba vivir.

"Encontré a Delmuth. Quería que yo me apoderase de esas acciones que Mayo desea.

“Me indicó la manera de obtenerlas. Y lo hice. Delmuth era el único que estaba enterado. Él tenía en su poder mi confesión. Pero ahora está muerto. Y el documento ha desaparecido hecho mil pedazos...

-Su confesión no es necesaria-declaró La Sombra-. ¿De qué sirve una confesión, cuando se poseen pruebas? Confía usted en su coartada. Una sola palabra la destruiría.

"Cree usted que ha destruido el documento que demostraba su culpabilidad. Hay miles de papeles que la prueban. ¡Aquí tiene uno!"

La mano enguantada de negro exhibió una hoja de papel ante los ojos de Chadwick. Era simplemente un ejemplar del itinerario de trenes que indicaba el horario del tren que el joven tomó la noche de la muerte de su tío.

-Ahí está la prueba-declaró La Sombra-. Aceptaron su versión porque nadie pensó en analizarla. Fue usted visto cuando salía del tren local; también le vieron llegar. Parecía imposible que hubiese podido matar a su tío.

"Pero este itinerario cuenta su historia. Treinta y cinco minutos después de que su tren salió de Filadelfia, llegó a la estación cercana a la casa de su tío. Allí se apeó usted... a poco más de una milla de Chester. Fue a la casa de su tío y lo mató.

"Fue obra de diez minutos. Regresó con premura a Chester cosa de cinco minutos, a tiempo de tomar el expreso que para allí. El expreso llegó a Newark tres minutos antes que el tren local. Salió usted del expreso y subió de nuevo al tren local, cuando salía de la estación.

Denby Chadwick permaneció paralizado de espanto. Las palabras de La Sombra eran verídicas. En su mano tenía la prueba. El itinerario presentaba el horario del tren local y el del expreso, uno al lado del otro.

-¡Una coartada perfecta! -declaró La Sombra-. Pero ninguno de los testigos manifestó que le viera en el tren entre Essington y Newark.

"Ejecutaba usted el crimen en esos momentos. Tomó usted el tren local a las cinco y treinta. A las seis y cinco, se apeó en Essington. A las seis y media, subió al expreso en Chester. Caminó usted poco más de una milla en veinticinco minutos y cometió el crimen.

"A las siete y tres minutos, el expreso llegó a Newark. Volvió a tomar el local a las siete y seis. Entonces fue cuando usted se dirigió al vagón de fumar y se reunió con los hombres aquellos. Estaba usted en su compañía cuando el tren llegó a Havre de Grace a las siete y cuarenta y cinco.

"Esta hoja de papel termina con su coartada. Es usted un asesino, aunque fue Delmuth quién le incitó al crimen. ¡Pagará usted la penalidad por ese crimen, Denby Chadwick!

"Esta noche, un ejemplar, marcado, de este itinerario irá por correo a las autoridades. ¡Fui yo quien le remití ese telegrama, haciéndole venir aquí, para que supiese que su crimen era conocido.

Poseído de frenesí, Denby Chadwick fue a coger su pistola. La visión de un revólver en la mano enguantada de negro le contuvo. Permaneció tembloroso mientras La Sombra cruzaba el aposento y se paraba delante de la puerta.

-Ha cometido usted un asesinato-dijo la voz acusadora-. Su crimen es conocido. ¡La pena por su crimen es la muerte!

El hombre vestido de negro desapareció al instante. La Sombra tenía otros trabajos que ejecutar aquella noche.

Denby Chadwick permaneció parado junto al cadáver de Sidney Delmuth.

Las últimas palabras de La Sombra repercutieron en sus oídos.

“¡Que su crimen era conocido!"

"¡La pena por ese crimen es la muerte!"

Se agachó y recogió la pistola. Su siguiente acción fue deliberada. Se apuntó la pistola hacia sí mismo; y contempló el cañón.

Un segundo disparo retumbó en el piso de Delmuth. Denby Chadwick yacía en el suelo, al lado del cadáver del hombre a quien había matado.

Las palabras de La Sombra fueron verídicas. La pena fue la muerte. Denby Chadwick vengó la muerte de su tío matando al asesino. ¡Se suicidó!

CAPÍTULO XX
EN LA RESIDENCIA DE MAYO

Un potente aeroplano se oyó a través de la noche. Sus pasajeros esperaban pacientes el final del viaje. La esfera del cuentakilómetros señalaba trescientos por hora.

Sherwood Mayo sacó un reloj y miró la hora. Eran las nueve y media.

El millonario movió afirmativamente la cabeza, indicando que llegaban a su destino a la hora calculada. Stuart Bruxton asintió en respuesta.

El aparato descendía con rapidez. Fleming, el piloto, había divisado el campo de aterrizaje. El aparato se deslizó sobre el terreno. La cabina sufrió una sacudida cuando la velocidad disminuyó y el aparato se detuvo.

Los tres hombres entraron en la casa, encontrando que Luis, el filipino, les aguardaba. El criado había preparado café y unos emparedados. Mayo y sus invitados se sentaron a discutir el viaje.

-Dije que llegaríamos a las nueve y media-declaró el millonario-. Recuerden que telefoneé a Greenhurst a las seis, antes de cenar.

-Sí-respondió Stuart-. Quiere decir que yo llamé y usted habló a Luis. ¡Cuánto tiempo tardé en conseguir a ese telefonista de Greenhurst¡

-El teléfono estaba descompuesto, señor-observó el filipino.

-¿Cuando yo llamé?-interrogó Mayo.

-No funcionaba bien entonces, señor. Ahora está descompuesto del todo.

Mayo resopló irritado. Descolgó el receptor y oprimió el gancho. No hubo respuesta.

-Bueno-murmuró-. No tendremos que utilizarlo esta noche. Avisaré a la compañía mañana. Este servicio rural es terrible.

-Fue un viaje magnífico-declaró Stuart-. Fleming es un piloto estupendo. Este vuelo nocturno fue interesantísimo. Pero perdí la orientación en cuanto despegamos del aeródromo. ,

-Yo tampoco pude orientarme-observó Mayo-. Vi las luces de algunas ciudades, pero eso fue todo. Tenía sueño. Bonito viaje, pero me alegro de que no fuera más largo. Prefiero viajar de día.

El reloj de la repisa de la chimenea dio las diez.

Stuart miró su reloj.

-Ese reloj está adelantado, ¿no es verdad?

Mayo consultó el suyo.

-Así es-respondió-. No ha estado nunca adelantado. No lo entiendo. ¿Ha estado tocándolo, Luis?

-El reloj se paró-respondió el filipino:- puse en hora y le di cuerda.

-Eso lo explica-comentó Mayo.

Mirando el reloj, Stuart observó la cabeza de ciervo que había encima. Sus ojos giraron en torno del aposento, abarcando todos los muebles. El sitio era como un hogar para Stuart, pues había estado viviendo allí hasta ese momento.

Luis servia más café. Stuart no había olvidado la amenaza del filipino.

Quizá fue el recuerdo de aquel cuchillo asesino. No obstante, esta noche el criado no parecía tan repulsivo como antes. Stuart no podía decir el motivo.

Transcurrió una media hora agradable. Fleming entró y se sentó a tomar café. Stuart se aproximó pausadamente a la radio y la conectó con la emisora W. N. X. Se reclinó en su confortable butaca y escuchó el programa.

El reloj de la repisa de la chimenea tocó las once. Mayo no había cambiado las agujas. Esto significaba que debía esperar cinco minutos más. "Cinco minutos interminables", pensó Stuart.

Benson y Grady-asesinos ambos-estaban en las cercanías. ¡Esta noche, él y Harry Vincent, tendrían la oportunidad de saldar cuentas con los monstruos¡

¡Las once por fin! La voz del locutor dijo:

"Antes de proceder a nuestro siguiente número, como habíamos anunciado previamente, permítanme recordarles que los fabricantes de fideos napolitanos han planeado un regalo extraordinario para ustedes."

¡Era el mensaje secreto!

"Proceder como habíamos planeado."

Stuart se puso de repente alerta.

-¡Caramba¡-exclamó-. Debo ir a la posada, Mayo. Espero alguna correspondencia...

-Vaya a buscarla mañana-sugirió el millonario.

-No-repuso Stuart-. Tengo que recogerla ahora. Puedo retirarla antes de medianoche. Iré ahora y le veré más tarde.

-¿Cómo está el coche, Fleming?-inquirió Mayo.

-Tiene un neumático desinflado-respondió el piloto-. Puedo arreglarlo...

-Iré andando-intercaló Stuart-. Le veré más tarde, Mayo. No me espere si tardo un poco.

-Le acompañaría-dijo el millonario-, pero estoy un poco cansado. Ignoro el motivo, no recorrimos más que cuatrocientos kilómetros de Nueva York aquí.

Saliendo de la casa, Stuart aceleró el paso y atravesó los pilares de piedra.

Miró casualmente hacia atrás y le sorprendió observar que aun podía ver las luces. La elevación del terreno entre la casa y las verjas no era tan grande como suponía.

Echó a andar por la carretera en dirección a la posada. Su cerebro trabajaba febrilmente.

La presencia de Benson y Grady en Greenhurst debía ser una amenaza.

Conociendo que los dos malhechores rondaban cerca, empuñó su pistola.

Era prudente estar alerta esta noche. Estaba seguro de que él y Vincent tendrían algún trabajo importante que hacer.

No le gustaba la idea de abandonar a Sherwood Mayo. Había concebido una verdadera amistad hacia el millonario, y comprendió que él podría ser el hombre a quien Grady y Benson amenazaban.

Vincent le daría todos los detalles; después de todo, no habría peligro hasta la medianoche. Tendrían tiempo de regresar a casa de Mayo, especialmente dado que Harry Vincent estaría probablemente en su coupé.

Debían enfrentarse con cuatro enemigos: Benson, Grady y otros dos. Sería necesario atacarles por sorpresa para dominarlos. Vincent y Stuart no eran más que dos ....

Entonces recordó al hombre vestido de negro, aquel misterioso personaje que aparecía de noche, que le salvó durante la refriega con el filipino, el que transmitía sus mensajes secretos por radio. ¡Si él estuviese aquí esta noche¡

La idea le produjo una profunda satisfacción.

Tan absorto estaba en sus pensamientos, que no se dio cuenta del punto hasta donde había llegado. Se detuvo, algo perplejo, en un cruce de caminos. No recordaba aquel cruce.

Había un poste de señal. Encendió una cerilla y lo miró con curiosidad.

Indicaba un pueblo llamado Dalewood. Era extraño. No había oído hablar de un lugar semejante en la vecindad de Greenhurst.

Continuó la marcha y de pronto se dio cuenta de que los contornos no le eran familiares. La carretera le era enteramente nueva; sin embargo, entre la posada y la residencia de Mayo, la carretera era fácil de seguir, sin peligro de extraviarse. Un hombre se aproximaba al cruce, oscilando una linterna. Stuart esperaba impaciente la llegada del hombre. El recién llegado resultó ser un bracero.

-Hola-saludó Stuart-. Me he extraviado viniendo de la casa del señor Mayo. ¿Quiere hacer el favor de indicarme el camino para la posada de Greenhurst?

-¿Greenhurst?-preguntó el hombre, perplejo-. No hay ningún sitio de ese nombre por aquí. No creo...

-Salí de la residencia de caza del señor Mayo...

-Seguro. Sé dónde está. ¿Vino usted en su aeroplano?

-Sí-respondió Stuart, paciente-. Salí para dirigirme a la posada de Greenhurst...

-No he oído hablar nunca de Greenhurst-objetó el labriego:- No hay ningún lugar llamado Greenhurst en esta parte de Virginia...

-¡Virginia¡-exclamó Stuart-. ¿Es esto Virginia?...

El otro hombre apareció ahora sorprendido. Miró a Stuart como si estuviese loco.

La explicación del enigma se le ocurrió de pronto a Stuart. ¡Era tan increíble que al principio no podía aceptarla como real!

Sherwood Mayo le había atraído a aquel lugar. Por alguna razón, sospechaba de él. ¡El astuto millonario tenía dos residencias de caza que eran idénticas, en los muebles y hasta en el criado filipino¡

No fue Luis con quien se topó aquella noche; por eso no había en su rostro aquella expresión criminal. Debió ser el hermano del filipino, quizá su gemelo.

Recordó el reloj de la repisa de la chimenea, ¡el reloj que nunca iba mal!

¡Las luces de la casa, visibles desde las verjas! ¡El neumático deshinchado del automóvil¡

El aeroplano se dirigió hacia el sur después de partir de Nueva York. De noche, Stuart estaba desorientado. ¡Mayo dijo la verdad al manifestar que se encontraba a cuatrocientos kilómetros de Nueva York; O sea a cuatrocientos kilómetros en dirección opuesta!

La llamada telefónica al verdadero Luis por la tarde fue un engaño. El falso Luis había dicho que el teléfono de la residencia de Virginia estaba descompuesto. ¡Era un plan preconcebido para impedir que fuese Stuart a la posada!

¡De pronto recordó que se encontraba unos ochocientos kilómetros del lugar donde se suponía que él estaría!

¡Vincent le esperaría en Massachussets!

Benson y Grady estaban allí, también, planeando alguna fechoría.

¿Quién seria la víctima?

Se le ocurrió la respuesta.

¡Pablo Hawthorne!

Los temores que el hombre sentía de Sherwood Mayo estaban bien fundados. ¡El millonario estaba coaligado con los asesinos¡

Por este motivo Luis, el filipino, trató de matar a Stuart. Le tomó por Hawthorne. Mayo quería que el especulador de terrenos muriese de una muerte súbita. ¡Habría tenido una explicación, en ausencia de Mayo, cogiendo a Hawthorne in fraganti en el acto de robo!

Stuart comprendió que no podía hacer nada. Había sido atraído allí con una añagaza. Era la víctima de una broma pesada.

No podía ayudar a Vincent; ni siquiera podía servir de testigo, si matasen a Vincent junto con Hawthorne!

No podía hacer otra cosa. Se le ocurrió de pronto. Ante el asombro del campesino, sacó un revólver y echó a correr en dirección de la residencia de Mayo.

¡Saldaría esta cuenta con Sherwood Mayo! ¡Con el cañón de la pistola!

Se detuvo de repente en seco. ¡Quizá eso era lo que Mayo deseaba!

¿Sería prudente regresar allí ahora?

Mientras titubeaba, percibió el ruido de un motor de aeroplano. Una luz brillante se elevó por encima de los árboles. El veloz aparato rugió arriba, rumbo al Norte. ¡Su luz brillante y su zumbido eran una burla para el hombre burlado que estaba en tierra!

CAPÍTULO XXI
CUATRO ASESINOS

Era cerca de medianoche. La calva delante de la casa de Pablo Hawthorne estaba negra y silenciosa. No había nada que indicase la presencia de enemigos.

Sin embargo, por allí rondaban esa noche. En la orilla del bosque, delante de la casa, esperaban dos hombres, agazapados.

Un automóvil se detuvo delante de la casa. Un hombre se apeó y entró en el resplandor de los faros. Su rostro quedó visible al volverse. Las facciones pálidas de Pablo Hawthorne quedaron reveladas a los hombres que acechaban.

-Ha vuelto-cuchicheó uno.

Fue Jeremías Benson quien habló. Grady era su compañero silencioso.

Las luces del coche se extinguieron. El hombre entró en la casa. Una luz macilenta apareció tras una ventana.

-¿Listo?-interrogó Grady.

-No-repuso Benson-. Harmon y Shamlin vendrán. Tendremos que esperarles.

Había transcurrido apenas un minuto cuando se percibió un leve rumor procedente del bosque cercano. Se oyó un suave silbido. Benson respondió.

Shamlin y Harmon avanzaron con sigilo a través de la oscuridad. Los cuatro profesionales del crimen estaban juntos.

-¿Está todo preparado?-preguntó Shamlin.

-Sí-respondió Benson-. Está en la casa. Salió hace cerca de una hora. Alguien le telefoneó desde la estación. Grady escuchaba por la ventana. Regresó solo. Estábamos esperándoos. ¿Cómo os habéis entretenido?

Shamlin rió.

-Nos seguía un tío vivo-dijo-. Nos dimos cuenta esta tarde. Seguía nuestro rastro, en un coupé. En consecuencia, decidimos despistarle. En lugar de llegar aquí temprano, nos dirigimos a un pueblo que está a unas tres leguas de aquí. Allí lo atacamos.

-¿Lo despachasteis?

-Lo intentamos. Nos detuvimos en una curva y apagamos las luces. Cuando se acercó, Harmon estaba preparado y abrió el fuego. El pájaro venia en dirección de las balas, pero obró con inteligencia. Había una valla abierta en el otro lado de la carretera y se metió como un rayo por allí, en un campo. Topó con una pared. Destrozó el coche. No esperamos. Nos largamos y vinimos aquí.

-¡Deberíais haberle dado el pasaporte al otro barrio!

-¿A qué arriesgarnos? Si hubiésemos ido en su busca, nos habría esperado con una pistola. Tomamos una carretera apartada. Tardará un par de horas en reparar el destrozo. Luego, ¿cómo podrá seguirnos?

Benson gruñó en asentimiento. Sabía que los gangsters se dirigieron en seguida a Greenhurst y dejaron el coche en el bosque. El que les seguía la pista-quienquiera que fuese-se retrasaría, suponiendo que se hubiese escapado de una lesión grave.

Era medianoche. Hawthorne, en su casa, se encontraba a merced de los invasores. Era hora de actuar. Benson explicó rápidamente su plan de campaña.

-Tú vas a la ventana, Grady-ordenó-. Aparta esa cortina, si ves a Hawthorne sentado en la butaca cerca de la ventana. Atrápalo por la espalda. Yo vigilaré la puerta.

-Tú, Shamlin, ven conmigo. Tú vete a la puerta trasera, Harmon. Está abierta y conduce a un vestíbulo que da a la sala. Si intenta escapar, estarás esperándole.

"Preparad las pistolas, pero nada de disparar a menos que presente resistencia. Obrad con rapidez, si es necesario. Tenemos que capturar a este Hawthorne. Lo cogeremos vivo, si es posible; y muerto, si nos vemos obligados.

Los hombres atravesaron en silencio la oscuridad. Llegaron a sus puestos.

Una sola luz brillaba en un rincón del aposento. De cara a la puerta, estaba sentado Pablo Hawthorne, con un libro abierto en las manos. Leía a la luz de la lámpara.

Benson observaba por la cortina. Velado por la oscuridad, el viejo veía cuanto sucedía. La cortina se movió en la ventana, detrás del hombro de Hawthorne. No pareció observar el leve ruido. Grady ejecutó la operación con limpieza.

Grady estaba ahora a la vista. Con rostro lívido y burlón, el asesino entraba silenciosamente por la ventana.

Benson observaba atento, mientras Shamlin, a su lado, vigilaba la calva.

En la mano derecha de Grady había un trozo de tubería de hierro. Grady sabía manejar esa arma con eficacia. Estaba levantada sobre la cabeza de Hawthorne cuando el asesino se inclinó por la ventana.

Benson esperaba el golpe. Ordenó a Grady que asestara un golpe flojo, para aturdir a la víctima. Eso era, para Grady, una operación fácil.

La cabeza de Hawthorne estaba inclinada hacia delante. La parte posterior de su cráneo ofrecía un blanco perfecto para el golpe de Grady.

Era cuestión de segundos, pensó Benson. Mas, en ese instante, sucedió una interrupción inesperada.

El libro cayó de las manos de Pablo Hawthorne. Simultáneamente, una mano se alargó y tiró del cordón de la lámpara.

Cuando la habitación quedó sumida en la oscuridad, un revólver vomitó una llamarada desde la butaca.

La mano derecha de Hawthorne había disparado una pistola automática.

Benson, empuñando un revólver, penetró corriendo en el cuarto a oscuras.

Shamlin le siguió. El tiro fue disparado sobre Grady. Benson ignoraba si había hecho blanco.

El arma del viejo escupió balas hacia la butaca donde Hawthorne había estado. Shamlin hizo fuego también.

Luego rasó la oscuridad una llamarada procedente del rincón del aposento.

Ambos atacantes apuntaron en aquella dirección.

Tronaron otras armas, en respuesta. Sonó un grito cuando Shamlin se desplomó. Profiriendo un juramentó, Benson vació su revólver hacia el rincón, disparando en dirección de la última llamarada.

Breves instantes después reinó un silencio sepulcral.

Benson se aproximó a la lámpara. Tiró del cordón. Miró en torno del aposento.

En el suelo, en opuestos rincones, yacían los cuerpos de Shamlin y de Harmon. Fue éste quien disparó desde el rincón. Sus tiros acribillaron a su compinche Shamlin.

Benson, a su vez, hirió fatalmente a Harmon. El viejo se dio cuenta ahora de su equivocación.

¿Dónde estaba Grady? No había señales de él en la ventana.

¿Dónde se encontraba Hawthorne? Había desaparecido.

Mientras Benson permanecía paralizado de asombro, una figura surgió de detrás de la butaca. El hombre tenía las facciones de Pablo Hawthorne; pero actuaba con una precisión que Hawthorne jamás había mostrado.

Unos brazos largos se extendieron y asieron a Jeremías Benson por la garganta. Las manos que hicieron presa lanzaron al viejo al suelo.

El revólver de Benson cayó a su lado. El forajido perdió el conocimiento.

De los labios de Pablo Hawthorne surgió una risa suave y burlona. Era la risa de La Sombra. Él era el hombre que los asesinos intentaron capturar.

La Sombra, maestro del arte del disfraz, desempeñó el papel de Pablo Hawthorne. ¡Esperando el cierre de la trampa, cogió en el lazo a los malhechores¡

Tras una mirada despectiva al cuerpo de Jeremías Benson, La Sombra salió de la casa. Pocos instantes después, regresó vestido con capa y sombrero que sacó del coche de Hawthorne.

Jeremías Benson, desarmado y pasmado de asombro, estaba sentado en el suelo cuando vio entrar a la extraña figura. Hubo una orden cuchicheada.

Con las manos en alto y el cañón de una pistola hurgándole la espalda, Jeremías Benson fue obligado a salir de la casa.

*****

Un coche paró delante de la puerta varios minutos más tarde. Hawthorne se apeó y profirió una exclamación de sorpresa al reconocer su coche estacionado delante de la casa.

-¡Aquí está mi coche¡-gritó.-¿Cómo habrá llegado aquí? ¿Quién pudo llevárselo de la estación?

Entró corriendo en la casa, seguido de su acompañante. Se detuvo en la entrada. Tartamudeó. Su rostro palideció al ver los cuerpos de Harmon y Shamlin tendidos en el suelo.

¿Quiénes eran estos hombres? ¿A qué vinieron a la casa? ¿Cómo fueron muertos? Observando la ventana abierta, se acercó a ella. Escrutando el exterior, observó otro cuerpo tendido en él suelo. Era el cadáver de Grady.

¡El tiro certero de La Sombra atravesó el corazón del asesino¡

Hawthorne no comprendía lo sucedido. Había habido en su casa una verdadera matanza y quedaban tres hombres muertos. Parecía inexplicable; sin embargo, comprendió que la casa no fue elegida para un tiroteo casual.

Conocía que había sido elegido como víctima esta noche, que el temor que le inspiraba Sherwood Mayo estaba justificado.

Tres criminales fueron a asesinarle. Estaba convencido de ello. Alguien intervino. Los asesinos recibieron el castigo de sus crímenes.

Hawthorne empezó a perder la serenidad. Salió tambaleándose de la casa.

Quería alejarse de aquel teatro de carnicería. Lo sucedido era un misterio.

Dos hombres hubieran podido contar la historia; pero Hawthorne no los conocía.

Caminando por la carretera en dirección a la residencia de Sherwood Mayo, Jeremías Benson seguía obedeciendo las órdenes de su aprehensor.

El diabólico viejo maldecía entre dientes, pues en sus oídos resonaba una suave y burlona carcajada.

¡La risa de La Sombra!

CAPÍTULO XXII
EL ÚLTIMO VUELO

El reloj de la repisa de la chimenea de Sherwood Mayo marcaba las dos menos unos minutos. No era ningún consuelo para los dos hombres que había atados, en el suelo.

Uno era Jeremías Benson. El otro, Luis, el filipino.

La Sombra había sorprendido al criado del millonario. Esposó a los dos prisioneros.

De pie, contemplando a sus dos cautivos, La Sombra aparecía en forma de una elevada figura vestida de negro. Jeremías Benson, mirando hacia arriba, apenas pudo distinguir dos ojos ardientes bajo el sombrero que encubría el rostro. Una risa surgió de los labios invisibles.

-¡Vuestros crímenes han terminado¡-dijo una voz siniestra y sarcástica-. Has vivido demasiado tiempo, Jeremías Benson. Ahora estás esperando la llegada del único hombre cuyas instrucciones has seguido en tu vida. ¡Sherwood Mayo llegará pronto¡

-No conozco a Mayo-gruñó Benson.

La Sombra no prestó atención a la protesta.

-Adiviné tu juego hace mucho tiempo-dijo La Sombra-. Conozco tus fechorías, Benson. Eras un hombre especializado en el chantaje y en el asesinato, tú y tu siniestro mercenario Grady. El chantaje era preferible. El asesinato era útil, cuando era necesario.

"Finalmente topaste con un hombre quo frustró tus planes: encontraste a Sherwood Mayo. Pero él te ofreció un mayor campo de acción.

"Respaldado por sus millones, ibas a embarcarte en una carrera do mayor envergadura. Pero primero Sherwood Mayo te confió alguna operación. Sus manos no estaban limpias. Había algunas personas que conocían demasiado de su vida.

"Uno de ellos era Herbert Brockley, quien se escapó de tus manos.

"En consecuencia, decidisteis asesinarlo en Francia, mediante unos apaches. Pero Brockley, temiendo su fin, confió unos documentos importantes a un hombre llamado Wallace Powell.

"Esos documentos eran comprometedores para Mayo. Powell conocía a Sidney Delmuth -un advenedizo en la banda de chantajistas,-un agente pagado por Mayo mismo.

“Por mediación de Delmuth, se concertó una entrevista entre tú y Powell.

"Diez mil dólares por los documentos. Pero Powell no recibió el dinero. Sabia demasiado. Grady lo asesinó.

"Por equivocación, Grady mató a una víctima inocente. Había otro hombre, que escapó por el puente cuyo derrumbamiento preparasteis. Le dejaste en una casa incendiada. Fue salvado. Es una noticia para ti.

"Grant Chadwick conocía algunas cosas de Mayo también. Poseía ciertas acciones, que Mayo ambicionaba. La muerte de Grant Chadwick fue proyectada hábilmente por Delmuth. El sobrino del anciano fue el matador. Como Delmuth, Denby Chadwick ha recibido su castigo.

"Quedaba otro: Pablo Hawthorne. Él conocía menos que los otros respecto de la vida de Sherwood Mayo. Pero sabía demasiado. En consecuencia, se planeó un crimen aquí esta noche.

"La parte más hábil del plan era el convenio entre Delmuth y Mayo. La descubrí la noche que Delmuth fue a casa de Mayo. Llevaba un sobre consigo.

"Después de salir de la casa de Mayo, sacó un papel del sobre y lo destruyó. No había más que una deducción: Delmuth llevó un mensaje a Mayo y recibió otro. Mayo extrajo el primero e introdujo el segundo en substitución. Vi el plan.

Benson seguía mirando furioso a su aprehensor, pero el aire de asombro que se reflejó en sus ojos, indicaba que las manifestaciones de La Sombra eran ciertas.

-¡Delmuth y Mayo!-dijo La Sombra-. ¡Fingían ser enemigos! En realidad, eran los cerebros de la banda de chantajistas que empezaban unas operaciones en una escala gigantesca. Eliminando a los que podrían entrometerse o estorbar.

"Tú, Benson-la voz adoptó un tono irónico,- no eras más que un instrumento en sus manos. Un juguete para ellos; así como Grady era otro para ti.

Medio incorporándose, Jeremías Benson escupió maldiciones al hombre vestido de negro. El reloj de la chimenea tocó las doce.

Volviéndose, La Sombra se encaminó hacia la puerta. Benson quedó perplejo al observar la acción. La Sombra la había ejecutado anteriormente.

Volviendo, La Sombra pronunció unas palabras finales.

-Mayo vendrá aquí esta noche-dijo-. El también tiene entre manos algún proyecto hábil. Pero vendrá. Que venga.

Un automóvil se aproximaba a la puerta principal. La Sombra fue al vestíbulo y quedó invisible en la oscuridad.

Un hombre se acercaba. La puerta se abrió. Harry Vincent se detuvo en seco al oír un siniestro cuchicheo.

Era una voz que Vincent había oído antes. Era una voz que él obedecía: ¡la voz de La Sombra¡

Escuchó las instrucciones. Luego entró en la casa, solo. No distinguió a nadie al atravesar el vestíbulo, pero al entrar en la sala percibió un sonido procedente del exterior. Alguien se alejaba en el coche.

La Sombra se había marchado. Su agente quedó esperando la llegada de Sherwood Mayo.

Vincent sufrió un desastre aquella noche. El accidente de su coche le retrasó, pero logró obtener otro automóvil. Llegó tarde, pero a tiempo de ser útil a La Sombra.

No acertaba a comprender la presencia de su jefe, pues sabía que estuvo en Nueva York aquella noche. Ignoraba la existencia de un aeródromo cerca de Brookdale, donde un automóvil estuvo esperando. La Sombra llegó por aire.

Sherwood Mayo logró despistar a La Sombra, volando a Virginia. Pero el millonario no podía saber que La Sombra estaba en Greenhurst.

Pronto-si el misterioso personaje llamado La Sombra no se equivocaba-Mayo regresaría para caer en una trampa.

Vincent continuó su vigilancia. De pronto, desde lejos, se oyó el ruido de un motor de aeroplano.

Sacó una pistola de un bolsillo. Fue a la puerta excusada de la casa y escudriñó el campo de aterrizaje, donde brillaba un proyector.

El rugido del motor se tornó terrorífico. Un aeroplano descendió del cielo y se deslizó por el suelo, en dirección de la casa.

Dos hombres se apearon del aparato: Sherwood Mayo y Fleming, que se acercaron.

Vincent esperó. Estaba dispuesto a efectuar una doble captura. Pero no contó con la astucia de Sherwood Mayo.

El millonario tenía una costumbre inalterable. Siempre que llegaba el aeroplano, Luis esperaba en el umbral, vestido con su chaqueta blanca.

Era un detalle qué escapó a la observación de Stuart Bruxton.

Sherwood Mayo era ladino y presintió un peligro. Vio la puerta abierta, pero no distinguió al hombre oculto en la oscuridad. Víncent esperaba que se aproximase.

Mayo, obedeciendo a un impulso, introdujo una mano en el bolsillo de su gabán. Al acercarse a la puerta, se echó al suelo y disparó un tiro sobre la puerta abierta. Fleming le imitó.

El tiro fue afortunado, hirió en el hombro a Vincent.

Valerosamente, el agente de La Sombra devolvió el fuego. Sus disparos erraron el blanco. Retrocedió, tambaleándose, cuando Mayo disparó una granizada de tiros.

Vincent atravesó el vestíbulo, agarrándose instintivamente el hombro izquierdo. Sabia que la retirada era imposible. Llegó a la puerta principal y salió con paso vacilante en el momento en que Sherwood Mayo y Fleming llegaban.

Más balas tamborilearon en la puerta. Era Fleming quien disparaba.

Sherwood Mayo había ido a auxiliar a Benson y a Luis, el filipino.

Conociendo que un ataque sería inútil, Vincent se arrimó a la pared de la casa, dispuesto a impedir la huida del enemigo antes de la llegada de La Sombra. Estaba resuelto a realizar todo cuanto fuese posible, a pesar del dolor intenso de su herida.

Llegando a la parte posterior de la casa, se puso al acecho. Luego, mirando hacia el campo de aterrizaje, vio a los cuatro hombres apareciendo en el otro lado de la casa.

Llevaban a Benson y al filipino al aeródromo. Levantando la mano derecha, Vincent hizo fuego. Vio al esposado filipino desplomarse al suelo.

Volvió a disparar. Mayo giró en redondo y tiró sobre el ángulo de la casa.

Una bala pasó silbando cerca de la cabeza de Vincent.

Fleming ayudaba a Luis, llevándolo hacia el aeroplano. Mayo era el blanco de Vincent ahora.

El millonario parecía poseer un encanto contra las balas. Todos los tiros de Vincent erraron. Los tiros de Mayo rebotaban en el ángulo de la casa, demasiado cerca del agente de La Sombra.

Vincent se echó al suelo y esperó. Mayo se volvió y se dirigió con premura, hacia el aeroplano. Vincent apuntó su pistola y fríamente apretó el gatillo.

Fue inútil. La pistola estaba vacía.

No había ya posibilidad de detener a los fugitivos. Llegaron al aeroplano.

Fleming ayudó a Benson y a Luis a subir a la cabina. Sherwood había llegado a un lugar seguro.

Vincent intentó, desesperado, cargar de nuevo su arma; pero tenia imposibilitado el brazo izquierdo. Mientras intentaba su penosa operación, oyó la trepidación del motor del aeroplano. La enorme hélice giraba y el aparato se alejaba de la casa.

Despegó al resplandor del proyector, alejando del peligro a sus pasajeros.

Vincent se recriminó a sí mismo por no haber podido impedir la huida.

¡Ahora sería inútil que volviese La Sombra!

En la cabina del aeroplano fugitivo, Sherwood Mayo examinaba la herida del filipino. El tiro de Vincent le hirió en la cadera.

El aeroplano se había remontado, alejándose de Greenhurst. Viró de repente.

Mayo, mirando desde la ventanilla de la cabina, vio la causa.

¡Otro aeroplano perseguía al aparato fugitivo!

Fleming había visto la amenaza. Piloto hábil, reconoció el peligro.

Pensó, al principio, que los aparatos chocarían. ¡Luego, al aproximarse el otro aeroplano, las balas de una ametralladora acribillaron la armadura del aparato de Sherwood Mayo!

¡La Sombra había iniciado el ataque!

Fleming vio otro medio de escapar. La Sombra se aproximaba por la derecha. Fleming picó para burlar al aeroplano atacante.

Por encima del rugir del motor de su aparato, Mayo, horrorizado, oyó un crujido peculiar. Luego se produjo un ruido como de rasguño de tela.

El ala izquierda del aeroplano del millonario se desprendió. El ala derecha se elevó en el aire.

¡Remolineando como una peonza rota, el aeroplano fugitivo cayó lanzado hacia abajo!

Chocó con estrépito entre los árboles. Los pasajeros y el piloto quedaron enterrados en la armadura. No sobrevivió nadie a aquella caída. ¡Sherwood Mayo y su banda criminal habían encontrado su fin!

*****

Harry Vincent, en cama, con un hombro vendado, leyó las reseñas de los periódicos al día siguiente. Había tres historias en la primera página de los diarios de Nueva York.

Una hablaba del asesinato de Sidney Delmuth, cuyo asesino, Denby Chadwick, se suicidó. No se había descubierto el motivo de la tragedia.

Otra historia relataba un extraño ataque de pistoleros que invadieron una casa de campo en Massachussets y perecieron a manos de un protector desconocido, que desapareció de la escena.

La tercera describía el accidente del aeroplano de Sherwood Mayo. Lo oyeron los granjeros.

Un anciano, sin identificar aún, y el criado filipino de Mayo se encontraban en el aeroplano, esposados. Se suponía que intentaron robar la residencia de Mayo, y que éste los capturó.

No obstante, permanecía en el misterio el hecho de que llevaba en su aparato a los malhechores.

Eso era todo. Faltaban dos eslabones importantes. No se mencionaba a Stuart Bruxton, extraviado en Virginia.

No se mencionaba tampoco que Harry Vincent, herido, fue conducido a Nueva York en la cabina de un avión.

Pues aquel aparato era un aeroplano misterioso. Surgió de un lugar desconocido, desapareció de manera tan misteriosa como el hombre que lo pilotaba.

¡La Sombra surgió de las tinieblas para destruir a la banda de chantajistas... y a las tinieblas volvió!

¡La Sombra había triunfado de nuevo!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN